



# TRADUCCIONES

# POÉTICAS

POR

D. MIGUEL ANTONIO CARO

BOGOTA
LIBRERÍA AMERICANA
calle XIV, n. 77, 79
1889

AL SEÑOR

D. RUFINO JOSE CUERVO

*con el deseo de hacerle por este medio compañía en horas de descanso robadas á su labor monumental; como recuerdo de amistad y testimonio de gratitud, dedica y envía este Florilegio*

*El Autor.*

# INTRODUCCION

Maioris esse semper credidi diligentiae aliena scripta retexere quam nova proprio Marte componere.

FR. SANCHEZ (BROCENSIS), *De auctoribus interpretandis.*

Esta colección de TRADUCCIONES POÉTICAS varias, á diferencia de la versión seguida que se hace de una obra sola, ó de las obras de un mismo autor, no es producto de labor deliberada y sistemática, sino fruto de mi antigua y constante afición á este linaje de composición literaria.

Para solaz y esparcimiento del ánimo, en medio de enojosas tareas y preocupaciones, bien que no exento de aquella especie de melancólico sentimiento que acompaña á las miradas retrospectivas, formé este Florilegio sobre borradores acumulados lentamente por la mano del tiempo durante veinticinco años. No he anotado al pie de las traducciones las fechas correspondientes, ni hubiera podido hacerlo, sino las raras veces en que el manuscrito conserva este dato; pero para comprobar la extensión del período indicado, bastaráme citar, entre traducciones más antiguas, *El Sueño del Soldado*, de Campbell, y *El Entierro de Sir John Moore*, de

Wolfe (1862-3); las poesías de Ovidio, Propercio y Tibulo que en este tomo se incluyen y son sólo muestra de una colección intitulada *Flos Poetarum* (1863-5), que permanece inédita; y entre las más recientes, *El Occidente* y *El Lago*, de Lamartine (1884-5), *Memorias de los muertos*, del mismo, la más esmerada talvez de la colección, y por último *La Alondra*, de Shelley, versión terminada cuando ya estaba en prensa este libro, por lo cual figura en la sección cuarta, debiendo acaso haberse incorporado con más propiedad en la primera.

Traducidas en diversas épocas y circunstancias las poesías que en metro castellano ofrece este tomo á los lectores, natural es que en ellas se adviertan notables diferencias por lo que hace al acierto de la ejecución literaria, á las condiciones de la versión misma en cada caso; no, empero, por lo que toca al sistema de traducir, á los principios ó reglas que guiaron la mente del traductor en su tarea; del propio modo que en los manuscritos de una misma persona se nota firme ó trémulo el pulso, mayor cuidado ó absoluto descuido acaso al manejar la pluma, sin que haya por eso mudanza propiamente en el carácter de la letra.

Desde Arjona, traductor de Estacio, y Jáuregui, feliz intérprete del *Aminta* del Tasso, en el siglo XVI, hasta Bello (modelo el más perfecto en este género), hasta la Avellaneda, Llorente y Mácpherson en nuestros días, nunca faltaron en las naciones hispanas poetas que enriqueciesen la literatura patria con excelentes traducciones, interrumpiendo la monotonía de modas tiránicas, y avivando los ingenios enfermos de amaneramiento,

con conceptos, imágenes, y aun modos nuevos de expresar el pensamiento, traídos de fuera, pero acomodados á las condiciones geniales de la lengua de Castilla.

El arte de traducir en verso, á cuya perfección concurren dotes de naturaleza, activo ejercicio y reflexiva observación, no obstante ser ramo importantísimo de la literatura y de la poesía, ha sido de ordinario mirado con menosprecio, como operación servil y mecánica, ó con indiferencia, como entretenimiento enteramente caprichoso. Relaciónase íntimamente esta materia con el arte de versificar, entregada en España al instinto artístico, al oído del poeta, y no explotada por tanto, hasta donde serlo pudiera, por la observación experimental y científica, en época como la presente, en que las artes todas, para competir con ventaja con la acumulada producción de pasadas edades, están obligadas á mayor y más concentrada aplicación, y necesitadas del auxilio prudente de la ciencia.

Raro es el traductor eminente que haya publicado, para común provecho, el fruto de su experiencia en estas labores. Fray Luis de León, que merced al estudio profundo y meditada imitación de los clásicos antiguos, conoció el amor y culto de la simple belleza (á que siempre, con raras excepciones, ha parecido rebelde, en la poesía lírica al menos, el temperamento español, enamorado de la pompa y propenso á lo extraordinario), hubiéranos dejado en sus versiones dechados intachables, si adquiriera más seguro dominio sobre la lengua, todavía algo ruda entre sus manos, falta de flexibilidad y lenta en sus progresos, por razón, en gran parte, de la

preponderancia que alcanzó el latín bajo el Renacimiento como lengua culta universal. El comprendió clarísimamente lo que es y lo que vale, y qué límites reconoce el concepto de la fidelidad, en el cual, bien entendido, se encierra todo el secreto del arte de traducir, y explicóle en varias ocasiones, breve pero felizmente.

De allí en adelante, sin que faltasen á intervalos algunos buenos traductores, no volvemos, sin embargo, á descubrir luz alguna, preceptiva ó teórica, en esta parte, hasta la época literaria á que dió su nombre Carlos III. La reproducción que hizo Sedano en el *Parnaso Español* (1768) del *Arte Poética* de Horacio, traducida por Espinel, la publicación de la misma Epístola vertida, ó más bien dicho, parafraseada en desmayados versos y comentada por D. Tomás de Iriarte, y las ardientes y dilatadas polémicas que con tal motivo se ocasionaron, inician el examen de esta materia bajo auspicios desfavorables, con crítica que yerra de una y otra parte en lo que propone y defiende como ejemplo digno de imitación, y sólo acierta por modo negativo en los defectos que señala. Razón tenían Sedano y los suyos contra Iriarte, y teníanla asimismo el insigne fabulista canario y sus amigos contra Espinel; pero ni unos ni otros señalaban el verdadero camino. Y es cosa notable que la decisiva influencia que la literatura francesa alcanzó en el siglo XVIII en España, más sirvió para empobrecer la literatura nacional, robándole su vitalidad propia, que para despertar ideas fecundas y abrir nuevos horizontes. El espíritu investigador y crítico que revelan las discu-

siones entre Lamotte y Mad. Dacier, las *Reflexiones* que Bitaubé y otros publicaron, ya "sobre la traducción de los poetas," ya "sobre el estilo," tema éste íntimamente relacionado con aquel otro, no alienta generoso, que yo sepa, en los críticos y polemistas literarios españoles de la época á que me refiero. La agitación era grande, pero estéril, por falta de dirección en los debates, en los cuales se mezclaba lo personal y lo burlesco en excesiva dosis, de tal suerte que podrían bien aquellas contiendas calificarse de "guerra de guerrillas." "Fatigábanse las prensas—dice Quintana hablando de aquel período—y hervían las gacetas en publicaciones de folletos, sátiras y epigramas que se lanzaban unos á otros los ingenios españoles, sin otro objeto que el desacreditarse, desdorando el arte y perdiendo miserablemente el tiempo. Yo no decidiré si el escándalo y perjuicios que esto ocasionaba eran suficientemente compensados con la actividad que estas guerrillas daban al espíritu literario, con los adelantamientos que en ellas se procuraba el arte de la crítica y el raciocinio, con las investigaciones, en fin, y con los descubrimientos que se hacían en el campo de la crítica y de la historia. Aun cuando se concedan fácilmente estas ventajas bajo un aspecto, *siempre queda mucha duda de que el arte ganase algo con estos interminables debates.*" (1) *Interminables*, por el general extravío de la actividad intelectual; porque, para que la contradicción se resuelva en progreso, forzoso es que marche encauzada; y por entonces resultaba débil, ó

(1) *Introducción á la poesía castellana del siglo XVIII.*

talvez viciada, la acción del Gobierno y la influencia de las corporaciones literarias, que tienen la misión, ó ninguna tienen, de educar y dirigir con ejemplos de moderación, de serenidad y recto juicio. (1)

Azara, amante y protector de las artes, comentador de Mengs, editor de Virgilio en Roma, caballero cumplido y letrado formal, salvo sus flaquezas de volterianismo, tocó de paso en el prólogo de la *Vida de Cicerón*, de Middleton, por él traducida (1790), la cuestión del modo de traducir los clásicos antiguos, y refiriéndose á sus versiones ocasionales de pasajes de Marco Tulio, esparcidas en el texto biográfico, defiende la justa libertad exigida por la elegancia, cual si comentase la diferencia establecida por el mismo orador romano entre la traducción oratoria—ó poética en otros casos—y la interpretación literal. (2) Pero esta misma correcta doctrina, extremada, ó mejor dicho, extraviada, conduciría al abuso de la perífrasis en que solían incurrir los poetas neoclásicos, en su exaltación reaccionaria contra el prosaísmo; y no hallaremos el debido contrapeso ó saluda-

(1) Pruébalo el que el "insigne Jovellanos," uno de los hombres más serios de aquella época, y cuya memoria (raro caso!) ha alcanzado en nuestros días el respeto y veneración de opuestas é intransigentes escuelas, "no creyó—dice el mismo Quintana—desautorizar su carácter y sus estudios, entrando en la palestra y asestando dos romances burlescos á modo de jácaras de ciego, en que hizo burla de sus escritos—de Huerta,—de sus pretensiones y sus combates."

(2) "Converti non ut interpres, sed ut orator," decía Cicerón de la versión que él hizo en latín, y que por desgracia no se conserva, de las oraciones contrarias de Esquines y Demóstenes.

ble correctivo que ha de ponerse á aquella desapoderada tendencia, sino en la Introducción de otro libro, de distinta especie, amén de raro—la traducción de Píndaro (1798) por el presbítero Berguizas. (1)

En el prólogo de las obras de Horacio (1820), traducidas por Burgos, edición que en el estado de postración en que se hallaban las humanidades constituye un acontecimiento extraordinario por la reproducción inteligente del texto latino, por los excelentes comentarios y por la seria labor que supone la versión métrica completa en verso, recomienda el traductor, más, desgraciadamente, con la doctrina que con el ejemplo, la fidelidad y propiedad en la traslación de los epítetos intencionados.

Castillo y Ayensa, en los preliminares de su limpia y elegante edición de Anacreonte, Tirteo y Safo (1830), que contiene el texto griego, y doble versión poética y prosaica (la cual, con el comentario, forma una traduc-

(1) Aunque no es mi ánimo hablar aquí de la versión de los libros sagrados, que se rige por método y reglas especiales, no debo omitir que tanto Scío en la traducción de la Biblia que hizo por orden de Carlos IV, como Torres Amat en la suya, inmediatamente posterior, comenzada en 1808 y publicada por los años de 1826, consignaron en Discursos preliminares juiciosas observaciones muy dignas de tenerse en cuenta. Scío, apegado á la letra de la Vulgata, en ocasiones con exceso, conserva bien en lo general la gravedad y vetustez del estilo bíblico, que Torres Amat, por amor á la claridad, propende á modernizar talvez más de lo justo. La verdad es que á las veces un solo versículo, una frase, una palabra del texto sagrado, contiene un problema múltiple, teológico, exegético y filológico.

ción realmente completa), hizo por primera vez en España, que yo sepa, oportunas aunque rápidas indicaciones sobre dos puntos importantes, á saber: la armonía que han de guardar los conceptos con las pausas de la versificación, torpemente descuidada por Conde en sus versiones de Anacreonte, y la necesidad de vaciar las estrofas originales en autorizado á la vez que proporcionado molde, como es el clásico terceto, para reproducir exactamente, sin estrechez ni redundancia, el contenido del dístico griego ó latino, y el romance de versos octosílabos ó más cortos, con pausas bien marcadas, para reproducir la ligera ó florida anacreóntica. Otras veces sucede que por las geniales condiciones de una ú otra lengua, la perfecta equivalencia métrica se hace inasequible, y Castillo no tocó estas dificultades, porque los autores que tradujo no las ofrecían. Ni ha podido aclimatarse en castellano, ni se aclimatará ya seguramente, un verso largo que corresponda al exámetro greco-latino, cuyo contenido se reproduciría, con bastante exactitud en castellano, en un endecasílabo y medio. El endecasílabo suelto, ó no rimado, propicio á la fiel traslación de los conceptos, sólo se sostiene bien en trozos de poca extensión, en breve agota sus recursos, y á la larga carece de fuerza, variedad y armonía; fuera de que en los trozos en que la poesía original se mueve en una región media, sin adornos líricos ni brillante fraseología, el verso libre, falto de este auxilio, aparece descolorido y prosaico. La silva, mejor que el verso suelto en toda obra larga, alcanza alto grado de armonía, y halaga el oído por la variada y graciosa disposición de las rimas,

sin cautivar otras facultades de percepción interna ni recomendarse á la memoria por la regularidad arquitectónica. Hay casos en que es forzoso elegir entre dificultades de versificación grandes, pero no insuperables, y una deficiencia al cabo inevitable. (1) En lo lírico goza el traductor de mayor libertad, en la elección y aun invención de metro y estrofas; (2) pero libertad regida por la obligación—en que resumirse puede, en términos generales, la doctrina de Castillo y Ayensa—de asociar hasta donde sea posible la fidelidad conceptual con la rítmica, porque si las ideas valen mucho, no deja de ser, por otra parte, característica de un poema la especialidad de sus cadencias y movimiento, ó como si dijésemos el *danzado*. Si se hubiera prestado atención á este principio, en que pocos hoy mismo paran mientes, no tendríamos desde los albores del siglo de oro de la literatura castellana, traducciones de un poema uniforme como las *Metamorfoses* de Ovidio en la variedad de metros en que las tradujo el Licenciado Viana, ni trozos de lírica he-

(1) El distinguido escritor y crítico cubano señor Piñeyro en su juicio sobre mi traducción de la Eneida (Habana, 1874), incluído en sus *Estudios y conferencias de historia y literatura* (Nueva-York, 1880), combate el uso de la octava para trasladar la epopeya latina; pero al fin dice: "En cambio otras veces triunfa señaladamente el traductor; y la obra toda tiene un carácter tranquilo, sereno, suficientemente noble, que á la larga encanta y fascina." Lo cual no es otra cosa que el efecto de la disposición simétrica de las rimas y de la marcha regular y reposada de la octava.

(2) Son nuevas algunas combinaciones métricas empleadas en esta colección con el propósito de conservar la intención rítmica del original.

braica en largas, complicadas y dificultosísimas estancias petrarquescas, que adoptó González Carvajal en la versión de los *Libros Poéticos de la Biblia* para algunos Salmos de David y Capítulos de Job y de Isaías, si bien en muchos pasajes de la misma obra (1819-28) el castizo poeta andaluz acertó con la forma métrica, no menos que con el lenguaje y estilo adecuado á su atrevido intento, no habiendo sido hasta ahora superado en él ni igualado quizás por otros que quisieron emularle.

A las traducciones, así de poesía sagrada, como de la clásica griega y latina, que como tardío pero sazonado fruto de los buenos estudios, publicaron los citados Carvajal, Burgos, y Castillo y Ayensa, á quienes se considera de ordinario como escritores del siglo anterior, siguióse en la tercera década del nuéstro, bajo el vacuo nombre de romanticismo, un movimiento literario avasallador, de extranjero origen, que no era ciencia nueva, ni saludable reforma, sino protesta de la imaginación sin freno contra toda tradición y toda autoridad, y aun más, contra toda racional investigación. Representantes de la erudición tales como Hermosilla (famoso nombre que debe añadirse á la lista de traductores), servían mal á las amenazadas humanidades con crítica apasionada y estrecha, desacreditando con ella la erudición de buena ley y la tradicional crítica de comentario, la cual, bien entendida, es forma amplia en que cabe todo, desde el análisis filológico hasta el juicio estético y filosófico; crítica que señala no menos los defectos que las bellezas, y que, lo mismo que á los poetas antiguos, debiera aplicarse á los

modernos. Esta parte técnica de la literatura, de utilidad indisputable para el que trata de formar su gusto y adquirir estilo, quedó excomulgada y malamente confundida con la rastrera ó virulenta crítica menuda. Al paso que en otras partes se ha salvado la verdadera crítica por la alianza de la erudición y el sentimiento, en los países españoles establecióse funesto divorcio entre elementos que unidos se auxilian y completan, y separados bastardean y se extravían; y hoy mismo campean de un lado el encomio nebuloso, el aplauso idolátrico, la manía de las "síntesis," y de otro el burlesco escrutinio de detalles, sin norma ni principios fijos. Y como el arte de traducir en verso requiere el estudio comparativo de las lenguas y de los escritores, el continuado examen del pensamiento y de la forma que reviste, el conocimiento de los medios de expresión, de los recursos rítmicos, de sus equivalencias y diferencias, no es extraño que este departamento literario ande en lo doctrinal abandonado y desconocido, y cuente en lo práctico escasos cultivadores entendidos.

Lo más luminoso y menos incompleto que en crítica de traducciones poéticas, á un tiempo fundamental y técnica, conozco en la moderna literatura castellana, son las observaciones de Bello sobre el *Horacio* de Burgos, y otras del mismo autor, inconclusas y póstumas, acerca de la *Ilíada* interpretada por Hermosilla: (1) unas y otras desconocidas casi del todo en España.

(1) El artículo sobre la traducción de Horacio por Burgos se publicó primero en el *Repertorio Americano*, tomo III, Londres,

El Sr. Menéndez Pelayo, la más brillante personificación española en nuestros días, del feliz consorcio del talento con la erudición, de la rectitud con la libertad de juicio, del estudio progresivo con el fácil y constante ejercicio de la pluma, ha consignado acá y allá, en sus obras bibliográficas é histórico-críticas, observaciones útiles pertinentes á la materia, aunque sin elucidarla ex-profeso en todo ni en parte. Citaré, por último, aunque escasas sobremanera, las indicaciones consignadas por el docto helenista y eminente Prelado mexicano, Sr. Montes de Oca, en la carta que dirigió á Menéndez Pelayo, impresa al frente de su traducción completa de Píndaro (México, 1882).

Todo lo que se ha escrito en este ramo de la crítica, sobre deficiente é inarmónico, anda disperso y olvidado; y creo que, cualesquiera referencias que á las que acabo de anotar como las más notables que me sugiere la memoria, puedan añadirse (y no dudo que muchas habré omitido por su misma reconditez), no invalidarán en ningún caso la afirmación de que el arte de traducir en verso ha estado y está teóricamente descuidado en España, bastando á comprobarlo el hecho de que los tratadistas de literatura no le consagren una línea, ni figure para nada en el programa de ninguna asignatura literaria.

---

1827, y se halla reproducido en las obras de Bello, edición oficial chilena, tomo VI, 1883. El precioso, aunque trunco opúsculo, sobre la *Ilíada* por Hermosilla, fué dado á luz, como producción póstuma, por el diligente biógrafo de Bello, finado Sr. Amunátegui, Santiago de Chile, 1882.

La preceptiva y la crítica no forman talentos ciertamente, pero sirven para librarlos de deplorables extravíos. Se comprende fácilmente que escaseen las buenas traducciones poéticas por carecer, los que á esta labor se dedican, de las indispensables dotes de naturaleza; mas no por esta radical deficiencia, sino por falta de conocimientos especiales y de reflexivo estudio, podrá explicarse que un poeta como el Sr. Rodríguez Rubí haya desfigurado la oda inmortal de Manzoni, *El cinco de Mayo*, disolviendo sus aladas estrofas en difusa y altisonante silva; ó que un humanista como el señor Valera, encomie como excelente la traducción en verso, ó mejor diré, la interpretación que de la *Ilíada* hizo Hermosilla, en la que se reproduce todo lo que hay en el original, y algo más, excepto la magia de la dicción y de la versificación, parte esencial de la poesía; y esto después de correr por el mundo, sobre el modo de traducir á Homero, disertaciones tan interesantes como las que dió á luz Littré, en francés, y en inglés las del eminente crítico Mr. Arnold, recientemente arrebatado á las letras, sin contar numerosos trabajos publicados en Alemania.

Dados tales antecedentes, no sorprenderá que otro docto español que en la segunda década de este siglo publicó una traducción de Juvenal, declare con donosa ingenuidad que principió su versión sin entender bien lo que era traducir (1). "Y así en dácame estas pajas—añade—volví en castellano dos Sátiras de mi autor; leílas á algunos amigos, merecí sus aplausos, henchíme de satisfacción, holguéme en mi trabajo, y así me creí gallar-

(1) Folgueras Sion, *Sátiras de Juvenal*, Madrid, 1817.

do traductor como el más pintado." Las observaciones de un sabio amigo y severo Aristarco y la lectura de un pasaje de Gibbon sobre la traducción de la Ilíada por Pope (1), persuadiéronle de "una verdad en achaque de poéticas versiones fundamental y certísima, que para ser acertadas *deben necesariamente estar dotadas de fidelidad y elegancia.*" Esta máxima, que resume exactamente toda la doctrina relativa á las traducciones poéticas, y presupone, por lo demás, una clara explicación é inteligencia de lo que fidelidad y elegancia significan, está por sí sola declarando la gran dificultad de traducir acabadamente á un poeta, comoquiera que exige la conciliación de términos casi incompatibles. Con tal motivo volvió su trabajo al yunque el docto traductor de Juvenal, y si á pesar de sus aciertos, del sabor castizo y nerviosa concisión de algunos pasajes, no salió del todo airoso de la empresa, debióse á que no dió con la proporción debida, extremando la fidelidad con detrimento de cierta lucidez ó claridad necesaria, comprendida en el concepto genérico de elegancia. Faltóle versación ó talento para realizar la armonía del conjunto. *Infelix operis summa.*

Desde que publiqué en 1873 el primer tomo de mi traducción de Virgilio, varias veces he discurrido en escritos literarios sobre las leyes y atributos de las traducciones poéticas, bien que nunca de un modo completo y como el asunto lo reclama. Creo que, por natural amor á la verdad, procuré siempre la fidelidad, aunque sin

(1) De la cual dice Gibbon que de todas las partes ó condiciones de un acabado retrato está adornada, menos de la semejanza.

confundir la exactitud literal con la formal. Mis estudios y meditaciones han confirmado é ilustrado esta propensión, que, por lo vieja, más me parece ingénita que adquirida. Entiendo que el traducir es dificílima labor mixta de imitación y adaptación, de refundición y correspondencia. El carácter del autor original ha de ser, según la regla del Prof. Egger, la norma fundamental del traductor. Aunque hasta cierto punto "el estilo sea el hombre," no por eso debe desesperar el traductor de reproducir el estilo, identificándose con el autor que traslada. Y el estilo es en parte social, y en parte individual: abraza así el estado de la lengua, en la época en que se produjo la obra original, á que corresponde determinado período lingüístico en el idioma del traductor, como también las peculiaridades del autor respectivo. Virgilio, por ejemplo, es á un mismo tiempo poeta arcaico, como que se goza en reproducir hemistiquios y aun versos íntegros de Ennio y de Pacuvio, y muy avanzado por la perfección inimitable de sus versos, que jamás podrán confundirse con los de su predecesor Lucrecio. Conozco yo mejor que nadie y confieso los defectos en que abundan mis traducciones; sé que, aunque la teoría justa ejerce influencia benéfica sobre la ejecución, esta influencia no es siempre decisiva; y me consta, por experiencia ajena y propia, la distancia que va de la teoría al desempeño artístico. Hermosilla, en un pasaje feliz por la originalidad y exactitud de la observación, enseña que el verso en que se traduce una grande epopeya clásica no sólo ha de ser armonioso, sino heroico; que en los de una traducción de la Eneida, por ejemplo,

han de percibirse constantemente al recitarlos, aquel eco varonil, aquel ruido militar, aquel sonido lleno de la trompeta que en cierto modo se oye al leer en alta voz los de la Eneida. Y á pesar de haber asentado esta importante doctrina literaria, en su traducción de la Ilíada, apenas se hallará un verso propiamente heroico. Si un crítico entendido, capaz de comparar y de juzgar, y conocedor de los recursos de nuestra habla y versificación, dijere que en mi traducción de la Eneida tal pasaje carece de vigorosa entonación, ó que este ó esotro arcaísmo, por razones particulares, está mal empleado, á su censura me someto sin reclamar indulgencia con súplicas ni excusas, bien que por otra parte no parezca equitativo juzgar á un traductor en vista únicamente de tal ó cual trozo, cuando una traducción extensa no se hace para ser citada sólo en determinados pasajes, que, destacados, pueden y deben traducirse con particular y mayor esmero. Pero si uno de los profanos que con tanta frecuencia usurpan las funciones del crítico, condena en la misma traducción, en términos absolutos, el uso del metro más difícil y artificioso, así como el más autorizado para la epopeya, y el empleo de arcaísmos, las decisiones del juzgador, como incompetente, dejarán al traductor sin cuidado.

Diversas formas de estilo y de versificación he empleado en las poesías que este tomo contiene, para traducir á Lamartine, v. gr., y á Campbell. Probablemente no habré acertado á reproducir la melódica dulzura del uno, ó la vigorosa entonación del otro; pero admítase en todo caso la necesidad de emplear procedimientos

distintos para traducir un sueño romántico y un canto guerrero, punto en que es preciso acordarse, antes de descender á cuestiones de aplicación y al examen de pormenores determinados.

En todo lo que precede me he referido á las traducciones en verso propiamente dichas, las cuales constituyen sólo una, aunque la más preciada, de las formas del traducir. En esta serie de procedimientos cuéntanse, en orden de mayor á menor fidelidad, la literal, que no coincide con otras especies de fidelidad; la versión interlineal; otras versiones en prosa más ó menos ajustadas al texto original; la traducción poética perfecta, que consulta la mayor fidelidad en el conjunto de todos los rasgos característicos; la imitación desembarazada, pero no del todo libre, como las que de Víctor Hugo nos dejó Bello; y por último, una imitación que parte límites con la composición original, sistema que siguieron Horacio y Propercio, renovado en el pasado siglo, en Francia, por el inmortal André Chénier, en algunos de sus idilios y elegías. (1) Todos estos procedimientos cumplen fines propios, y por consiguiente obedecen á leyes especiales; y unos con otros se dan la mano; de tal suerte que para estimarse completa una traducción, ha de reunir, como antes dije, la versión literal y la propiamente poética, ilustradas con comentarios, antiguo método abandonado en nuestros días por incuria y negligencia.

(1) No una vez sola explica este sistema en apuntes que después de su muerte vieron la luz pública: "L'idée de ce long fragment m'a eté fournie par un beau morceau de Properce.... Mais je ne me suis point asservi à le copier. Je l'ai étendu; je l'ai souvent

No todas las piezas que en este tomo se contienen traducidas son de igual mérito. El haber resultado el libro formado, digámoslo así, por sí mismo, me exime de la obligación de presentar en él muestras precisamente escogidas de literaturas extranjeras. Por otra parte, las predilecciones de los que hablan la lengua de un autor, difieren de ordinario del criterio de los que á otro idioma le traducen, ya porque el mérito especial de algunas poesías se identifica con cierta magia de expresión, difícil de percibir para el extranjero, y aun más difícil de reproducir, si logra percibirla; ya porque cada lengua tiene su riqueza propia, no sólo de expresiones sino de ideas; y puede bien un poeta sacar del fondo del sentimiento popular conceptos ó puntos de vista que para sus compatriotas son vulgares, y para el alienígena nuevos y originales. Finalmente, poesías hay famosas, que imponen respeto y temor de tocarlas; y otras que, no por mejores, sino por circunstancias especiales, convidan

---

abandonné pour y mêler, *selon ma coutume*, des morceaux de Virgile et d'Horace et d'Ovide, et tout ce qui me tombait sous al main, et souvent aussi pour ne suivre que moi." En medio de esta libertad detiénese á las veces el poeta á repetir, á porfía con el autor original, con exquisita diligencia, toques y rasgos felices: "Il me semble qu'il n'est guère possible de traduire autrement ni mieux que je ne l'ai fait ce second vers...." "Ce vers et ceux qui suivent ne valent peut-être pas tous ensemble les deux vers de Properce... " "J'ai imité, autant que j'ai pu, ces vers divins d'Ovide...." "Les quatre vers après les des suivants sont traduits de ce bel endroit des Georgiques.... Je n'ose pas écrire mes vers après ceux-là...."

En todos estos casos el imitador aparece como escrupuloso y elegantísimo traductor.

á darles nueva forma. Una excelente revista inglesa (1) se ha quejado de lo mal representada que aparece la poesía inglesa en la *Historia Universal de la Literatura* por Gubernatis; y cualquier español extrañará la elección que de ciertas poesías hicieron Bryant, Longfellow y otros, para presentar en inglés muestras de poesía castellana. Una es la popularidad nacional, otro el crédito que algunos escritores alcanzan en otras naciones, ó el interés que despiertan en un lector extranjero. Gubernatis reconoce que siendo Young, entre los ingleses, apenas un poeta mediano, hizo popular fuera de su tierra la poesía sentimental, y llevó tras sí legiones de imitadores. ¿Qué mucho, si no sólo en España (2), sino aquí mismo, á principios del siglo, ya traducía el Dr. Gruesso, de Popayán, las *Noches*, y se hablaba de Young como del más extraordinario poeta del mundo? Y mientras Young, y el fingido Ossián, y Byron, mayor que ellos, y otros meteoros deslumbran el mundo entero, las estrellas fijas de la poesía inglesa quédanse allá alumbrando á las Islas Británicas, sin que llegue su luz á los continentes! Alguna, aunque muy pequeña parte de ella, se ofrece á los lectores en esta colección, en las

(1) *Saturday Review*, Sept. 1883.

(2) El poema *Zaragoza* que á los veinte años de su edad compuso Martínez de la Rosa en 1809, y que contiene brillantes trozos sueltos, termina con esta impertinente ocurrencia:

La cítara de Young, de ébano triste,
Cabe el opaco Támesis sonando
Bajo el oscuro encapotado cielo,
Bastara sólo á pregonar al mundo
Tan grave ruina, tan acerbo duelo.

traducciones de Campbell, de Montgomery, de Wolfe, de Newman, nunca trasladados antes, que yo sepa, en lengua castellana.

De las versiones manuscritas que han servido de base á la colección, han quedado excluídas muchas por inconclusas ó defectuosas; cuáles, como las de Horacio, por pertenecer á colecciones especiales; cuáles, porque hubieran ensanchado con exceso una de las secciones, destruyendo la regularidad de la clasificación adoptada. En cambio, he introducido algunas poesías de reputación universal—*El Cementerio*, de Gray, el *Cinco de Mayo*, de Manzoni, *El festín de Alejandro*, de Dryden—adoptando traducciones ejecutadas con bastante felicidad y de reconocido mérito, precaviéndome así de una peligrosa competencia; y otras, en fin, en parte inéditas, con que algunos compatricios y amigos míos enriquecieron nuestro Parnaso, y con las cuales he aumentado, en beneficio de los lectores, las muestras del nobilísimo poeta americano Longfellow.

¡Oh, y cuán difícil alcanzar una relativa perfección en la que he llamado traducción poética propiamente dicha, la cual al lector enamorado del original debe satisfacer como excelente copia, y á quien la examine en sí misma, sin hacer comparaciones, ha de gustar por sus propias cualidades! Para calcular la dificultad que este trabajo impone, y la gran variedad de medios y formas que en su desempeño caben, bastará cotejar las diversas traducciones que corren de unas mismas poesías célebres; ó bien, suponer que se tratase, no ya de traducir á otra lengua, sino de refundir dentro de la misma en que

se escribió, dándole nueva forma métrica, la *Canción á las Ruinas de Itálica*, de Rodrigo Caro, ó la *Silva á la Zona Tórrida*, de Bello, supuesto que una buena traducción no es otra cosa que una especie de refundición. Puede, por tanto, aplicarse á esta labor lo que, refiriéndose á los eximios expositores, dijo el Brocense en el pasaje que sirve de epígrafe á esta prefación.

Desgracia grande es para las ciencias morales y políticas—dice Herbert Spencer (1)—que sean á menudo discutidos sus problemas, por personas que no se han tomado el trabajo de aprender sus rudimentos. Lo propio (y ya lo notó Horacio) (2) sucede, con más generalidad y mayor desenfado, en todo lo que á la poesía se refiere, siendo frecuente que califique versos quien no acertaría á decir en qué se diferencian los buenos de los malos,

(1) Oportunamente citado por Mr. Jevons, en el prefacio de su interesante obra sobre la moneda.

(2)

Qui studet optatam cursu contingere metam
Multa tulit, fecitque puer, sudavit et alsit,
Abstinuit venere et vino; qui Pythia cantat
Tibicen, didicit prius extimuitque magistrum.
Nunc satis est dixisse: "Ego mira poemata pango;
Occupet extremum scabies; mihi turpe relinqui est,
Et quod non didici, sane nescire fateri!"

De Art. Poet. 412-8.

Y en otro lugar:

Navem agere ignarus navis timet: abrotonum aegro
Non audet nisi qui didicit, dare; quod medicorum est
Promitunt medici; tractant fabrilia fabri;—
Scribimus indocti doctique poemata passim!

Epist., II, I, 114-7

ni siquiera, tal vez, el verso de la prosa. ¿Qué mucho que también los traductores se vean juzgados por gentes que no saben lo que traen entre manos? Y estos mismos caprichosos árbitros, no contentos con la temeridad de sus juicios, se meten á dogmatizar como sociólogos y políticos, á dictar leyes en el Parlamento y en el Parnaso, á componer malos versos y detestables traducciones, añadiendo así á la injusticia de sus fallos, la perversidad de los ejemplos, introduciendo la confusión y el desconcierto, y justificando hasta cierto punto la propensión á juzgar *à priori* desfavorablemente de todo nuevo ensayo de literatura política ó poética.

"El empleo de traductor—decía ya cierto antiguo y hoy desconocido censor (1) de un libro de traducciones, también y no injustamente olvidado,—el empleo de traductor ha de ser desinteresado, pues la gloria cede comúnmente en el autor que se traduce."

Escaso número de ejemplares compone la edición de este libro, destinada, más bien que al público en general, al especial y disperso público que de tiempo atrás ha favorecido al autor con sus simpatías.

M. A. C.

Bogotá, 1888.

(1) El jesuíta Juan de Verde-Soto Pinto, en los principios de la versión de Juan de Owen por D. F. de la Torre; censura fechada en Madrid, á 6 de Marzo de 1682.

# CONTENIDO



## PARTE PRIMERA

### AMATORIAS, ELEGÍACAS Y FANTÁSTICAS

## PARTE SEGUNDA

### AFECTOS PATRIOS Y DOMÉSTICOS



## PARTE TERCERA

### HISTÓRICAS, MITOLÓGICAS Y GUERRERAS

## PARTE CUARTA

### RELIGIOSAS, FILOSÓFICAS Y MORALES

# I

# AMATORIAS, ELEGIACAS

## Y FANTASTICAS

I

## ¡ ACUÉRDATE DE MÍ !

( MOORE )

Vé do la gloria te llama,
Y entre el rumor de la fama
¡ Ay ! acuérdate de mí.
Cuando más grato á tu oído
Fuere el popular ruído,
Aun acuérdate de mí.

Te ceñirán otros brazos,
Anudarás nuevos lazos,
Y del corazón pedazos
Dejas dolientes aquí.
Cuando entre amigos te vieres
Gozando íntimos placeres,
¡ Ay ! acuérdate de mí.

Si errabundo por la tarde
Vieres la estrella que ärde
Dorada en fondo turquí,
Piensa que en mi compañía
La contemplabas un día ;
¡ Ay ! acuérdate de mí.

Si en el verano reposas
Las miradas deleitosas
Sobre las tardías rosas
    Que siempre cual tuyas vi,
Piensa en los floridos ramos
Que muchas veces cambiámos;
    ¡Ay! acuérdate de mí.

Cuando caer vieres flojas
En el otoño las hojas,
    ¡Ay! acuérdate de mí.
Y en la noche, cuando mires
Dichoso hogar, y suspires,
    ¡Ay! acuérdate de mí.

Entonces música y canto
Quizás con su hechizo santo
Dulces volverán del llanto
    A abrir las fuentes en ti,
Y en tu mente aquellos sones
Despertarán mis canciones;
    ¡Ay! acuérdate de mí.

## II

## ¡OH, VÉN!....

(MOORE)

¡Oh, vén! en el seno mío
Vén á reposar tus sienes;
Si ya rebaño no tienes,
    Aquí tus lares están.
Aquí una sonrisa encuentras
Que no empaña nublo insano;
Y un corazón y una mano
    Que jamás te faltarán.

¿De qué el amor serviría
Si no brillase lo mismo
Sobre el espantoso abismo
    Que en el mágico pensil?
No sé yo, saber no quiero,
Si es tu corazón culpado;
Sé que eres mi único amado,
    Yo tu amante veces mil.

Angel tuyo me llamaste
En momentos de ventura;
Quiero en horas de amargura
    Como ángel guïar tu pie.

Entre tanto horror no temas
Que jamás de ti me aparte;
¡Vengo á escudarte, á salvarte,
O contigo me hundiré!

## III

### LA MELODÍA PREDILECTA

—BALADA INGLESA—

¡Oh, tócame el aire sencillo y sonoro
Que tanto en mis días floridos amé!
Despiérta, si puedes, los sueños de oro
Que entonces cruzaban mi mente en tropel.
Tierna tristeza cubrió mi alma,
Y las señales dejó en mi faz;
Tristeza en sombra, tristeza en calma....
¡Ay! ¿dónde ahora, ¡ay! dónde está?
Mas tócame ese aire tan dulce; pues brilla
Al alma entre sueños la prístina edad
Cual una lejana fantástica orilla
Que nunca los ojos á ver tornarán.

¡Oh, cuál cada nota trae á mi memoria
Alguna esperanza ó encanto feliz,

Que hace, alumbrando mi pasada historia
Sus lágrimas mismas hermosas lucir!
El nuevo sér que correspondido
El primer voto del amor da,
Rubor, recelo, dulce gemido....
¡Ay! ¿dónde ahora, ¡ay! dónde están?
Mas prolonga el dulce cantar, que sería
La mayor ventura, al plácido són,
En sueños de infancia, de luz y armonía,
Decir á la vida para siempre adiós.

*Anónimo.*

## IV

## LO INOLVIDABLE

(PERCIVAL)

Hay momentos tan bellos, tan dulces en la vida,
Que su recuerdo siempre se aviva más y más,
Y á los felices días añade nuevo encanto,
Y en la miseria esparce benigna claridad.
Momentos consagrados por sonrisas y lágrimas,
Las del favor primero, las del adiós final;
Por amor, sol glorioso, que súbito se inflama,
Y en hora de tristeza sepúltase en la mar.

Momentos hay tan bellos, tan dulces en la vida,
   Que al alma siempre orean cual brisas del Edén;
Si al pronto los envuelve en turbio torbellino
   El tiempo, más brillantes despiértanse después.
¡Momentos bendecidos, gratísimas memorias!
   Aquel imán secreto jamás perder podréis
Que hace que fuerzas nuevas el corazón reciba,
   Y, aun moribundo y yerto, palpite de placer.

Retrógrado, en vosotros se explaya el pensamiento,
   Y torno, torno á verla, como otra vez la vi:
Su cabello süave, que al aire manso ondea,
   Sus ojos, que del cielo reflejan el zafir;
Su cuello, como nieve que las cumbres corona,
   Sus labios entreabiertos cual fresca flor de Abril:
Y á ella pasar la miro, en leve nube envuelta
   Que roba los aromas del nardo y del jazmín.

De aquella azul mirada párte encendido rayo
   Que vierte por mis venas inextinguible ardor;
Habla—y oigo de nuevo rodar, cual de arpa alada,
   En melodiosas ondas su regalada voz.
Enlazada á mi mano su dulce mano estrecho,
   Y electrizado late mi pobre corazón.
Más que de humanas dichas, hora de santos éxtasis
   Que vivirá conmigo mientras aliente yo.

Juntos nos encontrámos, de cristalina fuente
   Bebiendo inspiraciones de gloria y de virtud,
De miradas extáticas, de pensamientos mudos
   Viviendo, sin que el labio de amor hablase aún.

¡ Adiós ! tiembla su mano, y responde á mis lágrimas
Una amorosa lágrima de su mirada azul.
Pasar podrán los años, mi vida marchitarse;
¡ Nunca aquellos recuerdos extinguirán su luz !

## V

### QUIEN NO AMA NO VIVE (1)

( V. HUGO )

Quienquiera que fueres, óyeme:
Si con ávidas miradas
Nunca tú á la luz del Véspero
Has seguido las pisadas,
El andar süave y rítmico
De una celeste visión ;
O tal vez un velo cándido,
Cual meteoro esplendente,
Que pasa, y en sombras fúnebres
Ocúltase de repente,
Dejando de luz purísima
Un rastro en el corazón ;

(1) No ha habido que traducir el título, porque el autor tuvo el capricho de ponerlo en español.

Si sólo porque en imágenes
Te la reveló el poeta,
La dicha conoces íntima,
La felicidad secreta,
Del que árbitro se alza único
De otro enamorado sér;
Del que más nocturnas lámparas
No ve, ni otros soles claros,
Ni lleva en revuelto piélago
Más luz de estrellas ni faros
Que aquella que vierten mágica
Los ojos de una mujer;

Si el fin de sarao espléndido
Nunca tú aguardaste afuera,
Embozado, mudo, tétrico
(Mientras en la alta vidriera
Reflejos se cruzan pálidos
Del voluptuoso vaivén),
Para ver si como ráfaga
Luminosa á la salida,
Con un sonreír benévolo
Te vuelve esperanza y vida
Joven beldad de ojos lánguidos,
Orlada en flores la sien;

Si celoso tú y colérico
No has visto una blanca mano
Usurpada, en fiesta pública,

Por la de galán profano,
Y el seno que adoras, próximo
  A otro pecho, palpitar;
Ni has devorado los ímpetus
De reconcentrada ïra,
Rodar viendo el valse impúdico
Que deshoja, mientras gira
En vertiginoso círculo,
    Flores y niñas al par;

Si con la luz del crepúsculo
No has bajado las colinas,
Henchida sintiendo el ánima
De emociones mil divinas,
Ni á lo largo de los álamos
  Grato el pasear te fué;
Si en tanto que en la alta bóveda
Un astro y otro relumbra,
Dos corazones simpáticos
No gozasteis la penumbra,
Hablando palabras místicas,
  Baja la voz, tardo el pie;

Si nunca al roce magnético
Temblaste de ángel soñado;
Si nunca un *Te amo* dulcísimo,
Tímidamente exhalado,
Quedó sonando en tu espíritu
  Cual perenne vibración;

Si no has mirado con lástima
Al hombre sediento de oro,
Para el que en vano munífico
Brinda el amor su tesoro,
Y de regio cetro y púrpura
No tuviste compasión;

Si en medio de noche lóbrega
Cuando todo duerme y calla,
Y ELLA goza sueño plácido,
Contigo mismo en batalla
No te desataste en lágrimas
Con un despecho infantil;
Si enloquecido ó sonámbulo
No la has llamado mil veces,
Quizá mezclando frenético
Las blasfemias á las preces,
También á la muerte, mísero,
Invocando veces mil;

Si una mirada benéfica
No has sentido que desciende
A tu seno, como súbito
Lampo que las sombras hiende
Y ver nos hace beatífica
Región de serena luz;
O tal vez el ceño gélido
Sufriendo de la que adoras,
No desfalleciste exánime,—

Misterios de amor ignoras;
Ni tú has probado sus éxtasis
Ni tú has llevado su cruz.

## VI

## EL SOL DE MAYO

(BRYANT)

El sol de Mayo envuelve en esplendores
Prado y selva, de nuevo floreciente;
Mas la que á honrar venía estos verdores
Con sonrisa aun más pura y más fulgente,
En soledad reposa
Bajo la helada losa.

En larga copia blancas flores bellas
Asoman del camino en las orillas;
La que con mano que envidiaban ellas,
Cogiendo iba y juntando florecillas,
En soledad reposa
Bajo la helada losa.

Los pájaros al aura brilladora
Esparcen sus concentos matutinos;

La que con voz más dulce y más canora
Convidóme tal vez á oír sus trinos,
En soledad reposa
Bajo la helada losa.

La música del año que amanece,
La florida estación me causa enojos;
Mi espírtu se anubla y entristece,
Las lágrimas asoman á mis ojos;
Que ella ¡ay de mí! reposa
Bajo la helada losa.

## VII

### UN RAYO DE SOL

( LONGFELLOW )

Este es el sitio. ¡Mi corcel, detente!
Déjame repasar la misma escena,
Y el recuerdo evocar con honda pena,
De la mujer que fué.
Júntanse aquí el pasado y el presente,
Del tiempo separados por el vuelo,
Cual las huellas que oculta el arroyuelo,
Y á ambos lados se ven.

¡ Venid, recuerdos, mi único recreo!....
¡ Ah ! la gramosa calle ya distingo
Que al ara santa aquel feliz domingo
Nos condujo á los dos.
La inquieta sombra de los tilos veo
Acariciando la menuda grama.
¡ Ay ! tú pasabas entre sombra y rama
Como etérea visión.

Blancas cual la azucena eran tus ropas,
Como ella casta y pura tu alma ëra ;
Parecías, graciosa mensajera,
Del cielo descender.
Con ternura los árboles sus copas
Doblaban por besar tu ebúrnea frente,
Y el pudoroso trébol reverente
Te acariciaba el pie.

" ¡ Dormid, dormid en este santo día
Angustias y cuidados mundanales ! "
El coro canta. Armónicos raudales
Ascienden hasta Dios.
El sol por la entreabierta celosía
Un rayo vierte en la extendida sala
Que el polvo dora, y la soñada escala
Semeja de Jacob.

El viento perfumado á cada instante
Besa y agita con su soplo blando
Las páginas del libro venerando
Que está sobre el altar.

Largo tiempo la voz edificante
Del ministro sonó ; mas un momento
Fué para mí, que á ti mi pensamiento
Se ligaba tenaz.

Así también la férvida plegaria
Que él y yo pronunciamos aquel día,
Pasó ; que á Dios volaba el alma mía,
Mi corazón á ti.
Hoy ¡ oh dolor ! la tea funeraria
Alumbra sólo. El rayo aquel de öro
Se exitinguió para siempre. Amargo lloro
Sucedió á aquel festín.

¡ Triste recuerdo, al corazón ligado
Con mil raíces ! Cual el alto pino
El sol aparta y gime de contino
Su eterna soledad.
Mas su memoria brilla en lo pasado
Como el luciente sol brilla á lo lejos,
Cuando nube que envidia sus reflejos
Nos oculta su faz.

*A. P.*

## VIII

### A VERSALLES

( A. CHÉNIER )

¡ Oh pórticos ! ¡ Oh mármoles vivientes !
¡ Oh bosques de Versalles !
¡ Sitios más deleitosos y rïentes
Que los Elíseos valles !

Los dioses y los reyes á porfía,
Recinto almo y sereno,
Tesoros de hermosura y lozanía
Vertieron en tu seno.

Frescura, al verte, y suavidad recibe
El pensamiento mío,
Y como hierba lánguida revive
A quien bañó el rocío.

No anhelo de París la varia escena :
Quiero ver á mis Lares
Bajo tu sombra reposar amena
En rústicos hogares,

De donde al campo, yo, circunvecino
Llevar tranquilo pueda
Los pasos, estrechándome el camino
Tresdoblada alameda.

¿Dónde están de ciudad armipotente
Las regias maravillas?....
Regalas tú con aromado ambiente,
Con trofeos no brillas.

El apacible sueño, el manso olvido,
El estudio y el arte,
Castas divinidades, han venido
Por suyo á consagrarte.

¡Ay! ociosa indolencia me devora,
Y cosechar no intento
El fruto sazonado que elabora
Activo entendimiento.

Consumido de tedio me abandono;
Ni gárrula alabanza,
Ni públicos favores ambiciono;
Ha muerto la esperanza.

Y sólo ya la sombra taciturna
Dulce parece á un alma
Desengañada; la quietud nocturna,
La solitaria calma.

Si es vivir mi destino, en paz profunda
Calladamente viva;

Cebe amor de mi antorcha moribunda
La llama fugitiva.

Amo, ¡ oh placer! Y tú, rincón florido,
Aquella imagen pura
Conoces ; aquel nombre tú has oído
De inefable dulzura,

Que á tu silencio tímido confío
Cuando de tarde vengo,
Y en pensar que la he visto me extasío
O que de verla tengo.

Si por ella mi labio amor suspira,
Tus umbríos boscajes
En ecos dignos de celeste lira
La ofrendan homenajes.

Por ella la onda sacra de armonías
Que tierra y cielo inunda,
Hoy de mis labios como en otros días
Torna á correr fecunda.

¡ Oh! si el que ama el honor y la justicia,
Cuando el malvado impera
De olvidar y vivir á la delicia
El pecho abrir pudiera,

Tu silencio, Versalles, tus risueños
Asilos de verdura,
Nido fueran de cándidos ensueños
Y de perenne holgura.

Mas tus alegres ámbitos, el verde
   Césped, la fresca gruta,
Todo sus galas ¡ ay ! súbito pierde
   Y á mis ojos se enluta ;

¡Y de un pueblo inocente, acuchillado
   Por tribunal sangriento,
Pasar veo delante el no vengado
   Espectro macilento !

## IX

### LA JOVEN CAUTIVA

( A. CHÉNIER )

Se alza la espiga naciente
Y hoz no la toca impaciente,
Y el pámpano en la ladera
La estación disfruta entera
  Que el cielo le concedió.
También soy bella, estoy joven ;
No es tiempo de que me roben
La vida ; y aunque mis ojos
Sólo ven ruinas y abrojos,
  Aun no quiero morir yo.

Arrostre el estoico fuerte
Con faz enjuta la muerte :

Yo, mujer, lloro y espero;
Si vendaval sopla fiero,
  Me encojo, y cubro mi sien.
Si horas hay de amargo llanto,
Otras son tan dulces, ¡ tánto!
¿ Qué bien no tuvo sus penas?
Ondas que duermen serenas
  Guardan borrascas también.

Breve trecho andado queda
De esta frondosa arboleda
Del camino de mi vida;
¡ Tan distante la salida
  Que aun no se descubre allá!
Al festín en este instante
Sentada, el labio anhelante,
Entre la festiva tropa,
Apenas llegué á la copa
  Que en mis manos llena está.

Hoy luce mi primavera;
Cual astro que su carrera
Consuma, y llega á su ocaso,
Quiero gozar, paso á paso,
    De todo lo por venir.
Hoy es mi primer mañana;
Yo flor esbelta y lozana,
De que el jardín hace alarde,
Ver de mi vida la tarde
  Quiero, y entonces morir.

Así se queja y suspira
Cautiva joven que mira
El amago de la muerte,
Y mientras llora su suerte,
  Torna mi lira á sonar.
Cautivo, postrado, mudo,
El desaliento sacudo,
Y vierto en medido canto
Aquel candoroso llanto,
  Aquel dulce lamentar.

X

## EL PUENTE DE LOS SUSPIROS

(HOOD)

¡ Otra, otra infortunada,
  Ya cansada de vivir !
Importuna despechada
  Que por fin logró morir.

Recogedla con blandura,
  Con gentil solicitud.
¡ Cuán delgada ! Su figura
Cuenta aún su desventura,
  Su belleza y juventud.

Como al niño los pañales,
Como lienzos funerales
Se le adhiere el casto traje,
Do aun gotea el oleaje
  Del naufragio del dolor.
¡Recogedla sin ultraje!
  ¡Recogedla con amor!

¡Ni una burla, ni un agravio
Le hagan mente, ó tacto, ó labio!
Pensad de ella como hermanos,
Como débiles humanos;
Pensad sólo en sus angustias
  Y sus manchas olvidad.
¿Qué hay en esas formas mustias
  Que no implore caridad?

No hagáis honda, cruel pesquisa
Del conflicto que insumisa
La encontró con el deber;
Ya la muerte en su torrente
Llevó el fango, y solamente
  Queda el oro de su sér.

¡Sus errores, sus deslices
Son de tantas infelices!
¡Hijas de Eva!...su contagio
  Desvalida la encontró.
Por la herencia que nos toca
Enjugad en esa boca

Las espumas del naufragio...
Trago acerbo, pero el último
Que el amor le presentó.

¡ Ricos eran sus cabellos !
Componedlos cual solía
Cuando, mísera, esperaba
Y creía en el amor.
¡ Ah ! decidnos, gajos bellos,
¿ Dó está el peine que os peinaba,
Dó el humilde tocador ?

¿ Quién sus padres nos diría ?
¿ Tuvo hermana ? ¿ tuvo hermano ?
¿ O uno acaso más cercano
Y más caro todavía ?

¡ Ah, en el mundo cuánto es rara
La cristiana caridad !
¡ Oh gran lástima ! ¡ oh avara
Inhumana humanidad !
¡ Que á una víctima indefensa
Falte hogar en esta inmensa
Babilónica ciudad !

¿ Ya no hay padres, no hay hermanos ?
¿ Ya no hay vínculos humanos ?
¿ Reina, pues, la indiferencia
Y el amor se desterró ?
¿ Y aun la santa Providencia
A su grey desamparó ?

Desde aquí tal vez la mísera
Al nocturno cierzo impío,
Recorría tantas lámparas
Que refleja el ancho río,
Y la tibia luz de innúmeras
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu,
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo
De un amor y de un hogar;
¡Mientras ella, aislada y huérfana,
No tenía más que lágrimas
Y ni dónde ir á llorar!

Y la endeble crïatura
Tiritaba de hambre y frío,
No de histérica pavura,
¡Al mirar de tanta altura
Relumbrar siniestro el río!

Ya palpaba los dolores,
No sus duendes y terrores;
Ya sabía el cuento serio
Que la vida le enseñó;
Y tentábale el misterio
Que la fácil muerte esconde;
El transporte de lanzarse,
De exhalarse en un segundo
Para ir.... ¿qué importa á dónde?
¡Fuera! ¡fuera de este mundo!

Y esa idea devolvió
A su labio la sonrisa;
Dióse prisa, y se lanzó.

—

Vén, alegre libertino,
A mirarte en esta escena
Que ameniza tu camino
Por el Támesis ó el Sena.

Vén, recoge tus laureles,
Y regálate cual sueles
En el baño y el festín.
¡ Brínda, y bébe sin espanto
De esa espuma y sangre y llanto
Con que riegas tu jardín!

¡ Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud!
¡ Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.

Componed sus miembros frígidos
Con esmero casto y pulcro
Antes, antes de que rígidos
Se rebelen al sepulcro,
Y que al menos en su fosa
Paz y abrigo se les dé.
Y cerradle luégo, luégo,
Esos ojos ya sin juego,

Que parecen los de un ciego
  Que nos mira y no nos ve;
Porque allí quedó clavada
Sólo esa última mirada
Con que ansiosa y acosada
  A abrazar la muerte fué.

—

¡Triste fin de una existencia
Aun más triste! En su demencia
La empujaron al abismo
La crueldad del egoísmo
  Y la afrenta de su error.
Débil fué, mas no inocente.
Cruzad, pues, humildemente
Sus dos manos sobre el pecho,
Cual si orara sin despecho
Silenciosa y reverente;
¡Y delito y delincuente
  Dejad ambos al Señor!

*R. Pombo.*

—

## XI

### ÉL (1)

( SOFÍA GAY )

¿ Por qué tal abatimiento?
¿ De dónde el grave tormento
  Que aflige tu corazón ?
Objetos que hace un momento
Te daban tanto contento,
  ¿ Nada dicen, nada son ?

¿ Nada las verdes florestas,
Nada las grutas repuestas,
  Su silencio y soledad ?
¿ Nada los cantos y fiestas ?....
—¡ Todo memorias funestas,
  Perdida felicidad !—

Bate el céfiro las alas,
Y á danzar van las zagalas
  Bajo frondoso dosel ;
Todo renueva sus galas ;
¿ Y tú suspiros exhalas ?
  —Sí, porque ausente está ÉL.

(1) *Mœris* es el título del original francés.

¡ Mil veces odiado el día
En que él dejó esta alquería,
  Y jamás después le vi !
¡ Oh, cómo renacería
En mi pecho la alegría,
  Si ÉL ¡ oh Dios! volviese aquí !

## XII

## CONTIGO

(MOORE)

Cuando estoy á par contigo
  Se renueva la creación;
Más vivífico es el aire,
  Más hermoso alumbra el sol.
Tu presencia es luz radiante,
  Dulce música tu voz;
Todo es gloria, y gozo, y dicha
  Cuando á par contigo estoy.

Cuando estoy á par contigo
  Se dilata el corazón;
A tu vista por encanto
  Todo mal se disipó.

De ti ausente, me parece
  Noche todo, todo horror;
Y aun morir me fuera dulce
  Si es que á par contigo estoy.

## XIII

### LA CAÍDA DE LAS HOJAS

( MILLEVOYE )

Con despojos de la selva
  Cubrió otoño la campiña;
Perdió el bosque su misterio,
  Ruiseñores ya no trinan.

Y un mancebo moribundo,
  Lento el pie, vagar se mira
Recorriendo la floresta
  Otro tiempo tan querida.

"¡Adiós, dice, bosque amado!
  En tu duelo mi ruína
Voy leyendo, y cada hoja
  Al caer, mi fin avisa.

"Tal me anuncia de Epidauro
  Triste oráculo: *Tu vista*

*Otra vez, y vez postrera,*
*Gozará la pompa umbría*

" *De los árboles. La noche*
*Pavorosa se aproxima;*
*Más que otoño macilento,*
*A la tumba el cuerpo inclinas;*

" *Y la hierba de los campos,*
*Y la vid de la colina,*
*Verán, antes que se agosten,*
*Tu temprana edad marchita.*—

" ¡ Yo me muero! Helado soplo
He sentido. Mi florida
Primavera asoma, y huye,
Y el invierno llega aprisa.

" Breves flores me adornaron,
Arbolillo fuí de un día,
Y entre lánguidos verdores
Ningún fruto dió mi vida.

" ¡ Vuela, pues, á tu destino,
Hoja efímera; y no aflija
Las miradas de una madre
La mansión que me reciba!"

Dice, y vase, y para siempre;
Que sus hados ya adivina
La postrera débil hoja
De las ramas desprendida.

Sepultáronle á la sombra,
  A la sombra de una encina:
Solitaria está su tumba,
  Madre amante la visita;

E interrumpe con sus pasos
  El pastor, si allá los guía,
El silencio de aquel valle
  Donde el túmulo domina.

## XIV

### EL LAGO

(LAMARTINE)

¿Y en afán incesante, el rumbo incierto,
Hacia otra, y otra, más lejana orilla,
Rodando iremos sobre el mar desierto,
Sin que un instante en apacible puerto
    Repose nuestra quilla?

¡Oh lago, un año se ha cumplido apenas;
Y héme aquí solitario! ¡Sus pisadas
No volverá á estampar en tus arenas
La que desde esta roca, ayer, serenas
    Fijó en ti sus miradas!

Y así cual ora, entonces resonabas;
Mugiendo estás como en aquellos días,
Contra estas peñas tu furor desbravas,
Y con la blanca espuma el musgo lavas
Donde sus pies lamías.

Era una tarde. En éxtasis supremo
Ibamos ella y yo bogando á solas,
Y bajo el cielo azul, de extremo á extremo,
Más no se oía que el batir del remo
Sobre las blandas olas.

Y al piélago dormido, al mudo viento
Cautivó de repente voz divina;
Jamás hombre soñó tan dulce acento
Como el que oyó arrobada en tal momento
La esfera cristalina:

Suspénde el ala rápida,
No turbes nuestros éxtasis,
¡Oh tiempo volador!
Gozar por siempre déjanos
Estos instantes mágicos
Que aquí nos brinda amor.

¿Cuántos no piden míseros
De la esperanza el bálsamo
A tu correr fugaz?
Vé, y sus dolores íntimos
Alivia tú benéfico;
¡Déja al dichoso en paz!

Mas ¡ ay ! con vana súplica
Ruego á esta noche plácida
Que lento mueva el pie.
Rueda muda la bóveda,
Y en el oriente pálido
Odioso albor se ve.

Todo, todo es efímero ;
Veloces precipítanse
Las horas, ¡ ay de mí !
¡ Mas entre tanto, amémonos,
En el oasis místico
Que amor nos brinda aquí !

¡ Ay ! en tanto que el mal acerbo dura,
El tiempo, que á su vista se adormece,
A robarnos la dicha se apresura ;
Y el momento que encierra más dulzura,
Huye y desaparece.

¿ Y nunca ha de volver lo que ha pasado ?
¿ Aquello que se fué quedó perdido,
Y para siempre lo sepulta el hado
En mudo seno, en insondable vado,
En sempiterno olvido ?

¿ Y ni aun habremos de guardar sus huellas ?
¿ A dó van las delicias que devoras,
Qué haces, profunda Eternidad, de aquellas
Que descendieron á tu abismo, bellas
Y fugitivas horas ?

¡ Oh lago ! ¡ grutas ! ¡ rocas ! ¡ selva umbría !
Pues os perdona el tiempo, ó la primera
Beldad os restituye, la hermosura
De esa noche guardad. ¡ Salva, oh Natura,
Su recuerdo siquiera !

¡ Perenne viva aquel recuerdo, oh lago,
En tu recinto ; en las süaves frondas
Que te circundan con rïente halago ;
En estas rocas que con torvo amago
Penden sobre tus ondas !

¡ Viva en los ecos que de orilla á orilla
Responden ; en el céfiro que vuela
Y hojosa copa susurrante humilla ;
En la alba luna que en el éter brilla
Y en tu cristal rïela !

¡ Y el fresco aroma que tu ambiente espira,
Tu oleaje, adormido ó resonante,
Cuanto aquí se oye, cuanto aquí se admira,
Todo á la vez, cual misteriosa lira,
Mi amor recuerde y cante !

—

## XV

### ISCHIA

( LAMARTINE )

Muere en ocasò el luminar del día ;
Asciende en tanto á la región del cielo
Cándida Febe en silencioso vuelo,
Y orna la frente de la noche umbría
Con transparente velo.

Por los etéreos ámbitos se extiende
El albor ondeante, que ilumina
Como río de fuego la colina,
En los riscos se quiebra, en la onda esplende,
Y los valles domina.

De las playas el mar enamorado
Calma el fragor de tempestad y guerra,
Islas y golfos en sus brazos cierra,
Y espira húmedo aliento regalado
Que refresca la tierra.

Verle fascina : avanza, retrocede,
Férvido y blando, sin hallar reposo,
Cual delirante arrebatado esposo

Sigue á la virgen, que resiste y cede
A su ímpetu ardoroso.

Como suspiro de adormido infante
Dulce rumor dilátase doquiera:
¿Eco es talvez de la celeste esfera?
¿Voz de las aguas? ¿ó gemido amante
Que exhaló la ribera?

¿Le oís? Se alza, y desciende, y vago gira,
Y extínguese. De dicha en el exceso
Humano corazón quéjase opreso;
También Natura así de amor suspira
Del placer bajo el peso.

Gozad, mortales, del raudal de vida
Que brota en ondas y desborda lleno:
Os guía el astro del amor sereno,
Y Noche placidísima os convida
A su místico seno.

¿No ves la luz que tiembla en la colina
Cual faro amigo? Próvido encendióla
Amor. Allí, cual lánguida amapola,
A su amado esperando, el cuerpo inclina
La fiel amante sola.

Y los ojos levanta humedecidos,
Que copian el azul del firmamento;
Y recorriendo el músico instrumento
Con mano errante, mágicos sonidos
Da al apacible viento.

Vén, ora que en los espacios
  Domina silencio grande;
Vén, y respiremos juntos
  El ambiente de la tarde.

¡ Cuán fresco se siente ! Apenas
  Blanca deja divisarse
La vela que al pescador
  En paz á la orilla trae.

Desde el momento en que tú
  La barca á la mar fiaste,
A todas horas mi vista
  Persigue tu leño errante,

Como tímida paloma
  Que desde el nido, fugace
Ve el ala del compañero,
  Que fúlgida el aura bate.

Cuando á la sombra bogabas
  De esta playa, oí süave
Dilatado por las brisas
  El eco de tus cantares.

Y si en la costa las olas
  Resonaron espumantes,
Yo encomendaba tu nombre
  A la estrella de los mares.

En su hogar la solitaria
  Lámpara encendió tu amante,

Y su oración fervorosa
  Enfrenó las tempestades.

Nada hay bajo el cielo ahora
  Que no se aduerma ó no ame:
En el campo soñolientas
  Cierran las flores sus cálices.

Reclínanse en la ribera
  Mansas las ondas; la madre
Natura, entrando la noche,
  Como aletargada yace.

Para nosotros de musgo
  Se han tapizado los valles;
El pámpano revoltoso
  Gira en pliegues ondeantes;

Y el aliento de las olas
  Orea los naranjales,
Y mis cabellos perfuma
  Con las flores que deshace.

Vén, y gozando de aquestas
  Apacibles claridades,
Bajo el jazmín entonemos
  Las canciones que tú sabes;

Hasta el hora en que la luna
  Más hacia Miseno avance,
Y palidezca, al herirla
  Los fulgores matinales.

Así canta; su voz talvez espira,
Y con las notas que el laúd exhala
Al revolante céfiro regala,
Que ya en ecos dulcísimos suspira,
Ya mudo pliega el ala.

El que á hora, en que todo á amar convida,
Bajo ese astro encantado, de repente
La imagen bella que fingió su mente
Hallase ante sus ojos convertida
En realidad viviente;

El que á la par con ella, en los estrados
Que forma el musgo, al pie del sicomoro,
Al arrullo del piélago sonoro,
Derramase en suspiros abrasados
De su amor el tesoro;

El que aspirase el ámbar de su boca,
Se mirara en sus ojos, y sintiera
Que en ondas su profusa cabellera
Baja, y su frente y sus mejillas toca
Süave y lisonjera;

El que del tiempo, aquí, la ley tirana
Burlase, embebecido en la porfía
De amar, la noche entera, entero el día,
¿Sería ése un mortal? ¿ó en forma humana
Un inmortal sería?

Y aquí tú y yo también ¡mitad del alma!
En esta fresca orilla, en este nido

Paradisaico, al rayo adormecido
Del astro elíseo, de la mar en calma
Al plácido ruído,

Aquí tú y yo la vista regalámos;
Aquí en inagotables manantiales
Bebimos, y de esferas celestiales
El vivífico ambiente respirámos....
Y somos ¡ay! mortales.

## XVI

### EVANGELINA (1)

( LONGFELLOW )

En esta tierra plácida que baña
El Delawér, y que á la dulce sombra
De alta floresta y pastoral cabaña
A Penn, su apóstol, reverente nombra:

(1) Poema que no cede ventajas á ninguno de cuantos se han escrito en el siglo XIX. Ha sido traducido en verso por el Sr. Morla Vicuña, y en prosa por el Sr. Merchán. La versión poética que de este fragmento (principio del canto último) hizo el Sr. Pombo, se halla incorporada en el trabajo de Morla, y de allí se ha trasladado á esta colección.

Allí de la fructífera campaña
  Sobre la igual, terciopelada alfombra,
La ciudad que él fundó marca su huella
Y del río á las márgenes descuella.

Sus calles repercuten todavía
  Los nombres de sus árboles frondosos,
Como ansiando aplacar con su armonía
  Las dríadas y silfos nemorosos
Que vieron con enojo el hacha impía
  Invadir sus retretes misteriosos ;
Y allí el aura es fragancia, y la hermosura
En el pérsico ve su imagen pura.

Arrojó en esta playa el Oceano
  A Evangelina, huérfana y proscrita,
Y si patria y hogar le hurtó el tirano,
  Aquí otra patria con amor la invita.
René Leblanc, el venerable anciano,
  Reposó aquí su dilatada cuita,
Y de cien descendientes, uno apenas
Vió en torno suyo al rematar sus penas.

Para su amiga en Filadelfia había
  Algo que hablaba al corazón siquiera,
Algo que murmurarle parecía :
  " Entre nosotros no eres extranjera."
Y el cuácaro tutear que en torno oía
  Le recordaba aquella paz primera,
Aquel Edén de iguales y de hermanos,
Arcadia realizada entre cristianos.

Así, cuando por fin cesó en el mundo
Esa persecución que nunca alcanza
Su objeto ; aquel afán ciego, infecundo ;
Ese loco esperar sin esperanza :
Entonces, sofocando en lo profundo
Del corazón la impía desconfianza,
Volvióse aquí, como hacia el sol las hojas,
Aquella alma en tinieblas y congojas.

Igual se ve desde eminente cumbre
Plegarse y disiparse el cortinaje
De niebla matinal, y entre áurea lumbre
Ir surgiendo el magnífico paisaje :
Roja ciudad de innúmera techumbre,
Quintas y aldeas como suelto encaje,
Y, entrelazando hogares y plantíos,
Caminos de oro y plateados ríos :

Así también se disipó en su mente
La neblina falaz que la distrajo,
Y hoy al sol del amor resplandeciente
Ve el mundo inmenso dilatarse abajo.
El sendero asperísimo y pendiente
Que entre angustias y lágrimas la trajo,
Perdió con la distancia sus fragores,
Y es ya una calle de arbolado y flores.

Gabriel no ha muerto, vive en su alma : en ella
Su imagen brilla sin cesar, vestida
De amor y juventud : dos veces bella,

En flor de corazón y en flor de vida:
Cual lo vió última vez la fiel doncella
Extático en ardiente despedida,
Y más perfecto aún; que hoy lo acrisola
De eterna ausencia fúnebre aureola.

El tiempo no entra en su memoria: en vano
Los años, aunque lentos, se suceden:
No han de cambiarlo en su tesón profano;
Transfigurarlo solamente pueden.
Para Gabriel no existe aquel tirano
De quien olvido y desamor proceden.
Él ya no es un ausente: es como un muerto
Que al fin la mar depositó en su puerto.

Dulce paciencia, abnegación constante,
Consagración activa al bien ajeno,
Hé aquí lo que esa mártir anhelante
Leyó escrito en las llagas de su seno.
Así va á difundirse en adelante
Aquel amor de que rebosa lleno,
Cual rica especia embalsamando el viento
Sin perder su fragancia al dar su aliento.

Roto de la esperanza el frágil vaso,
Y todo anhelo terrenal proscrito,
Sólo ansia ya con reverente paso
Seguir las huellas de Jesús bendito;
Reanima el cuerpo quebrantado y laso
Templándolo en el piélago infinito

De la divina caridad, y ufana
Ciñe el cordón humilde de la Hermana.

Meses y años enteros se deslizan
Viéndola infatigable en su tarea ;
¡ Cuánta llaga esas manos cicatrizan !
¡ Cuánta miseria incógnita rastrea !
Por callejuelas que á hombres horrorizan
De puerta en puerta sin temor golpea,
Y para cada mal lleva consigo
Pan, luz, remedio, estímulo y abrigo.

Noche tras noche, cuando duerme el mundo,
Y ruedan por las calles desoladas,
Entre ráfagas de aire gemebundo,
Las voces del sereno acostumbradas ;
A tiempo que él anuncia aquel profundo
Sueño, y la paz y la quietud guardadas,
Tal vez divisa en mísera buhardilla
Velando algún dolor su lamparilla.

Y día tras día el alemán labriego,
Al entrar paso á paso con la aurora
Rodando el carretón aldëaniego
Colmado en frutos de Pomona y Flora ;
Cuando sus gritos turban el sosiego
Del arrabal que aun duerme en esa hora,
Ve que á su claustro vuelve entonces ella,
Pálida de velar, mas siempre bella.

*R. Pombo.*

## XVII

### LA HECHICERA (1)

(VIRGILIO)

Poeta.

Quiero el alterno canto y los amores
Imitar de Damón y Alfesibeo,
A cuyo dulce són la becerrilla,
Olvidada del pasto, absorta estuvo,
Y atónitos los linces atendían,
Y el curso revolviendo de sus ondas
En silencio á escuchar llegóse el río.
Quiero el alterno canto y los amores
De Damón imitar y Alfesibeo.

Tú, ó ya las rocas del Timavo undoso,
Polión, superes, ó rayendo vayas
Del Ilírico golfo las riberas,
Oye mi voz. ¡Oh! ¿al fin vendrá aquel día
En que tus hechos diga, y por el orbe

(1) Égloga VIII de Virgilio.—Versión publicada en mi edición castellana de las *Obras de Virgilio* (1873), y ahora refundida y más fielmente ajustada al original latino.

Pueda tus cantos divulgar, que solos
El coturno de Sófocles merecen?
Tomó principio en ti la Musa mía,
Y en tu honor sonará su voz postrera.
Acóge en tanto los humildes versos
Que ensayo obedeciéndote, y permíte
Que en torno se deslice de tu frente
Aquesta hiedra entre gloriosos lauros.

Habíanse del cielo las nocturnas
Frígidas sombras ahuyentado apenas,
Hora en que alegra fúlgido rocío
Sobre la fresca hierba á los ganados,
Cuando en polido báculo de oliva
Apoyado Damón, así cantaba:

Damón.

Sál tú, lucero, precursor del día,
Sál presuroso, y el lamento escúcha
De este amante infelice, hoy despreciado
Por Nisa, la que ayer llamaba esposa.
En mi hora postrimera, á las deidades
Testigos de mi amor y su perjurio,
Yo me lamento, y me lamento en vano.
Flauta, ensayemos pastorales tonos.

Tonos conmigo ensáya, flauta mía,
Como en Ménalo se oyen, donde suenan
Bosques silbosos y parleros pinos:
Allí zagales, que de amores cantan;

Allí el músico Pan, que dió el primero
A las cañas inertes ejercicio.
Flauta, ensayemos pastorales tonos.

Nisa á Mopso se entrega. Los amantes
¿Qué hemos ya de tener por imposible?
En uno se verán grifo y caballo
Mezclarse, y en los tiempos venideros
Vendrá á beber en una misma fuente
Con los perros la tímida corcilla.
Flauta, ensayemos pastorales tonos.

Nuevas antorchas apercibe, Mopso;
Ya conducida á ti la novia llega:
¡Ea! nueces esparce á fuer de esposo;
Del Oeta, en tu honor, Héspero se alza.
Flauta, ensayemos pastorales tonos.

¡Pues bien casaste y con gentil mancebo!
Tú, la misma que á tantos desdeñaste
Fiera; tú que aborreces melindrosa
Mi rústica zampoña y mis cabrillas,
Mi ceño hirsuto y mi prolija barba.
¡Y juzgaste á los dioses olvidados
De nuestra suerte, en castigar remisos!
Flauta, ensayemos pastorales tonos.

Te conocí pequeña, en nuestros setos
Con tu madre cogiendo húmidas pomas;
Y de guía os serví. Contaba entonces
Once años y uno más, y con la mano

Ya á los frágiles ramos alcanzaba.
¡Oh, cuál me fué tu vista á par de muerte!
¡Cuál, viéndote, quedé ciego y perdido!
Flauta, ensayemos pastorales tonos.

Ya sé quién es Amor. En duras rocas
El Ísmaro ú el Ródope le engendran,
O los remotos Garamantes. Niño
No es él de humana sangre; ótra es su raza.
Flauta, ensayemos pastoralos tonos.

Manchar el crudo Amor hizo á una madre
Sus manos con la sangre de sus hijos;
Y tú ¡oh madre! cruel también tú fuiste.
¿Tú más cruel, ó Amor fué más perverso?
Tú cruel madre, Amor perverso niño.
Flauta, ensayemos pastorales tonos.

El lobo ya de los corderos huya,
Manzanas de oro lleve el recio roble;
De narcisos el álamo se cubra,
Electro puro el tamariz destile,
Con los cisnes á prueba estén los buhos;
Títiro nuevo Orfeo por los bosques,
Nuevo Arïón entre delfines sea.
Flauta, ensayemos pastorales tonos.

Todo en las ondas sepultado quede.
A Dios, selvas, os dejo. De alto risco
Precipítome al mar; lleve la ingrata
Aqueste de quien muere último obsequio.

¡Selvas, á Dios! Por siempre ¡oh flauta mía!
Cesen aquí los pastorales tonos.

Poeta.

Cantó Damón. Pïérides, vosotras
Decid lo que repuso Alfesibeo,
Ya que no todo se concede á todos.

Alfesibeo.

El agua trae acá, y estos altares
Con süaves guirnaldas ciñe, y quema
Pingües verbenas y precioso incienso.
Veamos ya de hacer, con sacros ritos,
Que el curado amador de nuevo pene.
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

¿Los cantos qué no harán? Ellos del cielo
La luna bajan, en los cielos mismos;
En los mares, cantando Circe pudo
Los compañeros deformar de Ulises;
En los prados, forzada del encanto
Aterida se parte la serpiente.
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

Con tres lizos á ti de tres colores
Te ciño, lo primero, y en efigie
Te doy tres vueltas del altar en torno;
Que es el número impar grato á los dioses.
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

Echa tres nudos con los tres colores,
Tres nudos, Amarili, écha cabales,

Y "Echo de Venus," dí, los "eslabones."
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

Así cual torna un mismo y solo fuego
Duro este barro, líquida esta cera,
Con mi amor otro tanto avenga á Dafnis.
¡Ea! la mola esparce; el quebradizo
Laurel embetunado arda y estalle.
Puesta en llamas me tiene el despiadado;
A vueltas yo de este laurel le enciendo.
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

Tal ande en su pasión cual la becerra
Que en busca del novillo deseado
Bosques visita, altas florestas cruza,
Y fatigada al fin, perdido el tino,
Tiéndese á par del agua entre las ovas,
Ni la induce á volver la noche opaca.
Tal ande en su pasión, y rigurosa
Yo sus dolencias de sanar no cuide.
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

Estas que un día me dejó el perjuro
Prendas suyas, de amor caros recuerdos,
Tierra, en el propio umbral á ti las fío;
La posesión de Dafni ellas me deben.
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

Estas hierbas del Ponto ponzoñosas
Recogidas allí (que hierbas tales
Allá crecen á rodo), Meris mismo

Me regaló. Por su virtud mil veces
Emboscarse le vi trocado en lobo,
Mudar sembrados de una parte en otra,
Abrir sepulcros y evocar las almas.
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

Lléva, Amarili, estas cenizas fuera,
Y á la corriente arrójalas, por cima
De la cabeza, y á mirar no tornes.
Es arbitrio postrero; el fementido
Ya ni de dioses ni de ensalmos cura.
Cantos, traedme de la villa á Dafnis.

—Mas ¿no ves (¡oh portento!) la ceniza,
Apenas en llevarla me detengo,
Cuál de sí misma se ha encendido, y cómo
Con trémulo fulgor envuelve el ara?
¡Para bien sea!—oscuro está el aguero....
Mas Hílax fiel en los umbrales ladra.
¿Es ciego error de alucinada amante,
Que siempre los amantes se alucinan?
Cesad ¡oh cantos! De la villa torna,
Torna rendido á mis conjuros Dafnis.

—

## XVIII

## DESPECHO

(PROPERCIO)

Lo que ése, á quien hoy premias, yo era un día;
Otro vendrá después.—Por largos años
Destejiendo y tejiendo, noche y día,
Penélope escudóse con engaños:
Ella, que torne Ulises, no confía,
Ni poder de la edad curar los daños;
Mas, á culpa aun venial, en sola estanza,
Prefiere envejecer sin esperanza.

Cuando Aquiles dobló mustia la frente,
Briseida le acudió, su amante esclava;
Ausente el genitor, Tetis ausente,
Ella en el Simois sus heridas lava,
Y en el seno leal guarda doliente
Las cenizas del héroe á quien amaba.
¡Salve, Grecia, feliz con hijas tales!
El pudor habitaba aun los reales.

Pero tú, infiel á tu amador ferviente,
Caes en un instante ¡ingrata! ¡impía!

Asististe al festín condescendiente
  Y brindaste con fácil alegría ;
Quizás allí, negándome, impudente,
  Tu boca de mi nombre mofa hacía ;
Y al que dejó tu casa en hora triste,
Con halagüeño rostro sonreíste.

¡ Góza la reconquista vil que has hecho !
  ¡ Para esto yo rogaba al cielo santo,
Cuando, agobiado de dolor tu pecho,
  Ya te aguardaba el reino del espanto,
Y amigos fieles cerca de tu lecho
  Velábamos, vertiendo acerbo llanto !
¿ En el trance cruel, viste, traidora,
A ése á quien das tu corazón ahora ?

¿ Qué fuera ya, si de país lejano
  La vuelta retardado hubiese lento,
O me clavase en medio al Oceano
  Lúgubre ausencia de propicio viento ?
Siempre armada te hallara de tirano
  Desdén, ó de ingenioso fingimiento.
¡ Sois varias del amor en los altares
Aun más que hoja en el bosque, ola en los mares !

Mas pues ella lo manda, ella lo quiere,
  Cedo, y mi rumbo solitario sigo.
¡ Vosotros, condolidos de quien muere,
  Acelerad, Amores, el castigo :
Aguzad más el dardo que me hiere,

Hincadlo todo, y acabad conmigo;
Habed en mí vuestra mejor victoria,
Mi despojo llevad en vuestra gloria!

Mas antes atestigua, Noche oscura,
También lo sabes, matutina estrella,
Y tú, umbral mudo, abierto á mi ventura,
Que nada amé jamás cual la amé á ëlla.
¡Ámola aún en mi febril locura!
Pero mi afecto en su rigor se estrella;
Otros amores cultivar no quiero,
Y gemir solo, hasta espirar, prefiero.
¡Oh, si place á los dioses soberanos
Premiar mi fe constante, el premio sea
Que él, al mirar mi joya entre sus manos,
Tornarse en hielo sus ardores vea!
O cual lidiaron príncipes tebanos
Ante la madre en funeral pelea,
Combata yo con él, ella presente:
¡Mataré airado, ó moriré valiente!

---

# XIX

## LA MUERTE DEL PAPAGAYO

( OVIDIO )

¡ Murió mi papagayo !
Llorad, aves del cielo,
Al hijo docto y gayo
Del remoto indo suelo.
Con voces plañideras
Dadle, abatida el ala,
Vuelta en luto la gala,
Las honras postrimeras.

Grande fué, mas añeja
La causa es de tu llanto,
¡ Oh Filomela ! déja
De recordarla tanto.
Tus gemidos convierte
Que escucha el bosque umbrío,
Del papagayo mío
A lamentar la muerte.

Aves, cuantas la esfera
Cruzáis, llorad ahora ;

Pero tú la primera,
Tórtola amante, llora:
Él en dulce recreo
Vivió siempre contigo:
No fué mejor amigo
Oreste ni Teseo.

Mas ¿ qué contra la muerte
Pudo, mísero, aquella
Fidelidad valerte?
¿ Qué el amor de mi bella?
Es inflexible el hado;
Llega el fatal momento,
¡ Y caes, ornamento
Del ejército alado!

Con tu rosáceo pico
El múrice afrentaras;
Con tu plumaje rico
Las esmeraldas raras.
Con tu lengua el sonido
Que hubieses escuchado,
Volvíasle imitado
Engañando el oído.

Apenas un momento
Que del habla al cultivo
Negases, al sustento
Lo dabas fugitivo;

Pues era solamente
Alguna nuez tu vianda,
Y adormidera blanda,
Con agua de la fuente.

De la paz bendecida
Dulce amador parlero,
Te arrebató la vida
Tiro de Envidia artero.
¡ Y estos así perecen,
Mientras las pendencieras
Codornices en fieras
Batallas envejecen !

¡ Y, nuncio de aguacero,
Vive el grajo ; el milano,
Que amenazante y fiero
Gira en el éter vano ;
El buitre, que de presa
En pos hambriento vaga ;
Y la corneja aciaga
Siglos morir ve ilesa !

Que es ley indeficiente
En toda la natura,
Que acabe lo excelente
Mientras lo inútil dura.
Burlón Tersites mira
Rota la hueste aquea ;
Y Paris lozanea
Mientras Héctor espira.

Lleváronse los vientos
Los votos de mi amada;
Sus votos, sus lamentos,
De muerte al ver postrada
Al ave peregrina
Que con voz lastimera
Habló por vez postrera
Diciendo: "¡Adiós, Corina!"

En el Elíseo existe
Opaco un bosque: el suelo
De hierba y flores viste
Inmortal arroyuelo.
Ni á pájaros da entrada
O inmundos ó inclementes,
Que es de aves inocentes
Pacífica morada.

Allí en concordia suma,
Fénices vividores,
Cisnes de blanca pluma:
El pavón sus colores
Despliega campeando,
Y la paloma tierna
Sus ósculos alterna
Con el arrullo blando.

Entre ellos recibido
El papagayo ahora,
Empieza agradecido
A hablar de su señora;

Y el vulgo circunstante,
Atónito ó atento,
Oye su claro acento
Al nuestro semejante.

Su cuerpo ya reposa
Inanimado y leve;
Le cubre exigua losa,
Es su epitafio breve:
"Del reino de la Aurora
Vine, asombro á la gente;
Más que ave fuí elocuente: (1)
Corina fiel me llora."

## XX

### CANTO DE LA FLORERA CIEGA

(BULWER-LYTTON)

¡Comprad, comprad mis flores!
Si es hermosa la tierra como cuentan,
Sus castas hijas son y sus amores.
¿No guardan de su madre los primores
Que los placeres del que ve acrecientan?
De su regazo amante

(1) Plus ave docta loqui.

Frescas las he tomado en este instante:
Durmiendo incautas en sus tiernos brazos
Mecíalas el viento
Que es de ella el blando aliento.
En sus labios aun vaga el dulce beso
Que recibieron al romper el día;
Y del materno lloro
Conservan todavía
Húmedas gotas en su cáliz de oro.
Porque esa madre llora,
Llora apacible, y pasa hora tras hora
Velando con solícita ternura;
Y al ver lucir tan puros y brillantes
Los tintes de sus hijas y blancura,
Llora de amor purísimos diamantes
Que parecen rocío,
Pero lágrimas son; madres amantes
Vierten así de lágrimas un río.

Tenéis de luz un mundo
Donde el amor habita entre placeres:
Pero yo ¡ciega! vivo en el profundo
Abismo de la noche donde me hundo:
Son huecas voces para mí los seres.
Cual réprobo en el reino del espanto,
Enloquezco y deliro,
¡Y me anonado en infortunio tánto!
Ansio por ver las formas y allá miro,
Oigo que como sombras se deslizan,

Y percibo su aliento;
Tiendo los brazos ávidos al viento,
Y hallo que para mí todos los vivos
Espíritus son sólo, fugitivos.

¡Comprad, comprad mis flores!....
Oíd.... ¿No comprendéis lo que suspiran?
(Porque ellas tienen voz como la nuéstra):
"Con su aliento esta hija
"De la medrosa noche los colores
"Entristece y empaña de las flores.
"¡Libradnos de sus manos!
"No nos dieron los dioses soberanos
"Matices y hermosura
"Para la sombra oscura;
"¡La luz nos alimenta y regocija!
"Vuestros ojos del sol son resplandores".—
¡Comprad, comprad mis flores!

*A. Posada.*

---

## XXI

## LA VOZ DEL OTOÑO

(BRYANT)

Murmurando á la contina
Sopla alada ventolina,
Y retostadas y rojas
Cual copos de luz, las hojas
Remolina.

Ya mustia campiña rása,
Ya el árbol que el sol abrasa
Roza en blando movimiento:
Doquier de otoño el aliento
Corre y pasa.

Sobre el musgoso arroyuelo
Susurra, y saluda, al vuelo,
La última desierta flor
Que lánguida y sin color
Mira al cielo.

Y á rapaces bullidores
Llega, y besos voladores
Les da en ojos y mejillas,
Y deja atrás sus cuadrillas
Y clamores.

Y á lago y selva remota
Va triscando, y alborota
El más recóndito nido,
Do entre peñas escondido
Raudal brota.

Ni en la granja se guarece
Que alegre ninfa embellece,
Ni en concavidad repuesta:
Huye, y la cima traspuesta,
Desparece.

Dí, ¿no te causa pesar,
Nunca haber de reposar,
Blanda brisa, ni en laderas
De los montes, ni en riberas
De la mar?

Perenne inquietud te asiste,
Para agitarte naciste,
Sin cesar, de Oriente á Ocaso:
Aura que detiene el paso,
Ya no existe.

Pienso que dejando lloras,
Mil formas encantadoras
Que, doquiera que resbalas,
Con tus levísimas alas
Mal desfloras.

---

# XXII

## LA HOJA

(ARNAULT)

Hoja seca, hoja perdida,
De la rama desprendida,
¿Adónde vas?—No lo sé:
Derribado el árbol fué
Que me daba apoyo y vida.

Héme, desde aquel momento,
Lejos del nativo asiento,
Por monte y valle rodando,
Por valle y monte, ora en blando,
Ora en raudo movimiento.

Ni abatida ni quejosa,
Cedo al viento, y voy con él,
Adonde va toda cosa,
Do van las hojas de rosa
Y las hojas de laurel.

# II

# AFECTOS PATRIOS

## Y DOMESTICOS

# I

## LA PAZ

( PHILEMÓN )

De los bellos presentes
Con que Dios al mortal dotó benigno
Cuál es mayor, más digno,
Indagaron los sabios, los prudentes.
Quiénes, ó gloria, ó bienestar nombraron,
Quiénes ciencia dijeron ;
Muchos la vida en el afán gastaron,
Todos el tiempo en la labor perdieron.

Yo, que en mi campo ameno
Ora las capas muevo del terreno,
Ora derramo las simientes de oro,
La verdad descubrí, rico tesoro.
El dón por excelencia
De cuantos otorgó la Providencia,
Es el dón de la paz, la paz hermosa.
¿ Quién hay que no bendiga
El blando influjo de la inerme Diosa ?

Ella, ella nos escancia
El jugo de la vid; ella prodiga
La salud, el contento, la abundancia,
Y tierna prole y juventud amiga.
Si estos frutos opimos
Que dispensa la Paz, robó la suerte,
Aquello miserable que vivimos
Vida se llama, y en verdad que es muerte.

## II

## EL HOGAR

(LONGFELLOW)

¡Cuán dichoso el afecto que se esconde!
Quédate, corazón, en tu lugar:
Nunca la dicha á la inquietud responde
De almas que corren sin saber á dónde;
Vale más el reposo del hogar.

Para ellas nunca hay paz: en su extravío
Cruzan de Oriente á Ocaso, tierra y mar,
Siempre barridas por el viento impío
Que alza la duda en el desierto frío;
Vale más el reposo del hogar.

¡ Goza en la sombra, corazón ! Sin duelo
  Descansa el ave en el nativo alar,
Y siempre halcón traidor amaga el vuelo
De las que vagan por el alto cielo ;
Vale más el reposo del hogar.

## III

## EL SUEÑO DEL HOGAR

( MOORE )

¡ Con qué tristeza plácida
Al viajero acaricia
  El sueño del hogar !
¿ Quién no probó en su espíritu
Esa fugaz delicia
  En tierra extraña ó mar ?

Por más que alumbre al prófugo
En país más risueño
  Más claro luminar,
Aun más dulce, aun más fúlgido
Sonríele aquel sueño,
  El sueño del hogar.

El que entre espumas férvidas
En mal segura nave
Bogando va al azar,
Cuando en el cielo el Véspero
Despide luz süave,
¿Qué hace? Soñar, soñar.

De amor recuerdos íntimos
Renueva en esa hora
De encanto singular;
Mas sobre todos mágico
Le encanta y enamora
El sueño del hogar.

## IV

## PATRIA Y HOGAR

(J. MONTGOMERY)

Hay un suelo sagrado,
Sobre toda región del cielo amado,
Donde el sol más benéfico fulgura,
Y en la noche serena
La luna esparce luz de encanto llena.
Patria de la hermosura,
De la fe, del valor; do á la temprana

Edad la virtud guía,
Y amores liba juventud lozana.

Osado marinero
Cuyo ojo explorador de paso admira
Las más fértiles costas,
Las islas más fantásticas y bellas,
No vió escenas tan gratas como *aquéllas*,
Ni aire tan puro como *aquél*, respira ;
Y en largo derrotero,
En toda zona ó clima,
A donde errante vaya,
El recuerdo magnético le anima
Que mira siempre á la nativa playa.

En aquella región que aman los cielos,
Y en su recinto encierra
La mejor raza que formó natura,
Hay un rincón, asiento de ventura,
Centro dulce de anhelos
Más que todos los sitios de la tierra.
Allí empuñando ufano
Cetro y espada con robusta mano,
El hombre rey de la creación se ostenta,
Y su manso mirar le representa
Buen padre, fiel marido, tierno hermano.
Reina allí la mujer: siempre amorosa,

Madre, ó hija, ó esposa,
Derrama flores y remueve abrojos,
Y en el abierto cielo de sus ojos,
Angel guardián que su pudor defiende,
Gracias y halagos prodigando esplende.
Siéntanse en torno de ella
Domésticos deberes;
Bullen, besando su liviana huella,
Tesoro del hogar, castos placeres.

Y esos santos lugares
¿Endónde, endónde están?—¿Hombre tú eres?
¿La llama en ti del patriotismo existe?
Mira en torno y verás, doquier te hallares,
Que aquel suelo es la tierra en que naciste,
Que ese rincón bendito son tus lares.

## V

## LOS GOCES DEL HOGAR

(J. BOWRING)

¡Oh, cuán dulces! ¡oh, cuán puros
Son los goces del hogar!
Sale el sol, la noche cierra,
Y ellos vivos siempre están.

Tiene el mundo sus placeres,
Es su fruto acerbo asaz ;
En la dicha oculta hallamos
Más dulzura y más verdad.

De los montes el torrente
Raudo baja y fiero al par ;
Más fecundo el arroyuelo
Mudo valle riega en paz.

Los afectos de la vida
Son incierta claridad ;
Más de cerca y sin mudanzas
Brilla el astro del hogar.

El Edén de nuestros padres
¿ Qué viajero halló jamás ?
De tus lares en el centro
Nuevo Edén podrás gozar.

Las delicias de la gloria
No entrevió ningún mortal ;
La familia venturosa
Breve cielo goza ya.

---

## VI

## AMOR CONYUGAL

—Vieja balada inglesa—

Al reposar, mi vida, en tu regazo,
Al abrazarte lleno de placer,
Bendigo veces mil el santo lazo
Que hizo de los dos un solo sér.

Unidas siempre van nuestras caricias,
Y el beso que te doy y el que me das;
Puede el tiempo mudar nuestras delicias;
Pero extinguir el mutuo amor, ¡jamás!

Por tu bien solamente mi alma anhela,
Tú solamente anhelas por mi bien;
Tan plácida la vida se nos vuela,
Que absortos todos nuestra dicha ven.

Todos ven nuestra dicha alborozados,
La envidia misma no se atreve á hablar;
Si me asaltan de pronto los cuidados,
En tu seno me vengo á refugiar.

Si un negro pensamiento te importuna,
Con tu sonrisa aléjase fugaz,
Sonrisa que te inspiro, antes que alguna
Lágrima de dolor brille en tu faz.

Aquello que te agrada, á mí me agrada;
Late del tuyo al par mi corazón.
¿La yedra viste al olmo relazada?
Tal es, mi vida, nuestra dulce unión.

## VII

## CONSUELO

(LONGFELLOW)

¡Pobres seres caídos y que el dolor tortura,
Almas atribuladas que el llanto aquilató,
Tras vuestras largas horas de duelo y de amargura
Encontraréis el bálsamo de un saludable amor.

Con nadie el infortunio se ensaña hasta el extremo
Que al bien de la esperanza le fuerce á renunciar;
Tal vez en los momentos de su dolor supremo,
Le extenderá solícita sus brazos la amistad.

Tal vez encuentre entonces un generoso amigo,
Que venga la desgracia con él á compartir,
Y con los ojos húmedos le diga enternecido:
"¿Cómo has podido, solo, tanto dolor sufrir?"

*M. Pombo.*

## VIII

### LOS NIÑOS

(LONGFELLOW)

Venid, buenos amiguitos;
Cuando escucho vuestros gritos,
Cuando miro vuestro juego,
Mis pesares huyen luégo.

Pues me abrís gentil ventana,
Y á la luz de la mañana
Miro el agua cristalina
Y la inquieta golondrina.

Vuestras almas inocentes
Tienen pájaros y fuentes;
Vuestros libres pensamientos
Son cual ondas, son cual vientos.

En vosotros todo es canto,
Todo es luz; gozad, entanto
Que mi helado invierno empieza;
Ya es de nieve mi cabeza.

Sin vosotros, pequeñuelos
Mensajeros de los cielos,
¡ Cuán estéril, cuán sombría
La existencia no sería ?

Sois cual hojas que al anciano
Bosque dan verdor lozano,
Y en los aires se remecen,
Beben luz, y resplandecen.

Venid, niños bendecidos;
Quedo, quedo en mis oídos
Susurrad lo que süaves
Os contaron brisas y aves.

Vuestra atmósfera supera
A la misma primavera
De los campos, con sus flores
Y sus blandos ruiseñores.

Con vosotros comparadas
Poco valen las baladas,
Las poéticas leyendas,
Las ficciones estupendas.

Que la historia es sombra incierta,
Y los libros letra muerta;
Vuestra cándida alegría
Es viviente poesía.

## IX

## A UNA NIÑA

(V. HUGO)

Tú, niña, que aun ignoras
Cuán bellas son tus horas,
No envidies, no, las mías
Dolientes y sombrías
En que es la risa y canto
Más triste que tu llanto.

Se va, se va tu vida
Tan mansa y no sentida
Como hálito süave,
Cual fugitiva un ave
En mudo movimiento
Da el ala al dulce viento.

No quieras, no, ser grande,
Ni que con pasos ande
El tiempo más veloces;
Tus inocentes goces
Son flores rozagantes;
No al tiempo te adelantes.

Goza tu edad lozana
Y cándida mañana.
Por sí vendrán los años
Con dolores y engaños
A helar tu fresca risa
¡Ay, demasiado aprisa!

Ríe entretanto ¡oh niña!
Y corre la campiña.
¡Que nube apresurada
No empañe esa mirada
Que tu alma ver nos deja
Y el cielo azul refleja!

---

## X

## EL SUEÑO DEL SOLDADO

( CAMPBELL )

Las trompetas tregua impusieron ;
  Que la Noche alzó su pendón,
Y sus centinelas cubrieron
  Del cielo la vasta extensión ;

Y los combatientes rendidos
  Caído habían por doquier,
A dormir cansados, ó heridos
  A dar el aliento postrer.

Con los muertos, junto á la hoguera
  Que detiene al lobo voraz,
Tendido en la paja rastrera
  Quedé envuelto en olvido y paz.

Y en sueños una peregrina
  Escena contemplaba yo,
Que antes de la luz matutina
  Tres veces mi mente halagó.

Lejos de la fatal contienda,
  Lejos, muy lejos me encontré,
Por una solitaria senda
  Descuidado llevando el pie.

Del sol de otoño á los destellos
  A casa de mis padres vi
Llevar la senda; les vi á ellos
  Que me llamaban desde allí.

A aquellos alegres collados,
  Corrí entonces con avidez,
Donde sin penas, sin cuidados,
  Pasó mi cándida niñez.

Y los rebaños trepadores
  Oí por los cerros balar,
Y escuché de los segadores
  El rústico dulce cantar.

Henchido de júbilo el pecho
  Con vino una copa empiné,
Y "De mi familia y mi techo"
  "Jamás," dije, "me apartaré."

De mis hijos, al cuello asidos,
  Cien y cien besos recibí;
Y en acentos enternecidos
  Mi esposa habló: "¡Quédate aquí!

"¡Quédate aquí en largo reposo!
"¡Nunca á la guerra volverás!"
Y el veterano venturoso
Otra vez juraba "¡Jamás!"

Pero al descubrirse la aurora,
Tornó el corazón al dolor,
La voz muriendo encantadora
En el oído soñador.

## XI

### EL HERRERO DE ALDEA

( LONGFELLOW )

Bajo umbroso castaño arde la forja
Y trabaja el herrero:
Es aquella la fragua de la aldea;
Hombre él fornido, entero,
Manos disformes, fuerza gigantea,
Musculación de acero.

Negros y enmelenados los cabellos,
Faz cual roble curtida;

Sudor honrado de su pecho llueve,
Y así gana la vida;
Mira á todos al rostro: nada debe,
Y nadie le intimida.

Quien pase por allí, temprano ó tarde,
Oye el fuelle, y ve el brazo
Que sobre el yunque, con seguro y lento
Compás, descarga el mazo,
Y el golpe, á la oración, suena en el viento,
Como fiel campanazo.

De la escuela al volver los rapazuelos
Detiénense en gavilla
Ante la puerta, el fuelle á ver que anhela,
Y la brasa que brilla,
Y la chispa á pillar que salta y vuela
Como paja en la trilla.

Sentado con sus hijos en la iglesia
Está el domingo, fija
La mente en lo que enseña ó reza el cura;
Y la voz de su hija
Que entre el coro aldeano vibra pura,
Oye, y le regocija.

Parécele ser voz del Paraíso,
¡La dulce voz materna!
Y con su diestra requemada, hirsuta,

Lágrima enjuga tierna,
Al pensar en su madre, que disfruta
De la quietud eterna.

Comparten su vivir labor constante,
Tristeza y alegría:
Cada tarde concluye la tarea
Que se impuso aquel día,
Y blando sueño, al descansar, granjea,
Por premio á su porfía.

* * * *

## XII

### LAS CASAS VIEJAS

(SULLY-PRUDHOMME)

Casas nuevas no me placen,
Es su aspecto indiferente;
Buenas viudas memoriosas
Las antiguas me parecen.

En las grietas de los muros
Rugas ves de anciana frente;
Te convidan las vidrieras
Con reflejos medio verdes.

Franco paso y acogida
  Dan las puertas y paredes,
Al amigo familiares
  Y pacíficas al huésped.

No hay secretos, y las llaves
  Aferradas se enmohecen;
Ganan, viejos, los retratos,
  Si el dorado marco pierde.

En los amplios cortinajes
  De los lechos, voces duermen
De otra edad, y aliento amigo
  Aun agita aquellos pliegues.

Las humosas chimeneas
  Gratas son, donde se siente
En invierno y en verano
  Larga lluvia ó vuelo alegre.

Anchos son los escalones;
  Y contados bien los tiene
Quien por ellos ha subido
  Y bajado muchas veces.

¿Qué diré de aquella lumbre
  Que en hogar común se enciende
Porque toda en las veladas
  La familia se congregue?

Cuando antiguos techos arden
Y en pavesas se convierten,
Pensativo me figuro
Que también sus almas mueren.

## XIII

### EL ANHELO DE LA PATRIA

(BOSCOVICK)

¡Ilíricas montañas! ¡De Ragusa
Altos muros queridos!
¡Aire que recibiste de mi infancia
Los primeros vagidos!

¿Cuándo ¡ah! cuándo será que torne á veros,
Yo que en extraño clima
Envejecí, y en las amadas puertas
Mis ósculos imprima?

Figúrome que voy sobre las olas
Adriáticas; que invoco
Propicios á los vientos; que la patria
Orilla miro y toco.

Ya siete veces se mostró ceñido
　　De espigas el verano,
Y siete veces con su bruma y hielos
　　Pasó el invierno cano,

Desde que Roma, la ciudad de Marte,
　　En su cerco me encierra,
Desposeído del materno halago
　　De la ilírica tierra.

¡ Ay ! si del techo que abrigó mi cuna
　　Pude espacio tan luengo
Permanecer ausente, ¡ desdichado !
　　De bronce el alma tengo.

¡ Partí ! Ni el padre anciano, ni la amante
　　Madre y la tierna hermana
Mi pecho enternecieron, insensible
　　Como de tigre hircana.

También, climas buscando más geniales,
　　De aquí la golondrina
Se aleja, y largo derrotero emprende,
　　Alada peregrina.

Mas cuando vuelve el Zéfiro, y las flores
　　Brotan, su dulce nido
Torna ella á visitar, de algún añoso
　　Madero suspendido.

También Medea, cuando huyó empapada
En sangre del hermano,
Del ofendido genitor temiendo
La justiciera mano,

A Colcos muchas veces del camino
Los ojos revolvía,
Y *¡ Adiós !* dijo con lágrimas amargas,
*¡ Adiós, oh patria mía !*

No, no hice yo á mi patria insulto impío,
Ni ya de mi linaje
Los manes profané con pacto aleve
Ni vedado hospedaje ;

Ni la paterna sangre derramando
Horror puse á las fieras,
Ni de selladas urnas la ceniza
Di á torpes hechiceras.

¿ Mas de qué sirve mi inocencia, cuando
Dejé, de amor desnudo,
Los padres, el hogar, y cuanto objeto
Ser dulce al hombre pudo ?

Cual roca duro fuí. ¡ Piedad benigna,
Antigua habitadora
Del pecho humano ! ¡ Ingénitos afectos !
Tornad, tornad ahora.

Reblandeced un corazón que grato
Ya vuestro influjo siente,
Y del llanto, en el ánima agostada,
Volved á abrir la fuente.

Mi voto cumpliré. Del Adria bravo
Iré sobre las ondas :
¡ Poned, poned del impaciente leño
Las velas más redondas !

¡ Roma, quédate á Dios ! Tiempo sobrado,
Voluntario proscrito
Te conocí : deber y amor me llaman
Con imperioso grito.

Tus cóleras depón, Padre Nereo,
Y adormido reciba
Tu seno al viajador que inclina el rumbo
A la costa nativa.

Glauco de escollos me liberte, y salva
La prora se deslice ;
Con sedoso plumón aura lasciva
El manso golfo rice.

Nadando vayan coros de Nereidas
En torno de mi nave,
Y el azulado Palemón la empuje
Con ímpetu süave.

Si hórrido temporal entenebrece
Con cerrazón de plomo
El piélago alterado, y rutas borra
Sobre su crespo lomo,

Pediré á otro elemento desusada
Senda, y los mares mismos
Se admirarán cuando bogar me vean
En etéreos abismos.

Que no tú solo, Dédalo atrevido,
Dejarás á la historia
Del poder que hasta el cielo á un hombre eleva,
Admirable memoria.

Dédalo, es fama, entre las mallas preso
De ciego laberinto,
Del amor de la patria estimulado
Por el seguro instinto,

Juntó livianas arrancadas plumas,
Y con mano industriosa
Las teje, y á sus hombros las aplica,
Y alzarse en ellas osa.

Igual amor me impulsa: él prodigioso
Me vestirá sus alas,
Y delante henderá, fuerte remero,
Las cristalinas salas,

Cual lanzándose el ave de la copa
Del más erguido pino,
Dirige los polluelos inexpertos
Por líquido camino.

Y no habré de pararme en el espacio
A contemplar radiosas
Constelaciones, el Dragón luciente,
Erígone y las Osas.

Deja atrás, si te place, al que te guía,
Ícaro, y sigue solo ;
Con las ruedas ignívomas compite
Del inflamado Apolo.

Entanto, á do risueña se aparece
La ilírica ribera,
Allá declinaré, raudo volando
En dirección certera.

Y alzando yo á mirar, y al ver que subes
Más y más en tu vuelo,
Diré : ¡ Prefiero los paternos lares
Al estrellado cielo !

---

# XIV

## LAS ROCAS DE DOVER

(MRS. HEMANS)

¡ Rocas de mi país ! Dejad que en torno
Cobije vuestros picos parda bruma,
Y alzáos, como soberbia fortaleza,
Sobre la hirviente espuma.

Así, cual sois, mi espíritu os saluda ;
Así, arrostrando tumbos y procelas
De entumecido mar, guardad la Patria,
Inmobles centinelas.

Viajando, atrás dejé cielos azules,
De vid ornadas fértiles colinas,
Meridionales melodiosos vientos,
Venerandas ruínas.

Mi senda embalsamó con blando aroma
La flor del mirto ; y al caer el día
Adurmió mi dolor gaitero errante
Con triste melodía.

¡ Islas de Grecia ! ¡ Cármenes de España !
¡ Purpúreos cielos de la augusta Roma !
Más que vosotros el natal peñasco
  Grato á mi vista asoma.

Tuyo el descanso del festivo día,
Tuya la paz que el casto hogar encierra,
Tuyos ¡ Patria ! los héroes que muriendo
  Consagraron tu tierra.

Aun ecos de su voz guarda la brisa,
Aun huellas de sus pies impresas duran ;
Arboles majestuosos á tus templos
  Aun sus nombres murmuran.

Su noble sangre se mezcló á las ondas
De tu agitado mar.—Hoy todavía
¡ Por ti vivir, morir, glorioso sea,
  Querida Patria mía !

---

## XV

## LA PATRIA AMERICANA

(BRYANT)

¡Oh madre de una raza prepotente,
Amable aún en juventud rïente!
Envidian tu esplendor y de él se asombran
Otras, que sienten de la edad los daños;
Miran tus verdes años,
Y con escarnio ó con desdén te nombran.

A tus mejillas concedió la Aurora
El rosicler que tus montañas dora;
Tus pasos—no es más raudo el ágil vuelo
Del ciervo indócil que tus selvas hiende;
Y la esperanza esplende
En tus ojos, radiantes cual tu cielo.

¿Qué te importa la burla ó la impostura
Si en medio de tu prole estás segura?
Tus émulas no saben cuán querida
Eres tú; cuál tus hijos, de ti en ruedo,

Combatieran sin miedo,
Hasta rendir el último la vida.

Cegadas por su orgullo ellas ignoran
Cuánta virtud tus gentes atesoran;
Cuán cándidas doncellas, cuán gentiles,
Tus valles, como flores, embellecen;
Qué fuertes pechos crecen
Como tus robles, en tu suelo, á miles;

Qué cordial acogida en hoya agreste
Brindan tus soledades del Oeste;
Cómo hay guardada fe y verdad reinante,
Cuánto el hombre es amado y Dios temido,
Ya en selvático nido,
Ya donde su onda el mar rompe sonante.

Libertad te custodia, y nunca cierra
Paso á los oprimidos de la tierra;
Da al perseguido sombra en tus vergeles,
Trabajo al infeliz, pan á su boca;
Cuando á tus lindes toca,
Detiene el despotismo sus lebreles.

¡ Oh joven madre! aun mostrarás tu seno
De nuevo encanto y abundancia lleno.
De fuerzas potentísimas te dotan
Los años, que se impelen, voladores;
Tu faz gana esplendores,
Riquezas más y más á tus pies brotan.

Más fúlgido y glorioso á cada instante
Será tu aspecto, ¡ y te alzarás gigante !
Y si hacer osan á tu nombre agravios
Tus hermanas mayores, á tu vista
Su desdén no resista,
Y el necio sonreír muera en sus labios.

## XVI

## A FRANCIA

### (V. HUGO)

Nadie, Francia, te defiende ;
Tribuno, apóstol, soldado....
No tienes uno á tu lado ;
Gracias dan al que te ofende.

¡ Contra ti se han conjurado
Los pueblos, mísera y triste !
Pues dínos, ¿ qué les hiciste ?
¿ Cuál ha sido tu pecado ?

Tú la tierra que gemía
Cruzaste, ¿ y de qué nación
No llevaste al corazón
Paz, esperanza, alegría ?

A la una diste tü oro,
A esotra tu sangre diste,
Y por doquiera esparciste
De tus luces el tesoro.

Madre de pueblos tú eres,
Acostumbrada, en tus hechos,
A reivindicar derechos
Y á restablecer deberes.

Cual vuelven repletas greyes
Al establo, á sus prisiones
Hoy caminan las naciones
So el cayado de sus reyes.

Ayer, rayo de la guerra,
Combatías y amparabas;
¡Y ahora que doliente acabas,
Queda sin sombra la tierra!

¡Qué ingratos fueron contigo!
Para ultrajarte, traidora
Vino la turba á la hora
Del providencial castigo.

Y en ver tu sangre gozaban,
Y á cada golpe reían,
Y á aquellos escarnecían
Que aun madre te confesaban.

¡ Sólo les duele, en tu mal,
Que esa cabeza que inclinas,
Así, punzada de espinas,
Sea una frente inmortal !

No ser francés deseara
Para en tu duelo profundo
Decirle imparcial, al mundo,
Cuánto á mi pecho eres cara.

Que ensangrentada, rendida,
Perdido el cetro de oro,
¡ Eres la Francia que adoro,
Eres mi patria elegida !

## XVII

### FLORES DE SANGRE

( SULLY-PRUDHOMME )

Durante el furor de la guerra
Risueña estación asomaba ;
Do fué la contienda más brava
De flores se cubre la tierra.

Sus cálices muestran abiertos,
Como antes, lozanas y bellas,
Y esmaltan á modo de estrellas
El campo do yacen los muertos.

¡ Oh ! ¿ cómo levantan sus frentes
La maya, la limpia azucena,
Tan blancas, después que la arena
La sangre ha bebido á torrentes ?

La sangre vertida á raudales
Su savia les presta y colores ;
¿ Pues cómo en su tinte las flores
No llevan rojizas señales ?

¿ Alguna á sentir no comienza
Que sube de la íntima entraña
Del suelo que holló planta extraña,
Su faz á teñir la vergüenza ?

Y mano extranjera, á mi vista,
Las siega ; ¿ y ninguna se enoja ?
¿ Ninguna de horror se deshoja
Sintiendo pasar la conquista ?

A insecto ó abeja que el ala
Fugaz en sus pétalos posa,
¿ Ninguna dirá pudorosa :
" Aromas mi seno no exhala " ?

Osario tan fúnebre y triste
Lo tornan sus galas rïente ;
No hay una que el caso lamente ;
Ninguna de luto se viste.

Ninguna, en sus sueños de gloria,
Nuestro hondo dolor atestigua :
Son nuevas ; la patria es antigua ;
¡ De nada conservan memoria !

¡ Guardad los vistosos girones,
Oh flores ! ¡ sentid, aunque mudas,
Que sois las agrestes vïudas
De heroicos segados garzones !

No visteis la luz en desiertos ;
¡ Oh flores ! sois hijas de Francia :
Vosotras, su esmalte y fragancia ;
¡ Debierais llorar á sus muertos !

---

## XVIII

## EL ARABE A SU CABALLO

(RÉBOUL)

En ser tu dueño gózome
  Cuando á correr te lanzo,
Y en ver tu crin undívaga
  Cual piélago encrespado.

Dió su potencia alígera
  El águila á tus flancos;
Dió á tus ojos la víbora
  De su mirada el rayo.

Te habla lenguajo incógnito
  Hendido el viento raudo,
Y zumba, y bate horrísono
  De mi carcax los dardos.

Dí, ¿porqué temes súbito
  En este abrigo? ¿Acaso
De audaz bandido próximo
  Recelas el asalto?

La nariz inflas, férvido
El aire olfateando,
Y el suelo hieres cóncavo
Con resonante callo.

Te impelen nuevos ímpetus
A devorar los ámbitos,
Y *¡Vamos!* dicen fúlgidos
Tus ojos cual relámpagos.

# III

# HISTORICAS, MITOLOGICAS

## Y GUERRERAS

I

## EL PASO DEL MAR ROJO

( MOISÉS )

¡ Cantemos al Señor ! El triunfo entero
Corresponde al Señor, que en lo profundo
Precipitó caballo y caballero.

Así ostentando su poder al mundo
Se hizo mi salvador : mi confïanza,
Mi gloria en él, mi fortaleza fundo.

Este es mi Dios, el Dios de mi esperanza ;
Este el Dios de mis padres : reverente
Publicará mi labio su alabanza.

Él en nuestra defensa de repente,
Armado cual fortísimo guerrero,
Apareció : su nombre, Omnipotente.

Los carros, el ejército altanero
Hundió de Faraón ; sus escogidos,
Como peñón que por derrumbadero

Cae á la mar, cayeron; sumergidos
Quedaron; los tragaron sin enmienda
Los abismos en alto divididos.

¡Señor! tu diestra alzada con tremenda
Fuerza y poder, al enemigo ataja
Enmedio allí de su gloriosa senda,

Lo abate al polvo y lo confunde; baja
Luégo sobre él tü ira, y lo devora
Cual rayo ardiente á la reseca paja.

De tu ira al soplo alzáronse á deshora
Las aguas, y su curso suspendiendo,
Consolidóse la onda bullidora.

Y entonces dijo el enemigo horrendo:
" Los seguiré, y el corazón sañoso
Hartaré, sus despojos compartiendo.

" Ninguno escapará del poderoso
Hierro con que mi mano fulminante
Segará sus cabezas sin reposo."

Mas tu aliento soplando en el instante
Le hizo desparecer de las orillas,
Cual plomo hundido en la ola amenazante.

¿Quién como tú, que lo encumbrado humillas,
Señor? ¿Quién santo, y adorable, y fuerte,
Quién como tú hacedor de maravillas?

Tendiste el brazo ; abrióse á obedecerte
La tierra, y sepultó la hueste impía :
Así á tu pueblo salvas de la muerte.

Sírvele ahora, sírvele de guía,
Hasta ponerle en la morada santa
Do estableces, Señor, tu monarquía.

Oyelo, y envidioso se levanta
El pueblo infiel: gimiendo y conturbados
Los filisteos caen á tu planta.

Los príncipes de Edom, los esforzados
Desmayan de Moab ; los habitantes
Ríndense de Canán amedrentados.

Así torpe temor á los pujantes
Portentos de tu mano, los embista ;
Así su fuerza y corazón quebrantes,

Que se enclaven cual piedras: á su vista
Caminará tu pueblo sin contraste,
Este pueblo, Señor, que es tu conquista.

Tú al monte de Sïón, donde fijaste
Tu herencia, allí le llevarás clemente,
Monte que por tus manos fabricaste,

Y allí le plantarás. Omnipotente
Tú por los siglos, y aun allá adelante
Reinas ; tú que los carros y la gente

De Faraón armada, del sonante
Mar Rojo hundiste en las cavernas hondas;
Tu pueblo empero caminó triunfante
Con planta enjuta en medio de las ondas.

## II

### CANTO GUERRERO

(TIRTEO)

¿Hasta cuándo, decid, en vil reposo?
¿Cuándo, mancebos, erguiréis la frente
Con aliento esforzado y generoso?

¡Oh! ¿quién la llama del rubor no siente?
¿En paz yacéis, cuando en furor sañudo
Se agita ya la convecina gente?

Ajusta al brazo el adalid su escudo,
Golpes descarga, al enemigo acosa,
Y triunfa ó muere, de temor desnudo.

¡Cuánto es acción magnánima y gloriosa
Que vuele el joven á la lid tremenda,
Por su patria y sus hijos y su esposa!

Si acecha á todos por ignota senda
La inevitable muerte, ¿qué provecho
Brinda el temor de la marcial contienda ?

¡ La espada empúña, avánzate derecho,
Mancebo altivo, y mientras rudo hieres,
Hierva el furor so el escudado pecho !

Mueres si hidalgo, y si menguado, mueres ;
Y aunque nieto de dioses te declares,
Aun no inmortal cual tus abuelos eres.

Hubo ya quien huyendo los azares
Y estruendo de las armas, á deshora
Tropezó con la muerte en sus hogares.

¡ Muerte triste la suya ! El que colora
La tierra en sangre y lucha cual valiente,
Ese es el digno á quien el pueblo llora.

Y si se salva, es torre que eminente
Amparando á los suyos se levanta :
Nombre de semidiós le da la gente :
Su brazo sólo ejércitos espanta.

---

## III

## EL CIEGO

(CHÉNIER)

"Oye mis ruegos tú, deidad de Claros,
Apolo Smínteo, el de la alada flecha
Y arco de plata. Moriré sin duda,
Si tú no guías á este errante ciego."

Tal pronunciaba con suspiro triste,
Penetrando en la selva, errante anciano,
Y en una piedra se sentó gimiendo.
Al ladrido tenaz de los molosos,
Custodios fieles de la grey balante,
Tras él corrían con veloces pasos,
Hijos de aquella tierra, tres pastores,
El furor deteniendo de sus canes,
Por amparar del viejo la flaqueza,
Y acercándose á él, así decían:

"¿Quién es aqueste anciano, débil, ciego?
¿Será por dicha morador celeste?

Grandeza y altivez su faz anuncia;
Pende una lira informe de su cinto,
Y al resonar su canto, se estremecen
El aire, el mar, el cielo y las montañas."

Él sus pasos oyó, y atento espera,
Y tiembla al acercarse, y ambas manos
En ademán de súplica extendía.

"No temas (dicen ellos), extranjero,—
Si ya en forma terrestre, deleznable,
No eres un Numen que á la Grecia ampara;
¡Tanta grandeza en tu vejez descubres!
Si eres sólo un mortal ¡oh triste anciano!
No te arrojaron las marinas olas
A tierra cruda y de piedad ajena.
Nunca el destino da dicha colmada;
A ti los altos Dioses concedieron
Noble y sonora voz, pero tus ojos
Cerraron á la luz del claro día."

—"Infantil vuestra voz blanda parece:
Niños seréis, mas los discursos vuestros
Prudencia suma y madurez revelan.
Pero siempre recela el indigente
Extranjero que sirvan sus desgracias
De objeto á muchos de baldón y risa.
No compararme á los celestes Dioses

Oséis: mis canas, mi arrugada frente
Y esta perenne noche de mis ojos,
¿Son de un Numen talvez digno semblante?
¡Soy hombre entre los hombres desdichado!
Si á un pobre conocéis, errante, triste,
A ese tan sólo compararme puedo.
No porque yo intentara, cual Tamiris,
La prez del canto arrebatar á Apolo,
Ni, cual Edipo, con incesto hubiera
Y parricidio, sobre mí llamado
De las negras Euménides las iras.
En mi vejez el Hado omnipotente
Me reservaba la tiniebla oscura,
Y en destierro vagar, hambre y pobreza."

—"Tóma, y ójalá cambie tu destino,"
Ellos dijeron: y sacando luégo
De una de cabra piel blanca y luciente
El manjar aquel día preparado,
En sus rodillas ponen á porfía
El blanco pan de trigo, la aceituna,
La almendra, el queso y los melosos higos.
Come también el perro, que yacía
Entre sus pies, mojado y sin aliento,
Que nadando dejó la corva nave
A pesar del remero, y en la orilla
Vino á juntarse á su infelice dueño.

—"No siempre mi destino es inflexible;
Salud, ¡oh niños (el anciano dijo),
De Jove mensajeros! ¡Venturosos
Los padres que á estos niños engendraron!
¡Venid, y que mis manos os conozcan,
Cual si vista tuviera! ¡Oh, hijos míos,
Hermosos sois los tres, vuestros semblantes
Hermosos son, y dulces vuestras voces!
¡Qué amable es la virtud de gracia llena!
Creced cual la palmera de Latona,
Del cielo dón, del mundo maravilla,
Que contemplé, cuando mis ojos vieron,
Al aportar á la sagrada Delos,
Cerca de Apolo y de su altar de piedra.
Cual ella creceréis grandes, robustos,
Fuertes, de los mortales venerados,
Porque amparar sabéis tanta desdicha.
Apenas el mayor tendrá trece años.
¡Oh niños míos! yo era casi viejo
Antes que vuestros padres respiraran.
Siéntate junto á mí, del viejo cuida,
Tú el mayor de los tres."
—"Cantor ilustre,
¿Cómo ó de dónde vienes? que las olas
Rugen por dondequiera en nuestra orilla."

—"Mercaderes de Cime me guiaron;
Dejaba de la Caria las riberas,
Por ver si Grecia patria me ofrecía
Y los Dioses benignos me otorgaban
Suerte menos cruel, horas serenas:
¡Que la esperanza hasta el sepulcro vive!
Mas nada tengo; ni pagar el viaje
Pude á los nautas, y ellos me arrojaron,
Como visteis poco há, á vuestra ribera."

—"¿Y porqué no cantaste, dulce viejo?
Con tu armoniosa voz pagar podías."

—"¡Hijos! del ruiseñor los dulces sones
Nunca del buitre calmarán la rabia,
Ni los avaros, insolentes ricos,
Alma tendrán para gustar del canto.
Guiado por mi báculo, en la arena,
Del piélago al mugir, solo, en silencio,
Escuché los balidos de un rebaño
Y el resonar de la bronceada esquila.
Tomé la lira: á sus movibles cuerdas
Los dedos apliqué, ya temblorosos,
La bondad implorando de los Dioses,
Y en especial de Jove hospitalario.
Mas de pronto sonó voz formidable
Y enormes perros contra mí vinieron,
Y vosotros, con piedras y con gritos,
Calmasteis luégo su iracunda rabia."

—"¿Será cierto talvez, ¡oh padre mío!
Que ya perverso degenera el mundo?
En otro tiempo, al escuchar la lira,
Lobos y tigres, su furor rendido,
De un cantor como tú los pies besaban."

—"¡Bárbaros, ¡ay! Sentado yo en la popa,
*Cánta*, gritaba aquella chusma impía:
*Si ve algo más tu ingenio que tus ojos,*
*Destiérra nuestro enfado, vagabundo.*
Yo confundirles quise con mi acento,
Mas no se abrió la boca á la respuesta;
Hice callar la lengua, y con la mano
Detuve al Dios hirviente ya en mi seno.
¡Oh Cime, pues tus hijos ofendieron
A la prole inmortal de Mnemosina,
Profundo olvido su memoria cubra
Y sepulte su nombre densa noche!"

—"Vén á nuestra ciudad, de aquí vecina,
Que á los amigos de las Musas ama:
Un asiento te espera en los festines
Con argentinos clavos tachonado.
Ricos manjares, miel y dulce vino
De los pasados males la memoria
Desterrarán, so la columna alzada
Do pende de marfil sonante lira.

Si en el camino, rápsoda ingenioso,
Con celestiales cantos nos deleitas,
Diré que Apolo, desde el alto Olimpo,
Tu són inspira y tus acordes rige."

—"Marchemos, sí; ¿mas dónde me conduces?
Hijos del triste ciego, ¿dónde estamos?"

—"En la isla de Sicos fortunada."

—"¡Sicos, salud, hospitalaria siempre!
Piso otra vez tu venturosa orilla;
Amigos, vuestros padres me conocen.
Cual vosotros crecían, cuando vine
Joven, lozano: contemplar podía
La primavera, el sol, la blanca Aurora.
Siempre el primero en la gallarda liza,
En la pírrica danza, en la carrera:
Argos y Creta, Atenas y Corinto
Yo visité; la de cien puertas Tebas,
Y del Egipto la ribera fértil.
Mas la tierra y el mar, el Tiempo, el Hado,
Mi cuerpo han oprimido de dolores:
Sólo la voz me queda, cual cigarra
Que cantando en las ramas se consuela.

—Ante todo á los Dioses invoquemos:
¡Oh soberano, omnipotente Jove,
Sol que en tu lumbre lo penetras todo,

Mar, tierra, ríos, vengadoras Furias,
Salud, oh del Olimpo habitadores!
Todo saber procede á los mortales
De vosotras, ¡ oh Musas! Comencemos...."

Él prosiguió: las ramas se inclinaron
Del roble antiguo á sus cadentes sones,
Libre dejó el pastor á su ganado,
Y olvidando el camino los viajeros,
Pararon á su voz. Él suspendido
Del fuerte brazo de su joven guía,
Sintióles agruparse y detenerse,
Con avidez oyendo sus cantares.

Porque cantaba en vagarosos himnos,
Cuál se juntaron en fecundo abrazo
Las primeras semillas de los seres,
Los principios de fuego, tierra y aire,
Y del seno de Jove descendida
El agua á congregarse en hondos ríos:
Las leyes, los oráculos, las artes
Y la concordia fraternal del pueblo:
El Caos, los amores inmortales,
El Rey sublime que el Olimpo y Tierra
Al mover estremece de sus ojos:
Los Dioses dividiendo fiera lucha,
Sangre celeste enrojeciendo el suelo,
Congregados los reyes, y á sus plantas

Nubes de polvo, carros voladores,
Armas brillantes de guerreros fuertes
Cual vasto incendio en escarpada cima,
Crines flotantes de ligeros potros
Que á sus jinetes á la lid arrastran.

Cantó después la paz de las ciudades,
Los oradores, las sagradas leyes,
Y de los campos la cosecha fértil.
Mas pronto coronadas las murallas
De soldados mostró: víctimas ruedan
En los sagrados atrios, y las madres
Y las esposas gimen; las doncellas
A torpe esclavitud son condenadas.

Cantó tras esto las alegres mieses,
La grey balante, el mugidor rebaño,
La rústica zampoña, las canciones
De ruidosa vendimia, los festines,
La flauta suave y la ligera danza.

El viento desató que el mar agita
Y al nauta envuelve en las hinchadas olas;
Mas súbito á las hijas de Nereo
Salir ordena de azulada gruta,
Y pronto levantáronse á sus gritos
Naves sin cuento que la mar cortaban
Con rumbo cierto á la troyana orilla.

Mostró después de Stigia las prisiones
Y la ribera criminal, los campos
De asfódelo, do vagan macilentas
Sombras, de luz y de vivir privadas,
Tristes ancianos por la edad vencidos,
Jóvenes arrancados de sus padres,
Niños cuyo sepulcro fué la cuna,
Y doncellas que en flor arrebatadas
Tálamo hallaron en la tumba fría.

¡Bosques, arroyos, montes y peñascos!
Cómo debisteis palpitar de gozo,
Cuando el vate mostraba al divo Hifesto
Forjando en Lemnos, en el sacro yunque,
Aquella red irresistible y fina,
Como de Aracne las sutiles hebras,
Y entre sus hilos enredando á Venus;
O cuando en piedra transformaba á Niobe,
Madre tebana, de altivez en pago;
O cuando con acento lastimero
De la triste Aedón repitió el lloro,
Que de un hijo madrastra involuntaria
Huyó, cual ruiseñor, á la espesura
Del bosque solitario. Con el vino
Vertió después el nefendés potente,
Que olvido inspira de los males todos,
De los guerreros en las copas: luégo

Cogió la flor del moli, que á los hombres
Hace prudentes, sabios y felices,
Y del calmante lotos la bebida,
Con cuyo filtro olvidan los mortales
Los caros padres y la dulce tierra.

Vieron, por fin, el Osa y el Peneo
Y la espesura umbrosa del Olimpo,
Las mesas de Himeneo ensangrentadas
Cuando el monstruoso pueblo de la noche
De Pirito el festín solemnizaba;
Y Teseo arrancó medio desnuda
La esposa de su amigo, del robusto
Brazo del ebrio, del salvaje Eurito,
Mientras, acero en mano, el desposado,
*Espéra*, le gritó, *traidor, espéra:*
*Fuerza es que hoy vengue el insolente ultraje.*
Mas, antes que él, sobre el Centauro fiero,
Hizo Drías caer ardiente pino,
Con el hierro sus ramas erizadas.
El cuadrúpedo atroz en vano clama
Y el suelo hiere, donde al fin sucumbe.
Y al esfuerzo de Neso armipotente
Ruedan Cimele, Périfas, Evagro;
Mata Pirito á Antímaco y Petreo,
Y al de nevados pies, leve Cilaro,
Y al negro Macareo, que con pieles

De tres leones por su mano heridos
Armaba sus ijares y su seno.
Encorvado, una roca levantando,
Imprudente Bianor, es sorprendido
Por Hércules divino, que sepulta
En un vaso de bronce antiguo, inmenso,
Herida con la clava, su cabeza;
Y ceden al furor del bravo Alcides
Licotas, Clamis, Demoleón, Rifeo,
Que ostentaba en sus crines orgulloso
El heredado brillo de las nubes.
De doble lid Eurínomo sediento,
Mueve sus pies en raudo torbellino,
De Néstor sacudiendo la armadura
Con repetidos golpes: huye el duro
Yélope, y con el brazo levantado
Espera el ágil Crántor la embestida;
Mas súbito Eurinomo se interpone
Y va á hender con el leño su cabeza:
Violo el hijo de Egeo ensangrentado,
Y del ara arrancó una ardiente encina;
Lanzó grito terrible; de su espalda
Nunca domada, las flotantes crines
Asió veloz, y sepultó en su boca,
Abierta con esfuerzo poderoso,
La llama juntamente con la vida;

Despójase el altar de sus antorchas,
Y armas para el combate les ministra ;
Suena en el bosque femenil gemido ;
Los ungulados pies baten la tierra,
Y mézclase al tumulto del combate
Ruido de vasos con estruendo rotos,
Injurias, gritos, moribundos ayes.—

Así el viejo de imágenes osadas,
Desarrolló el tejido portentoso,
En tanto que los niños asombrados
Contemplaban salir de aquella boca
Raudo torrente de inmortal palabra,
Como en invierno la copiosa nieve
Cae en la cima del erguido monte.
A su encuentro, con ramas en las manos,
Salen de la ciudad los moradores,
Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos,
Flor y ornamento de la isleña Sicos.
"Vén, elocuente vate, repetían ;
Vén, armonioso ciego, á nuestros muros :
Alumno de las Musas, convidado
Al nectáreo banquete de los Dioses ;
Nuestra isla habitarás, y quinquenales
Juegos celebraránse el fausto día
En que holló nuestra playa el grande HOMERO."

*M. Menéndez Pelayo.*

## IV

## EL FESTIN DE ALEJANDRO

(DRYDEN)

### I

Era el regio festín que en Persia esclava,
Por su conquista daba
El hijo de Filipo armipotente:
En su trono imperial, con asio adorno,
Sus próceres en torno,
El héroe sobrehumano alza la frente.

Tais al lado de él, lozana rosa,
Como, á sus nupcias, oriental esposa,
En flor de juventud esplende hermosa.

¡ Copia feliz, feliz, feliz mil veces!
Sólo el valor,
Sólo el valor,
Sólo, ¡ oh valor ! á la beldad mereces

CORO

*¡Copia feliz, feliz, feliz mil veces!*
*Sólo el valor,*
*Sólo el valor,*
*Sólo, ¡oh valor! á la beldad mereces*

II

En medio al coro armónico,
Subido Timoteo,
Con tacto volador pulsa la lira:
La nota ondula trémula,
Y altísimo recreo
Al paso de ascender mágica inspira.

Principia en Jove el canto,
A quien hizo el Amor (puédelo tanto)
Dejar los sitios de celeste encanto:
Y que, dragón mentido, el dios se encorve,
Y en radiante espiral se alce sublime,
A Olimpia bella cuando unido imprime
La imagen de sí mismo, un árbitro del orbe.

Se aplaude el canto y más se reverencia:
De una deidad se entiende la presencia:
"Deidad!" proclama el coro;
"Deidad!" revoca el artesón sonoro.
El rey suspenso

Bebe el incienso :
Se goza Dios : la sien divina
Inclina,
Y estremecer presume el orbe iumenso.

CORO

*El rey suspenso*
*Bebe el incienso :*
*Se goza Dios : la sien divina*
*Inclina,*
*Y estremecer presume el orbe inmenso.*

III

Ensalza ahora el estro numeroso
A Baco siempre joven, siempre hermoso.

Ya viene en su pompa
El ledo inmortal :
Que rompa la trompa,
Y el indio atabal.

Muestra el rostro rubicundo,
Jubiloso rosicler :
Tú, por quien celebra el mundo
El placer que hay en beber.

¡ Que llega ! ¡ que llega ! aliento al obóe :
Y el coro que loe
Al ledo inmortal.

Es de Baco el dón divino;
Del soldado es dicha el vino:
Dón divino;
Dulce vino:
¡Dulce el bien después del mal!

CORO

*Es de Baco el dón divino;*
*Del soldado es dicha el vino:*
*Dón divino;*
*Dulce vino:*
*¡Dulce el bien después del mal!*

IV

Baco embravece al bélico mancebo:
Cuanta batalla dió dála de nuevo:
Tres veces á los rotos desbarata;
Tres á los muertos mata.

En la encendida frente,
En la pupila ardiente,
El frenesí que apunta observa el vate:
Y mientras cielo y tiérra desafía,
Cambia armonía,
Él, y su orgullo abate.

"Que musa lastimera,"
Pensó, "piedad requiera."

Dice entonces de Darío,
Grande y pío:
A quien hunden, hunden, hunden,
Hunden ¡ ay ! golpes del hado:
Derrocado
De áureo trono,
Y en su sangre revolcado:
¡ Qué abandono!

Nadie, de cuantos regio mantenía,
Le asiste á su agonía:
Yace expirado en la desnuda tierra,
Y ni un adicto el párpado le cierra.

Quedóse el vencedor mirando al suelo
Con desconsuelo:
De la Fortuna, en su turbada mente,
Recorre el vario giro:
Se exhala algún suspiro;
Brotar el lloro siente.

CORO

*Quedóse el vencedor mirando al suelo*
*Con desconsuelo:*
*De la Fortuna, en su turbada mente,*
*Recorre el vario giro:*
*Se exhala algún suspiro;*
*Brotar el lloro siente.*

V

Sonríe, cierto el gran cantor
Que cerca está dulce dolor:
  Y al tono acuerda
  Amiga cuerda,
De la piedad sacando Amor.

Blandamente en modo lidio
Vierte al pecho sed de halago:
"Es," cantó, "la guerra estrago,
No acabar; error; fastidio.
Son vapor gloria, memoria;
El honor mera quimera.
    La victoria,
    Capitanes,
    ¡Qué de afanes!
    Los conoces:
¿Vale el mundo que lo ganes?
¿Valga, valga que lo goces?
Has al lado á Tais linda:
Logra el bien que un dios te brinda."

Doliente queja revelaba en tanto
La victoria de Amor, obra del canto.

El príncipe contempla ansioso aquella
    Autora bella
    De su penar:

Suspira
Y mira;
Suspira y mira;
Vuelve á mirar,
Y á suspirar:
Y apoyo ¡oh ninfa! de sí mismo ajeno,
Vencido el vencedor pide á tu seno.

CORO

*El príncipe contempla ansioso aquella*
*Autora bella*
*De su penar:*
*Suspira*
*Y mira;*
*Suspira y mira;*
*Vuelve á mirar,*
*Y á suspirar:*
*Y apoyo ¡oh ninfa! de sí mismo ajeno,*
*Vencido el vencedor pide á tu seno.*

VI

Suene otra vez la lira de oro;
Alto, más alto el són canoro:
Del sueño vil los vínculos quebrante
Rompiendo en él cual trueno rebramante.

¡Ay! ya, ya está, despiertos
Los ojos con espanto revolviendo:
Cual si, de entre los muertos,
Le alzara la cabeza el són tremendo.

"¡Venganza! ¡venganza!" su Píndaro clama:
"Las Furias acuden, los ojos de llama,
La crin de culebras: su silbos oíd:
Tras de ellas de sombras un lívido bando,
Blandones vibrando:
Son griegos segados en bárbara lid.

"Quedaron insepultos,
Yaciendo desdorados:
Vengad tales soldados;
Vengad tales insultos.

"¿No veis indicar los castigos?
¡Miradlos tender los hachones,
Señalando las pérsicas mansiones,
Y los templos de dioses enemigos!"

Aplauden los grandes, el rey los apoya:
Y empuña una tea con torva alegría;
Destocada va Tais de guía,
Al estrago alumbrando la vía,
Y, á fuer de nueva Elena, incendia nueva Troya.

CORO

*Y empuña una tea con torva alegría;*
*Destocada va Tais de guía,*
*Al estrago alumbrando la vía,*
*Y, á fuer de nueva Elena, incendia nueva Troya.*

*J. M. Maury.*

# V

## INICIACIÓN DE MESALINO

(TIBULO)

¡Sé favorable á nuestros votos, Febo!
En los misterios de tu templo santo
Hoy se recibe sacerdote nuevo.

Acude con tu cítara entretanto;
Gárrulas cuerdas á pulsar empieza,
Y dulce á la alabanza inclina el canto.

Vén, en torno ciñendo á tu cabeza
El laurel, de victorias noble sello;
Ya el ara con ofrendas se adereza.

Pero de gala vén, nítido y bello:
Festiva y no estrenada ropa víste,
Peina bien el undívago cabello;

Muéstrate, en fin, cual ya resplandeciste
Cuando en himnos cantabas tú süaves
Triunfante á Jove y á Saturno triste.

Tú desde lejos lo futuro sabes;
Por ti el augur el inacorde grito
Y el curvo vuelo entiende de las aves;

Y observando el arúspice tu rito,
Víctima inescrutable á ojos profanos
Abre, y en ella el porvenir ve escrito.

Por ti jamás engaña á los Romanos
La Sibila, que traza del destino
En exámetro verso los arcanos.

Permite que tus libros Mesalino
También desvuelva, y á leer aprenda
El recóndito canto sibilino.

A Eneas, la Sibila, amiga senda
Mostró, cuando á su padre y á sus Lares
Salvos sacaba de la llama horrenda;

Y aun de Roma le habló, cuando á los mares
Lanzándose, los ojos revolvía
Y contemplaba arder muros y altares.

En aquel tiempo Rómulo no había
Fundado la ciudad de que su hermano
Remo jamás habitador sería.

Vacas pacían el herboso llano
Que hoy cubren moles; choza fué mezquina
Lo que hoy de Jove esplendoroso fano.

Rociado en leche, á sombras de una encina
Guarecíase Pan, y hecha en madera
Por rústico escultor, Pales divina.

Canora flauta, do con blanda cera
Desiguales cañutos en contino
Descenso unidos van, entonces era

Ofrenda grata á Numen campesino,
Y el nómade pastor con fe sencilla
Dejábala suspensa en olmo ó pino.

Y donde ahora se dilata y brilla
El barrio de Velabro, era laguna
Por do á remos cruzó pobre barquilla,

Que en los días festivos trajo alguna
Complaciente y graciosa zagaleja
Al joven mayoral de alta fortuna,

Con frutos, que movida por la reja
Rindiera el haza, y queso regalado,
Y el níveo recental de blanca oveja.

"¡Hermano fuerte del Amor alado!
¡Constante Eneas, que en tus huecos pinos
Llevas los restos de Ilïón sagrado!

"Júpiter ya los campos laurentinos
Te ha señalado; hospitalario suelo
Va á recibir tus Lares peregrinos.

"Allí santo serás; allí de un vuelo
Lä onda de Numico veneranda,
Como á dios tutelar, te alzará al cielo.

"Ya en torno á tus cansadas popas anda
Fiel la Victoria, y la hija de Saturno
Al pueblo que afligió desciende blanda.

"Ante mis ojos, entre horror nocturno,
De los Rútulos arde el campamento,
Y muerte anuncio á ti, bárbaro Turno.

"Y viendo estoy los muros de Laurento,
Caudillo á Ascanio, y la Lavinia corte,
Y miro de Alba Longa el nuevo asiento;

"Y á ti también—sin que dejar te importe
Ilia, regia Vestal, la ara ofendida—
Ceder á los halagos de Mavorte.

"Miro la venda de tu sien caída,
Y del dios que en secreto te enamora,
El fuerte escudo, que en la playa olvida.

"Paced, toros, paced la hierba ahora
De las siete colinas; pronto en ellas
Se erguirá la ciudad dominadora.

"Tú, cuantos Ceres ve de las estrellas
Fértiles campos, tanta tierra esclava
Verás ¡oh Roma! y llevarás tus huellas

"Adonde nace el Sol, y adonde acaba
El curso de su rápida cuadriga
Que en ondas crespas del sudor se lava.

"Tiempo será en que Troya te bendiga,
Renaciendo asombrada, y á ventura
Tenga tan largo errar, tanta fatiga.

"Eneas, la verdad mi voz te augura;
¡Así de sacros lauros me alimente,
Así por siempre permanezca pura!"

Esto predijo ¡oh Febo! la vidente,
Y tu nombre invocando, la erizada
Melena sacudió sobre la frente.

También fué ya tu intérprete inspirada
Marpesia, el pecho de tu numen lleno,
Y Amaltea, y Erófile sagrada;

Y Albúnea, que al través del Anïeno
Espumoso raudal, intacto pudo
Llevar tu libro en el enjuto seno.

Ellas vaticinaron, cual sañudo
Precursor de discordias, un cometa,
Y de guijarros aguacero rudo.

Y dicen que el canglor de la trompeta
Oyóse, y choque de armas, por el cielo;
Y el bosque de desastres fué profeta.

Y vino un año de terror y duelo,
En que el Sol por los aires, incoloro
Guïó su carro entre nubloso velo.

Divinos simulacros tibio lloro
Sudaron, y en el campo nuevos males,
Tomando humana voz, nunciaba el toro.

¡ Prodigios de otro tiempo funerales !
¡ Vén clemente, y en mar embravecido
Dígnate, Apolo, hundir presagios tales !

Ardiendo en tus altares dé estallido
Favorable el laurel, y un año entero
De paz anuncie y de abundancia henchido.

¡ Albricias ! Estalló con fausto agüero.
¡ Albricias, labradores ! Atestado
Rebosará de frutos el granero.

Las uvas pisará de mosto untado,
El viñador; lagares y toneles
No bastarán al vino desatado.

Ebrios pastores, á su diosa fieles,
Fiesta á Pales harán. De la majada
Huíd entanto, huíd, lobos crueles.

Montones extendiendo de tostada
Paja, el ágil zagal saltará ileso
Por cima de la sacra llamarada.

Crecerá la familia, y el travieso
Rapaz, de las orejas al ufano
Padre asirá, para robarle un beso.

Ni tendrá á menos venerable anciano
Cuidar los nietezuelos en la casa,
Y balbucir con ellos mano á mano.

A honrar al Dios en la campiña rasa
Irá la juvenil alegre tropa,
Do brinda árbol antiguo sombra escasa,

O con guirnaldas atarán la ropa,
Improvisando toldos, y delante
Colocarán la festonada copa.

Manjares cada cual á su talante
Traerá, y de césped alto hará su mesa
Y su asiento á la par. Férvido amante

En quien celos rabiosos hacen presa,
Asestará á su dama hiriente frase,
Encendido en furor que pronto cesa.

Cuando el nublado que le ciega, pase,
Al cielo hará de su intención testigo,
Y de insania, llorando, culparáse.

Con tu licencia ¡oh Febo! yo maldigo
Arco y flechas; el cielo las destruya,
Porque nunca las lleve Amor consigo.

Buenas las armas son, como arte tuya;
Mas en manos de Amor, ¡oh, cuánto estrago!
¡Ay! ¿Quién habrá que de su alcance huya?

Dígalo yo, que há tiempo herido yago,
Y encariñado estoy con mis cadenas,
Y mi propia dolencia ¡oh torpe! halago.

Siempre á Némesis canto; y cuando ajenas
Materias trato, mal los versos mido,
Ni voces hallo ni cadencias llenas.

Mas hoy ¡Ninfa cruel! perdón te pido,
Y el favor de los Númenes demando
A los piadosos vates concedido,

Para cantar á Mesalino, cuando
En carro de marfil vaya triunfante
Un ramo de laureles empuñando,

Y escenario marcial lleve delante,
Y atrás, con lauro rústico en la frente,
¡TRIUNFO! el soldado en voz robusta cante;

Y viéndole pasar resplandeciente,
El padre lance aclamación festiva
Dando hermoso espectáculo á la gente.

Propicio Febo mi oración reciba ;
¡ Así adorne por siempre con galana
Cabellera la frente ; así le viva
Casta por siempre la apacible hermana !

## VI

## ELOGIO DE ITALIA

( VIRGILIO )

Mas no los Medos con sus selvas ricos,
No el Ganges bello, y turbio el Hermo de oro,
No Bactria, no los Indos, no Pancaya
Con arenas de incienso envanecida,
Osen á Italia disputar sus glorias :
Italia, á quien el seno
No con la reja revolvieron toros
Que por la ancha nariz llamas despiden
Y á dientes de dragón la tierra mullen ;
Mies de guerreros no espigó sus campos
Con duros yelmos y apretadas picas :
No ; mas ¿ ves cuál abunda
En llenas mieses y süaves vinos,
Cuál olivos la alegran y rebaños ?

Allá erguido campea
El guerrero corcel: acá, bañadas
Frecuentes veces en tu sacro río,
Miro albas reses, y el fornido toro,
Cabeza de las víctimas, Clitumno,
Que romanas conquistas
Condujeron en triunfo al Capitolio.
Perpetua ¡oh Primavera! aquí floreces;
Mitiga ajenos tiempos el estío;
Dos veces cada un año
Prole anuncian las hembras del rebaño,
Y da sus pomas el frutal dos veces.
No aquí rabiosos tigres, de leones
La raza maldecida aquí no prueba;
Ni vegetal ponzoña, al que en el campo
Hierbas cogiendo va, traidora engaña;
No rastrera en enormes vueltas gira,
Ni en tanto espacio como en lueñes tierras
Cierra la sierpe su escamosa espira.

Contempla luégo, y mira
Tanta egregia ciudad, tanta obra insigne;
Tantos castillos, fábrica del hombre,
Acumulada piedra sobre piedra,
Que dan temor; y las corrientes aguas
Que viejos muros sojuzgadas lamen.
¿O el mar diré que á un lado y á otro lado
La Patria ciñe? ¿Tantos lagos bellos?
¿A ti, príncipe entre ellos,
Lario, ó á ti, que al férvido Oceano

En olas y fragor, Benacio, copias ?
¿ O cantaré los diques, del Lucrino
Las allegadas moles ; y el furioso
Rugir del mar, por donde la onda Julia
Lejos retumba al ímpetu del ponto,
Y el Tirreno agitado
Hierve, y las fauces del Averno invade ?

Tierra en todo fecunda,
Venas de argento y cobre Italia encierra,
Y en oro bullidor su seno abunda.
Y ella hijos fuertes á sus pechos cría :
Los Marsos, las sabélicas legiones,
El sufrido Ligur, el Volsco armado
De dardo invicto ; Marios ella y Decios
Brota, grandes Camilos, Escipiones,
Nacidos á la guerra ; y madre es tuya,
¡ Oh César soberano !
Que hoy triunfante en las últimas regiones
Del Asia, haces que el Indo tiemble, y huya
De las almenas del poder romano.

¡ Salve, madre feliz, de mieses rica,
Rica en hombres de pro, Saturnia tierra !
¡ Salve ! En tu honor mi voz y mi deseo
A las artes agrícolas levanto
Que celebraron las antiguas gentes ;
El sello rompo de las sacras fuentes,
Y las lecciones del anciano ascreo
Por las romanas poblaciones canto.

## VII

## ESPAÑA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA (1809)

(BYRON)

Do la tierra del Luso de cerca ve á su hermana
¿Qué pensáis que divide las dos rivales? ¿Suena
Acaso entre una y otra soberbia soberana
De un orgulloso Tajo la rica y larga vena?
¿Áspera se interpone una Sierra Morena?
¿O estupenda muralla cual la que abraza á China?
Ni muros, ni hondos ríos, ni de montes cadena
El límite dudoso determina,
Cual la que allá entre el Galo y el Español se empina.

Es sólo un pobre arroyo de diáfanos cristales
Que nombre apenas tiene, si bien va comprimido
En su lecho de flores por dos reinos rivales.
Apoyado en su báculo ve el zagal con descuido
En paz las crespas ondas rodar con blando ruido
Entre pueblos que adversos ceban rencor insano.
No hay labriego en España que, á par de un duque erguido,
No mida la distancia entre un hispano
Y el vil entre los viles, el siervo lusitano.

Arrástrase no lejos de esta débil frontera
Del viejo Guadïana la corriente sombría
Con rumorosas aguas acaudalada y fiera;
Populares leyendas le dieron nombradía.
El Sarraceno y Godo sobre su orilla un día
Cubiertos pelearon de armaduras brillantes,
Y los fuertes cayeron, se heló la bizarría,
Y llevaron las ondas sollozantes
Cadáveres mezclados, y yelmos y turbantes.

¡Oh romántica España, nación gloriosa y brava!
¿Dónde está el estandarte que enarboló Pelayo
Cuando en su sed de sangre el padre de la Cava
Traidor trajo á su patria de la venganza el rayo?
¿Adónde de tus hijos el victorioso y gayo
Alarde de pendones? Brillaron las cristianas
Cruces; las Medialunas con pálido desmayo
Huyeron, y á las grutas más lejanas
Llevó el eco los llantos de madres mauritanas.

Publican las hazañas oscuros trovadores,
Y es ¡ay! el prez más bello que alcanza el heroísmo.
Cantará inciertas fechas voz de humildes pastores
Cuando arcos y columnas trague el tiempo en su abismo.
Del cielo torna, Orgullo, la mirada á ti mismo:
Salva una pobre cántiga de un héroe la memoria:
¿Huirás tú, en libro ó mármol, del común cataclismo?
¿Sencilla tradición te dará gloria,
Muerta ya la lisonja, maldecido en la Historia?

¡Al campo, hijos de España! Al campo vuestra Diosa
Os llama—aquella antigua gentil Caballería:
Al aire de su casco no da la pluma airosa,
La formidable lanza no blande cual solía.
Hoy vuela en nubes de humo de ardiente artillería;
Con el tronar del bronce repite "¡España, cierra!"
"¡Cierra, España!" repite clamando noche y día.
¿Será más débil hoy que cuando guerra
Apellidó en las costas de la andaluza tierra?

¿No escucháis los bufidos de bélicos corceles,
Y el choque y el estruendo? ¿No veis bajo la hoja
Del sable cuál sucumben vuestros hermanos fieles,
Y cómo ya en arroyos su sangre el campo moja?
¡Volad á socorrerles en su mortal congoja!
¡Oh, guerra á los tiranos, y guerra á los sayones!
Encendiendo la Muerte su llamarada roja
Postra á cada explosión mil campeones;
Bate el Furor la tierra, y tiemblan las Naciones.

¡Hé allí el Gigante armado sobre los montes! Muestra
De su melena en sangre cuajados los manojos,
Y mortíferos dardos en la terrible diestra.
Inquietos en sus órbitas revuelve ora los ojos,
Que abrasan donde miran—ya allá los clava, rojos.
Destrucción vigilante sus pies de bronce halaga.
Hoy lidian tres naciones para acopiar despojos
Empapados en sangre ante la aciaga
Deidad, que pide sangre y en su vapor se embriaga.

¡Por Dios, que es espectáculo hermoso á las miradas
De quien ni amigos tenga ni tenga allí parientes!
¡Tantas ricas banderas de colores bordadas!
¡Tantas armas al rayo del sol resplandecientes!
Como perros de presa que rechinan los dientes,
Al destrozo bramando la multitud se lanza.
¡Pocos verán el triunfo en tántos combatientes!
Toca á muchos morir, y la Matanza
Sus víctimas gozosa á numerar no alcanza.

Confundidas tres huestes ofrendas acarrean
Al común holocausto: se alza oración extraña
En tres lenguas distintas; tres pendones flamean;
Tres voces hay de triunfo: ¡Francia! ¡Inglaterra!
¡España!
El agresor, la víctima y aquel que la acompaña—
Que combate por otros y provecho no espera—
Cual si nunca á sus techos llegase impia guadaña,
Dispútanse tu campo, Talavera,
Por dar pasto á los buitres y riego á la pradera.

¡Oh víctimas ya inertes de una ambición insana!
¿Qué os sirve bajo el césped del campo de la liza,
La Gloria que lo ilustra? ¡Recompensa harto vana!
Míseros instrumentos que un déspota destriza
Cuando de humanos miembros el camino tapiza
Que le conduce—¿adónde?—¡á un sueño! De las manos
De aborrecido César el cetro se desliza;
Tierra suya no tienen los tiranos
Sino aquella do un día serán polvo y gusanos.

¡Oh Albuera, oh nombre infausto! ¿Ni quién pensara un día
Cuando á caballo Haroldo cruzaba tu llanura,
Que en término tan breve allí á encontrar vendría
El retador guerrero ingrata sepultura?
¡Paz á los que murieron! Vuele á la edad futura
De su valor la fama, no sin acerbo llanto.
Vendrán sucesos nuevos de gozo ó de amargura;
¡Tu nombre, Albuera, rodará entretanto
En versos de él no dignos, en pasajero canto!

## VIII

## LOS MARINOS DE INGLATERRA

(CAMPBELL)

¡Vosotros los marinos de Inglaterra,
Del patrio mar guardianes,
Que desafiado habéis en largos siglos
Batallas y huracanes!
Otra vez vuestra enseña se desate
Gloriosa ante el combate;
Y barred el hondo abismo
Mientras muge la tormenta,
Y la hórrida lid revienta,
Y remuge la tormenta.

De cada ola veréis á vuestros padres
Alzarse; á su heroísmo
Campo fué la cubierta de sus barcos,
Tumba les dió el abismo.
Do cayó Blake y Nelson prepotente
Inspirad vuestra mente;
Y barred el hondo abismo
Mientras muge la tormenta,
Y la hórrida lid revienta,
Y remuge la tormenta.

No ha menester Britania balüartes
Ni torres mar adentro;
Que sus castillos son montañas de agua,
Y el piélago su centro.
Tonante el patrio roble señorea
La revuelta marea,
Cuando en las costas retumba,
Mientras muge la tormenta,
Y la hórrida lid revienta,
Y remuge la tormenta.

La bandera flamígera britana
Aun radiará tremenda,
Hasta que pase la medrosa noche
Y astro de paz esplenda.
Entonces, lidiadores de los mares,
Con fiestas y cantares

Vuestra gloria ensalzaremos
Mientras calle la tormenta,
Ni estallar la lid se sienta
Ni remugir la tormenta.

## IX

## EL ENTIERRO DE SIR JOHN MOORE

( WOLFE )

Llevámos el cadáver del héroe á la trinchera
Sin que un tambor se oyese ni un eco funeral,
Y allí le sepultámos, sin que un soldado hiciera
En solemne descarga sonar su adiós final.

Con nuestras bayonetas cavámosle la fosa,
Nocturno hondo silencio reinando en derredor,
De medio oculta luna á la luz vaporosa,
Y de opaca linterna al trémulo fulgor.

No en lienzo mortüorio velámos su semblante,
Ni su pecho estrechámos en rígido ataúd;
Mas en su manto envuelto yacía semejante
A un guerrero en momentos de tregua y de quietud.

Pocas y breves preces fueron al cielo alzadas;
Ni una sola palabra dijimos de dolor;
Mas en la faz dormida clavando hondas miradas,
En el futuro día pensámos con pavor.

Pensámos, cuando hubimos la cabecera fría
Mullido, donde el héroe la frente iba á posar,
Que encima el enemigo la planta estamparía,
Cuando fuésemos lejos nosotros en la mar.

Y de aquella alma noble se rëiría ufano,
Lanzando á su memoria talvez insulto vil;
Mas él mientras descanse do le enterró un britano,
Yacerá imperturbable por siglos mil y mil.

Cumplido en parte estaba nuestro deber sagrado,
La hora de retiradá marcaba ya el reló;
Y el enemigo lejos, acaso despechado,
Al aire sus cañones de pronto descargó.

Lentos y pensativos el cuerpo sepultámos,
Aun tibio y con la sangre que le bañó en la lid;
Ni una piedra pusimos, ni una línea trazámos,
¡Mas por todo dejámos su gloria al adalid!

---

# X

## LA DEFENSA NACIONAL (1)

### (CAMPBELL)

Estamos preparados para la lid gloriosa,
Y en alto se repite la promesa
De salvar una causa más que el vivir preciosa,
O todos sucumbir en común huesa.
¡ Sús, libres compatriotas, tended la firme diestra,
Y defender juremos la amada patria nuéstra !

Este sagrado suelo su salvación nos fía—
¡ La isla de los valientes Dios ampara !
¿ Sepulcros venerandos un bárbaro hollaría ?..
¡ El polvo de los muertos despertara !
¡ Sús, libres compatriotas, tended la firme diestra,
Y defender juremos la amada patria nuéstra !

¿ Violarán monstruos viles nuestros benditos lares
Con torpe lengua y con violentas manos ?
¿ La honra de las familias, la paz de los hogares ?
¡ Al arma, al arma, al arma, ciudadanos !
¡ Sús, libres compatriotas, tended la firme diestra,
Y defender juremos la amada patria nuéstra !

(1) *Stanzas on the threatened invasion*, 1803.

## XI

## LA BATALLA DE HOHENLINDEN

(CAMPBELL)

En Linden, no sangrienta todavía,
La intacta nieve blanquear se vía
    A la hora en que acaba
Su giro el sol, cayendo al Occidente;
Y sus ondas el túrbido torrente
    Raudo precipitaba.

Pero todo cambió cuando rompiendo
El atambor con redoblado estruendo
    La paz inerte y muda,
A la Muerte mandó que incendios brote,
Y al campo, abierto á su furente azote,
    Con regia pompa acuda.

Sonó el clarín y relumbró la tea.
Álzase el caballero á la pelea
    La ancha espada blandiendo;
Y el pisador con altivez gallarda
Inquieto bufa, y el momento aguarda
    Que empiece el choque horrendo.

A la explosión terrífica de guerra
Convulsa treme con rumor la tierra:
    Veloz caballería
Con ímpetu se arroja á la batalla;
Lejos, cual cielo en tempestad estalla
    La roja artillería.

Y aun seguirán las cumbres, níveas antes,
Entre nubes y truenos asordantes
    Lanzando llamaradas:
Y aun seguirá con rojo humor caliente
Mezclando el raudo y túrbido torrente
    Sus ondas espantadas.

Ya sale el sol. Apenas con su lampo
Hiende los nubarrones que en el campo
    Pesadamente ondean:
Y encarnizado el galo, fiero el huno,
A quien dosel sulfúreo cubre en uno,
    Con nuevo ardor vocean.

Arréciase la lid. ¡Ea, soldados,
Que en demanda corréis desesperados
    De muerte cierta ó gloria!
¡Sús! ¡Munich! ¡A banderas desplegadas!
¡A la carga con todas tus brigadas!
    Ya es tuya la victoria.

Pocos, pocos saldrán de donde tantos
Así vinieron á encontrarse. ¡Oh, cuántos

El sueño postrimero
Dormirán con la nieve por sudario!
Cada césped del campo solitario
Cobijará un guerrero.

## XII.

## EL GRITO DE POLONIA

(CAMPBELL)

¡Las armas aguzasteis? La Patria os necesita;
Que hoy es el día en que á lidiar os lanza.
Oscuro está el Oriente; mas ya su antorcha agita,
Para abriros camino, la Matanza,
Y excita á la terrífica Venganza
Que bajo el férreo cetro dormitaba, y ahora
Envuelta entre sus llamas va á alzarse triunfadora.

La Libertad os llama; si el sol su luz os niega,
¿Qué importa? Ella ilumina vuestros pechos;
En medio á los horrores que el incendio despliega,
El sacro altar y los nativos techos
Señala, y os anima á excelsos hechos;
Y á los hijos pregunta de un pueblo altivo y bravo,
Si han de llevar eterna la marca del esclavo.

¡Por la Patria que el déspota ahogar quisiera en vano;
Por la sangre de heroicos adalides;
Por aquel gran Kosciusko, vuestro glorioso hermano,
Una vez y otra vencedor en lides,
Corazón de león, segundo Alcides;
Por cuantos guarda impulsos nobles, el alma, y bellos,
¡Luchad cual vuestros padres, ó sucumbid cual ellos!

¿Las armas aguzasteis para el festín de muerte?
¿Hicisteis el solemne juramento?
¿Resueltos consagrasteis á la voltaria suerte
De frágil vida el fugitivo aliento?
Vais á ser nación libre. ¡Oh gran portento!
¡Que vibre cada espada de independencia el grito,
En su acerada hoja con roja sangre escrito!

## XIII

### NAPOLEÓN

(V. HUGO)

¡Qué soñador en los primeros años,
Y qué meditabundo
Al fin del viaje!—Devorado había
Todos los desengaños
Que encierra para el hombre y para el mundo
La ambición ciega y su tenaz porfía.

De un insensato sueño
Gozó, del orbe dueño;
Sabio con la experiencia del pecado,
La nada vió de un porvenir pasado.
Tal la mundana gloria:
Prisma hermoso amanece,
¡Y espejo es luégo que á la vista ofrece
Imagen expiatoria
Donde sangre la púrpura parece!

## XIV

## NAPOLEÓN II

(V. HUGO)

¡Mil ochocientos once!
¡Oh tiempo en que los pueblos prosternados
Ante el cerrado porvenir de bronce,
Con estupor profundo
Esperaban que el brazo del Eterno
El grande arcano revelase al mundo!
Sobre su basa secular sentados
Temblaban los Estados;
¡Y el Luvre allí, como Sinái moderno!

Y como el cuello inclina
El caballo, si el amo se avecina,
Sumisas murmuraban las ciudades:
"Algo se anuncia que á la tierra asombre.
¿Qué será lo que Dios depara á ese hombre,
Señor de las terrenas potestades,
Que ha cifrado en su nombre
El destino del orbe y las edades?"

Rásgase de repente,
Cuando así susurraban las naciones,
La nube densa de terror preñada,
Y descubrió lo que su seno encierra.
Con regio orgullo y paternal cariño
César levanta un niño;
Saluda á un niño la asombrada tierra.

A cuyos vagidos débiles,
En el palacio de Inválidos,
Bajo las doradas bóvedas
Tiemblan los cautivos lábaros,
Como se agita mies trémula
Batida por vientos rápidos;
Y cien cañones terríficos
Hacen resonar los ámbitos.

¡Ved á Napoleón! ¡Cuán satisfecho,
Inflada la nariz, tiende arrogantes
Sus brazos, no cual antes
Cruzados sobre el pecho!
¡Cómo en alto sostiene

El vástago imperial, que al mundo viene
Y en los rayos envuelto reverbera
Que flava arroja su pupila fiera!
Miran al sucesor de cien coronas,
Pueblos y reyes, y lejanas zonas;
Y, cual sentada el águila en su roca,
César armipotente
Señoreando el ámbito vacío,
Clama tremendo en su arrogancia loca:
"¡El porvenir, el porvenir es mío!"

¡No! ni vuéstro ni de nadie;
¡Os equivocáis, señor!
¡En la hora de la justicia
La esperanza os dirá adiós!
Las conquistas de la espada
Los triunfos de la ambición,
Toda humana prepotencia,
Todo terreno esplendor,
Cual aves de paso vuelan,
Hoy llegan y parten hoy;
Y atrevidos pensamientos
Humo y polvo y nada son.
¡El porvenir está oscuro;
Es el secreto de Dios!

¡Mañana! ¿Y quién dirá lo que profundo
Reserva el seno de la henchida copa?
¿Quién penetró el abismo tremebundo
Que con sus nieblas la distancia arropa?

Podéis avasallar, señor del mundo,
El Asia infiel y la cristiana Europa;
Mas no podrán ejércitos ni naves
Quitar á Dios del porvenir las llaves.

## XV

## EL CINCO DE MAYO

(MANZONI)

¡ Murió ! Cual sin el ánimo
  Grande que le ha regido,
Su cuerpo inmóvil quédase
  Dado el postrer latido,
Así la tierra, atónita
  Con la noticia está.
Piensa en las horas últimas
  Del adalid, y calla
Dudando que en el hórrido
  Polvo de la batalla
Otro varón tan ínclito
  La huella estampe ya.

Enmudecí yo viéndole
  En trono refulgente:

Cayó, se alzó, y postráronle
  Luégo alternadamente,
Y al clamoroso estrépito
  Nunca me quise unir.
Virgen de panegírico
  Y ultraje vergonzoso
Mi voz hoy, que de súbito
  Se oculta el astro hermoso,
Rompe, y quizá mi cántico
  Eterno ha de vivir.

Del Alpe á las Pirámides
  Del Tajo al Rin, primero
El rayo que el relámpago
  Lanzaba aquel guerrero,
Terror de Scila y Tánäis
  Y de uno y de otro mar.
¿Esto fué gloria? Dígalo
  Futura edad; la nuéstra
Humíllese al Altísimo
  Porque tan larga muestra
De su creador espíritu
  Quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo
  Que un gran designio cría,
Los indomables ímpetus
  De quien reinar ansía,
Y obtiene lo que fuérale
  Vedado imaginar—

Todo lo tuvo: obstáculos
  Grandes y grande gloria,
Y proscripción y alcázares,
  La fuga y la victoria;
Se vió dos veces ídolo,
  Y dos rodó su altar.

Guerra de muerte hacíanse
  Dos siglos cuando vino,
Y á él se volvieron dóciles
  Como á poder divino;
Silencio impuso, y árbitro
  Sentóse entre los dos.
Y de honda envidia y lástima
  Objeto en su caída,
De ocio en angosto límite
  Se consumió su vida,
Odio y amor llevándose
  Desenfrenado en pos.

Envuelve y hunde al náufrago
  Ola que alzándole antes
Dejaba que en el piélago
  Con ojos anhelantes
Buscara en vano el mísero
  Tierra distante de él;
Tal su memoria al héroe
  Le hundía en un abismo;
Mil veces ¡ay! propúsose

Trazar su historia él mismo,
Y mil su mano lánguida
Cayó sobre el papel.

Y mil y mil al tétrico
Fin de enojoso día,
Bajas las ígneas órbitas,
Al pecho recogía
Los brazos, recordándose
Su prístino poder,
Y al par las tiendas bélicas
Y valles resonantes,
Los brutos ligerísimos
Y aceros centellantes,
Y aquel mandar despótico
Y el pronto obedecer.

¡Ay! á tamaña pérdida,
Quizá de aliento falto
Desesperó;—mas próvida
Mano acudió de lo alto
Y á respirar vivíficas
Auras se le llevó—
Donde entre flores tránsito
Da fácil la esperanza
Al campo en que magnífico
Premio el mortal alcanza,
Y noche muda tórnase
La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica
  Fe, por doquier triunfante,
¡ De un nuevo lauro alégrate !
  Cerviz más arrogante
Al deshonor del Gólgota
  Jamás se doblegó.
Aleja tú del féretro
  La detracción sañuda;
Dios que alza y postra rígido,
  Y aflige y presta ayuda,
Veló ese lecho fúnebre
  Y el alma recibió.

*J. E. Hartzenbusch.*

## XVI

### LOS HÉROES DEL SETENTA Y SEIS

( BRYANT )

¿ Qué de héroes no brotó la áspera sierra,
  Cuando el clamor agudo
De libertad estremeció la tierra,
Y apercibió los brazos á la guerra
  El rústico membrudo !

De roca á roca horrísono resulta,
    De un mar al otro, el trueno;
Río, que aun hoy su cabecera oculta,
También clamando *¡ Guerra !* se sepulta
    En selvático seno.

Del agrio risco y montaraz vertiente
    Descienden campeones.
Las márgenes de abismo hondo y mugiente,
Los valles donde duerme agua rïente,
    De sí lanzan legiones,

Cual si, al soplo de Dios, de hórrido encierro
    Saliese el mundo inerte
A vida más pujante, y llano y cerro
Vomitasen tropel de hombres de hierro
    A desafiar la muerte.

Despide al paladín, y no se inmuta,
    La que hoy por vez primera
Del hijo tierno el sonreír disfruta,
Y la madre también, con faz enjuta;
    ¡ Oh ! llorar, crimen fuera.

A la saña responde atroz la saña ;
    Y cual lluvia fecunda
Que en Abril los floridos campos baña,
Corre la sangre, y toda la campaña
    En raudales se inunda.

Trueca la Muerte el litoral entero
En tierra libre y santa;
Saltó en pedazos roto el yugo fiero;
¡Nunca más pondrá aquí dueño extranjero
La sacrílega planta!

## XVII

### EL GOLFO DE BAYAS

(LAMARTINE)

Mira cuán plácidamente
Muere en las playas la ola;
Mira qué galán el manso
Céfiro la espuma roza.
¡Ea! entremos en la barca
Que mi mano rige sola,
Y del golfo recorramos
Las riberas deleitosas.

Atrás quédase la orilla:
Y mientras tímido tomas
El dócil timón, me inclino,
Y mi brazo el remo boga,
Y surco rápido traza
En el agua bullidora.

¡Oh Dios! ¡qué ambiente tan fresco!
  El sol en la mar remota
Se pierde, y pálida luna
  Sobre el horizonte asoma.
Abren las flores sus cálices
  Embalsamando la atmósfera;
Y con hálito creciente
  El terral entanto sopla,
Y sobre Tetis esparce
  De los campos el aroma.

¿Qué canto suena en las playas?
  ¿Qué canto agita las ondas?
De mezcladas armonías
  Grato el eco se prolonga.
El pescador, que fiarse
  A las estrellas no osa,
Ya, recogida la vela,
  Vuelve cantando á su choza;
Y festeja su llegada
  Juvenil caterva loca
Con regocijados gritos
  Que los ámbitos asordan.

Todo es silencio en los aires:
  Ya las márgenes se borran,
Y sobre el piélago inmenso
  Densas se extienden las sombras.

Grave la Melancolía
  Viene á meditar ahora,
Sentada orillas del ponto
  En la más desierta roca,
Y silenciosa contempla
  En las convecinas lomas
Ruinas de augustos palacios,
  Restos de pasadas glorias.

———

¡Oh tú, patria fecunda
De la sagrada libertad! ¡Oh tierra
Que magnánimos hijos produjiste!
¿Qué se hicieron tus héroes? ¿Dó se encierra
  El rayo de la guerra?
  A bárbara coyunda
Atada yaces hoy, mísera y triste.
Fueron tus héroes; tu poder no existe,
  En tu ruina profunda
Engrandécese el alma, y se imagina
Respirar la virtud del genio ausente,
Cual de ruinoso templo en el recinto
  Del oráculo extinto
Aun la velada majestad se siente.
  ¿Mas para qué la mente
Evoca entre tus rotos edificios
De Bruto ó de Catón sangrientas glorias,
Si manes la convidan más propicios
Con dulces y tristísimas memorias?

———

Aquí en ameno retiro,
Del bullicio de la corte
Huyendo Horàcio, bebía
Sublimes inspiraciones.
Aquí Propercio y Tibulo
En sus cítaras acordes
Cantaron á las edades
De Cintia y Delia los nombres.
Y aquí Tasso llegó un día,
Aquel varón de dolores,
A quien Genio, y no Fortuna,
Pródigo otorgó sus dones.
Proscrito, errante y enfermo
Iba por valles y montes,
Y aquí la piedad benigna
Hospitalidad brindóle.
Su aliento exhaló postrero
En no distantes regiones:
Llámale la Gloria, acude....
La Muerte aprestaba el golpe;
Y laurel tarde alcanzado
Crece de su tumba al borde.

---

¡Oh colinas de Bayas!
¡Oh poéticas playas!
Muelle comarca, visitada un día
Por cuanto ilustre y grande hubo en el mundo,
Cubre olvido profundo

El placer que en tu seno antes bullía,
    Y nadie me responde,
Excepto el tumbo que las playas hiere,
    Y eco débil que muere
O entre las ruinas tímido se esconde.

---

¡Ay! así pasa todo; tal se aleja
Nuestra vida también, breve y fugace,
    De la nativa orilla;
Ni otra señal sobre el abismo deja
Que la espuma que surge y se deshace
    Tras la frágil barquilla.

# IV

# RELIGIOSAS,

## FILOSOFICAS Y MORALES

I

## EL MISERERE (1)

### (DAVID)

Tu semblante convierte
A mi angustia ¡Señor! compadecido;
¡Sálvame de la muerte!
¡Señor, perdón y olvido
Según tu gran misericordia pido!

De mi pecho una á una
Mis culpas borra tú con mano pía:
Si limpia por fortuna
Luce ya, todavía
Más y más purifica el alma mía.

Porque, Señor, yo siento
La horrible enormidad de mi pecado:
Sin reposar momento,
Su recuerdo allí hincado,
El corazón lastima atormentado.

(1) Traducción parafrástica.

¡Pequé yo en tu presencia,
Pequé yo contra ti! Mas, sí, lo espero;
Vencerá tu clemencia:
Tus promesas primero
Cumplir querrás que castigar severo.

¡Pequé! ¿ni qué podría
De un infelice de miserias lleno
Esperarse? Corría
Desde el materno seno
Ya por mis venas el letal veneno.

Mas no siempre del vicio
Manchado estuve; que inocente un día
Fuí, y me amaste propicio,
Y tu sabiduría
Recónditos misterios me entreabría.

Con el hisopo ahora
Rocíeme, tornando mi hermosura,
Tu mano bienhechora,
Y verás mi alma pura
Cuál de la nieve afrenta la blancura.

Palabras de consuelo
Murmurás entonces á mi mente,
Huído el negro duelo;
Y en gozo reverente
Retemblarán mis huesos hondamente.

Mis crímenes olvida ;
Ni sombra de la culpa que me afea
Dejes ; en ti á la vida
Resucitar se vea
Mi corazón, y renovado sea.

¿ Cómo ardería tanto
Tu furor, que apartases la mirada
De mi sincero llanto,
Y tu diestra indignada
No depusiera la fulmínea espada ?

Antes con rostro blando
Me acogerás en tu amoroso seno,
Mi espíritu dejando
Jubiloso y sereno,
De alto saber y fortaleza lleno.

Y arrancarás, Dios mío,
De mi pecho el cruel remordimiento
Por la sangre que impío
Derramó mi ardimiento,
Y mi boca abrirás con noble acento.

Triunfante en mi ventura
Cantaré largamente tus loores,
Y á la senda segura
Traeré los pecadores,
Tu poder celebrando y tus favores.

Víctimas te ofreciera
Si á expïar alcanzaran mi delito;
Sé que más placentera
A tu amor infinito
Es la humildad del corazón contrito.

¡Ay! no la maldad nuéstra
Impida que á Sïon se abra abundante
En dones tu alta diestra:
Da, Señor, que levante
El sacro muro tu ciudad triunfante.

Entonces sacrificios
Se harán por tus mercedes singulares,
Y con ojos propicios
De ofrendas á millares
Contemplarás cubiertos tus altares.

---

## II

## GRANDEZA DE DIOS (1)

(DAVID)

¡Bendice, oh alma mía,
Bendice de tu Dios la omnipotencia,
Y difunde con ecos de alegría
Su sabia providencia!
Es ¡oh Señor! la inmensidad tu asiento;
La luz tu vestidura;
Tarima de tus pies el firmamento;
De tu querer el universo hechura.
Las brillantes estrellas
Son de tus pasos luminosas huellas;
Tus ministros los fúlgidos querubes;
Tus agentes los puros elementos;
Tus carrozas las nubes;
Tus corceles los vientos.

Tu mano abrió las puertas de la aurora;
Tu dedo al sol le señaló carrera,
Haciendo que su luz germinadora
La vida difundiera;

(1) Imitación del Salmo CIII.



José Rojas

Y al eco de tu acento sacrosanto
La noche triste y grave
Acudió envuelta en majestuoso manto,
Brindando al mundo con su paz süave.

Mandaste al mar que fuera,
Y el mar se alzó rugiente
Cual si á los astros apagar quisiera;
Mas allí do tu diestra omnipotente
De arena humilde le trazó barrera,
Allí rompe los ímpetus pujantes,
Y con ronco gemir rinde obediente
Sus olas espumantes.
Por la ecuórea llanura
Nadan seres sin cuento,
Que hallan albergues en su sima oscura
Y en sus salobres ondas alimento;
Mientras las surca lento,
Alzando al resollar chorros de espumas
El gran monstruo marino
Que reina entre las olas y las brumas;
Y naves arrogantes
Tendiendo al aire su turgente lino,
Hacia playas distantes
Se abren entre ellas líquido camino.

Tú alzaste las montañas;
Tú extendiste los llanos;
Tú henchiste de la tierra las entrañas

Con preciosos metales;
Tú la cubriste de árboles lozanos,
Plantas medicinales,
Salutíferas hierbas que sustentan
A brutos numerosos,
Flores fragantes, que á la par que ostentan
Matices primorosos,
Con que á los campos esmaltar te plugo,
Le brindan en sus senos virginales
A la industriosa abeja el grato jugo
Que convierte en dulcísimos panales.

Tú haces, en fin, que la fecunda tierra,
Que tesoros encierra,
Cumpliendo tus designios soberanos,
Brote, cual madre amante,
El pan del hombre en suculentos granos;
Y aun más próvida y rica,
El vino—que restaura y fortifica—
En los racimos de la vid flotante.

Tú haces correr las fuentes
Por los valles umbríos;
Tú señalas el curso de los ríos
Regando las campiñas; Tú despeñas
En sonoras cascadas los torrentes,
Y hasta del centro de las rudas peñas
Desatas manantiales
En que apagan su sed los animales,

Y á cuyo placidísimo murmullo
Desde su nido, que en la roca esconde,
La enamorada tórtola responde
Con querelloso arrullo.

En lóbregas honduras
El topo sabe procurarse asilo;
Trepa ligero el corzo á las alturas;
Busca albergue tranquilo
La liebre temerosa entre las breñas;
En los ásperos montes el venado;
El cuervo en agujeros de las peñas:
Y al ejército alado
Le anuncian la estación de los amores
Bandadas de cigüeñas,
Que antes que broten las primeras flores
Van á dejar sus nidos
De las ramas del cedro suspendidos.

Cuando la noche espesa
Envuelve al mundo en lúgubres crespones,
Demandando su presa
Se lanzan de sus grutas los leones:
Mas cuando el alba pura
Se asoma por las puertas del Oriente,
La caterva rugiente
Torna en tropel á su guarida oscura;
Y sin recelo el hombre
Que al trabajo condenas,

Sale á emprender sus útiles faenas,
Bendiciendo tu nombre.

¡ Cómo brilla tu sabia providencia
En tus obras sublimes,
Y cómo el sello de tu gran clemencia
En todas ellas poderoso imprimes !
¡ Tú eres, mi Dios, Tú eres
El padre universal ! Todos los seres
Claman á Ti, por su alimento, y vano
Nunca fué su clamor. Tú abres la mano
Y se sacian de bienes,
Que para todos preparados tienes ;
Mas si de ellos se aleja tu mirada,
Túrbanse al punto con pavor profundo ;
Y si retiras tu hálito fecundo
Se vuelven á la nada.
Que es tu soplo la vida ;
Tu voluntad la ley del Universo ;
Y tu bondad—que del insecto cuida—
Ni aun del hombre perverso
Que tu poder desconoció, se olvida.

¡ Mas huyan los ingratos !
¡ Disípense cual humo los impíos !
Y tú ¡ Fe santa ! con mayores bríos,
De la esperanza á los acentos gratos,
Por cuanto alumbra el sol y el mar abarca
Tiende las alas con que al cielo subes,

Clamando :—" ¡ Gloria al inmortal Monarca
Cuyos agentes son los elementos;
Sus ministros los fúlgidos querubes,
    Sus carrozas las nubes,
    Sus corceles los vientos!
    ¡Gloria al Rey de la altura,
    Cuyas sagradas huellas
    Son lucientes estrellas;
    La luz su vestidura;
    La inmensidad su asiento;
Tarima de sus pies el firmamento;
De su querer el universo hechura!"

*Gertrudis G. de Avellaneda.*

III

DIES IRAE

Aquel día tremebundo
Deshará en pavesa el mundo:
    Cumpliráse cuanto avisa
    Con David la Profetisa.

¡Cómo el alma se amedrenta
Viendo al Juez que se presenta
A pedir estrecha cuenta!

Sonará por los desiertos
La trompeta de los muertos,
Que ante el trono acuden yertos.

A la Muerte y la Natura
Pondrá espanto la criatura
Que dejó la sepultura.

Abriráse un libro, donde
En los crímenes se ahonde
De que el mundo infiel responde.

Cuando el Juez esté sentado,
No habrá ante él ningún pecado
Defendido ni olvidado.

¿Qué dirá mi lengua muda?
¿Quién habrá que allí me acuda,
Si, aun el justo, mal se escuda?

Rey de inmenso poderío,
Que haces gracia á tu albedrío,
¡Sálva, sálvame, Dios mío!

¡Buen Jesús! para juzgarme,
Lo que hiciste por salvarme
De rigores te desarme.

Sin descanso me has buscado;
Fuiste en cruz por mí clavado;
No malogres tu cuidado.

Justo Juez de la venganza,
Dáme, dáme confianza,
Aun no alzada la balanza.

Es de reo mi gemido;
De vergüenza enrojecido,
Otra vez perdón te pido.

Si á María tú absolviste,
Si al ladrón propicio oíste,
¡Ay! á mí también me asíste.

Meritorio no es mi ruego;
A tu gran piedad me entrego;
No arda yo en eterno fuego.

Entre ovejas numerado,
De cabritos separado,
Dáme asiento al diestro lado.

Condenados los malditos
A tormentos infinitos,
Ponme tú con los benditos.

Óro humilde hasta la muerte,
Polvo es ya mi pecho inerte;
Tú decide de mi suerte.

Aquel día lacrimoso,
Reo el hombre temeroso
Se alzará del polvo frío;
¡Sálva, sálvame, Dios mío!

Dáles, Jesús piadoso,
El eterno reposo.

## IV

### LA SALVE (1)

¡ Salve, oh Virgen María !
¡ Salve, Reina inmortal del alto cielo,
Madre de Dios, del ángel alegría,
De los hombres consuelo !
Déja que con los ángeles el hombre
Te salude y te nombre :
¡ Salve, Reina inmortal, salve, María !

Virgen, tú nuestra vida,
Tú eres nuestra salud. ¿ Sin ti qué hiciera
La pobre humanidad ? Ciega y perdida
En sombras falleciera.
Tú al Dragón quebrantaste la garganta,
Virgen, con tierna planta :
¡ Tú eres nuestra salud, tú nuestra vida !

Tú eres nuestra dulzura ;
Tú, Madre de piedad, nuestra esperanza.
Tus favores, bondades y ternura,
¿ Quién á decir alcanza ?

(1) Paráfrasis.

Tú, bendita entre todas las mujeres,
    Nuestra dulzura ëres,
¡Tú, Madre de piedad, nuestra esperanza!

    Señora, á ti clamamos
Los hijos de Eva en nuestro valle triste.
¡Oh Madre! á ti los ojos levantamos;
    Nuestra flaqueza asiste.
Sí; peregrinos, de la patria ausentes,
    Con lágrimas ardientes
Los ojos levantando, á ti clamamos.

    Clamamos; caen al suelo
Lágrimas de dolor, hondo gemido
Brota de nuestro labio y sube al cielo.
    No entregues al olvido,
Tú que lloraste al pie del leño santo,
    Tú que sufriste tánto,
Nuestras lágrimas, ¡ay! nuestro gemido.

    Tú eres nuestra abogada,
Tus claros ojos vuélvenos, María;
Y al fin de nuestra mísera jornada,
    Muéstranos, Virgen pía,
El fruto santo de tu seno, fuente
    De luz indeficiente:
¡Tú que eres nuestro bien, Virgen María!

---

## V

## INVOCACION A CRISTO

(RACINE)

El sol disipa la tiniebla oscura,
Y penetrando el ámbito profundo,
El velo rasga que cubrió á Natura,
Y vuelve los colores y hermosura
    Al universo mundo.

¡Oh, de las almas, Cristo, única lumbre!
¡A ti solo el honor y adoraciones!
Nuestra humilde oración llegue á tu cumbre;
Ríndanse á tu dichosa servidumbre
    Todos los corazones.

Si hay almas que vacilen, fuerza dáles;
Y haz que uniendo las manos inocentes,
Dignamente tus glorias inmortales
Cantemos, y los bienes que á raudales
    Dispensas á las gentes.

## VI

### INVOCACION A LA DIVINA LUZ

( NEWMAN )

Guíame entre el horror que me circunda,
¡ Oh benéfica Luz !
Lejos mi hogar ; la oscuridad profunda ;
¡ Guía, guíame Tú !
Mis pasos guarda : espléndidas escenas
No ambiciono ; á mi anhelo basta apenas
Mover el pie por senda de virtud.

No siempre anduve así : yo no pedía
Que me guïases Tú ;
Tomar gustaba y discernir la vía ;
Mas hoy ¡ guíame Tú !
Amaba yo del sol los resplandores,
Y lanzábame ajeno de temores ;
¡ Olvida mi pasada juventud !

El camino bendito que tú enseñas
Alumbrarás aún ;
¡ Por fangales, torrentes, bosques, breñas,

Guía, guíame Tú,
Hasta que el Angel que seguí yo un día
Y huyó después, de nuevo me sonría,
Disipada la noche, el cielo azul!

## VII

## LA ORACION

(J. MONTGOMERY)

La oración es voz del alma,
Ya palabras lleve ó nó,
De una llama que arde oculta
Generosa vibración.

Un suspiro que se exhala,
Una lágrima de amor,
La mirada que elevamos
Cuando vemos solo á Dios.

De la fe vital aliento,
Familiar inspiración;
Lo primero, lo más dulce
Que el infante balbució.

Salvaguardia del que deja
Este valle de dolor;

Llave de oro que lë abre
  Serenísima región.

El clamor regocijado
  Del que al vicio dijo adiós;
El incienso que en sus alas
  Lleva el ángel al Señor.

En palabras, mente y obras
  Los que ruegan úno son,
Y en su gremio los iguala
  El divino Redentor.

Y no es sólo de la tierra
  La virtud de la oración;
Quien nos ama desde el cielo
  Intercede allá por nós.

¡Oh Verdad, Camino y Vida,
  Ejemplar de perfección!
¡Buen Jesús! á orar enseña
  Al contrito pecador.

Cual rodando van los ríos
  Hacia el mar, así veloz
Huye el tiempo, y yace el hombre
  En letárgico sopor;

Yace el hombre, hasta que suene
  La final trompeta, y ¡oh!
¡Cuál será el crujir del orbe!
  ¡Cuál la horrenda convulsión!

¡Guarda, guárdame, Dios mío,
Mientras pasa tu furor,
Y á mis súplicas concede
La esperanza del perdón!

## VIII

### LA ORACION DEL ESCEPTICO (1)

(SULLY-PRUDHOMME)

¡Qué horror! Mi duda insulta al Dios que anhelo.
Yo necesito orar; ¡estoy tan solo!
Yo te busco, Señor, en mi camino.
¿Dónde estás? ¿dónde estás? Caigo de hinojos,
Junto las manos y la frente inclino.

(1) Fragmento.

## IX

## CANTO EN HONOR DE SANTA CECILIA

( DRYDEN )

De armonía, de célica armonía,
La fábrica brotó del universo.
Cuando en revuelto caos
De discordantes átomos yacía
Atónita Natura
Y alzar el ciego rostro aun no podía,
Plácido acento resonó en la altura:
"¡Los que nunca habéis sido, levantaos!"
Cada elemento al punto, antes disperso,
Húmedo ú seco, frígido ó ardiente,
Salió en orden luciente
A tomar puesto en la extensión vacía,
Al poder de la música obediente.
De armonía, de célica armonía,
Brotó el mundo, y cesó la noche densa;
De una en otra armonía
Recorrió la creación escala inmensa
Hasta llegar al sér que siente y piensa.

La Música divina
¿Qué pasión no despierta y no domina?
Cuando Jubal glorioso
El arpa de canoras cuerdas hizo,
En torno sus hermanos le escucharon,
Y hasta el polvo las frentes inclinaron
Reverenciando el soberano hechizo.
Que no menos que un dios imaginaron
Guardase aquel portento
Que les hablaba con tan dulce aliento.
La Música divina
¿Qué pasión no despierta y no domina?

Manda bélica trompa
Que ya la lid se rompa,
Y la cólera aviva, y la batalla
Cual tempestad estalla.
El redoblar, el redoblar tremendo
De roncos atambores
Anima á los porfiados lidiadores,
¡Adelante! ¡adelante! repitiendo.

Dulcísima consuena
La flauta gemidora
Con la amorosa pena
Del que tímido adora,
Del que esperanzas llora.

Violín sonoro expresa
Impetus del que ama

A desdeñosa dama;
Los celos de que es presa,
La rabia que le inflama.

¿Mas dónde está la ciencia
Que enseñe, ó dónde humano digno acento
Que del órgano diga la excelencia?
Notas graves que santo amor infunden,
Notas que se difunden
En las alas del viento
Y á afinar van el celestial concento.
Con su cítara Orfeo
Las fieras amansó que el bosque cría,
Y el roble giganteo
Descuajado y absorto le seguía.
Mas Cecilia alcanzó mayor victoria:
Cuando aliento vocal se dió al teclado,
Un ángel escuchábala, y pasmado
Tomó la tierra por mansión de gloria.

CORO.

Como á impulso de cantos celestiales
Nacieron las esferas,
Y en movimiento acorde placenteras
De la Fuerza Creadora
Cantaron alabanzas inmortales;
Así cuando la hora
De final destrucción llegue tremenda,
Y la trompeta clamorosa hienda

Los ámbitos desiertos,
Despertarán los muertos,
Caerán los vivos yertos,
Y con trueno la Música profundo
Conmoverá las bóvedas del mundo.

X

## HIMNO DE LA CIUDAD

(BRYANT)

No sólo en yermo llano,
Ni allá en selvoso apartamiento esquivo,
El pensamiento humano
Puede á Dios contemplar presente y vivo;
Ni sólo oye su acento
Donde la onda retumba y silba el viento.

También aquí presente
Yo te adoro ¡ Señor ! aquí te miro,
Donde bulle la gente
Con vasta resonancia y vario giro
Entre muros, do ufana
Puso su sello audaz la industria humana.

Tu luz, vertida á mares
Del combo cielo, la ciudad inunda,
Penetra los hogares,
Espacio lleno de aire nos circunda;
Por ti el mar sus tributos
Nos da, y las costas sus preñados frutos.

Goza vital aliento
Tanto agrupado sér, y á ti lo debe;
Y el sordo movimiento
De inmensa multitud que habla y se mueve,
Tu alto poder proclama
Cual tormenta que zumba ó mar que brama.

Y á la hora del descanso,
Cual duerme la alta mar, cesa el tumulto;
Y aquel silencio manso,
Obra tuya también, te ofrece culto;
Tú, soberano dueño,
De la inerte ciudad guardas el sueño.

---

## XI

## ASPIRACION

(EUGENIA DE GUERIN)

¡ Qué grande mi desierto !
  Mi cielo inmensidad.
¿ Qué águila sin cansarse
  Tal vuelta habrá de dar ?

Caben en este cerco
  Mil ciudades y más ;
Mi corazón no cabe,
  Y abalánzase allá.

¿ Adónde, adónde tiende ?
  ¡ Oh, la meta enseñad !
Sigue el fúlgido rastro
  De exhalación fugaz ;

Veloz espacios cruza
  Que no soñó el mortal,
Y en pos del ángel vuela,
  Y á Dios buscando va.

## XII

## CANTANDO SIEMPRE

(EUGENIA DE GUERIN)

Vuelve el barco á las olas,
 Vuelve el pardillo al soto;
Y yo á mi lira siempre,
 Siempre á mi lira torno.

Dios, de una alma sensible,
 La hizo aliento sonoro;
De Dios las alabanzas,
 Ave de paso, entono.

De simples cantarcillos
 Yo mis cantos compongo;
De bullidoras fuentes
 La música recojo.

La voz de opaca selva
 En escuchar me gozo,
La tórtola que gime,
 Del trueno el eco ronco;

Al zumbador insecto
  Entiendo, al viento sordo;
Y al balbucir del niño
  Me inclino, y le respondo.

Atiendo yo en la iglesia
  Al órgano armonioso
Cuando al sacro banquete
  Asiste el virgen coro.

¡Almas que amáis el cielo!
  Yo escucho vuestros votos,
Yo con vuestros suspiros
  Piadosos himnos formo.

## XIII

## EXCELSIOR

(LONGFELLOW)

Llega de noche á una aldea
Del Alpe, un joven; flamea
En la bandera que empina
Esta cifra peregrina:
  ¡Excelsior!

Triste su faz; su mirada
Brilla cual desnuda espada;
Su voz de clarín el viento
Hiere con extraño acento:
¡ Excelsior !

Hogares dichosos mira,
Donde gozo el fuego inspira:
Fantasmas la noche oscura
Fíngele en torno; y murmura:
¡ Excelsior !

Dícele un viejo: "¡ Detente !
¡ Desbordado va el torrente,
Cerca la tormenta brama !"
Y él, con nuevo aliento, exclama:
¡ Excelsior !

"Tu frente en mi seno posa,"
Ruégale doncella hermosa;
Fugaz lágrima reluce
En su ojo azul, y balbuce:
¡ Excelsior !

Adelantándose al día
Su oración renuevan pía
Los monjes de San Bernardo,
Y aun grita el doncel gallardo:
¡ Excelsior !

Fiel mastín al joven yerto
Halló, de nieve cubierto;
La mano del infelice
Aferra el pendón que dice:
¡Excelsior!

Hermoso yace, aunque inerte,
A la luz que el alba vierte,
Y esta voz cual meteoro
Baja del celeste coro,
¡Excelsior!

## XIV

## EL HIMNO DE LA VIDA

(LONGFELLOW)

Plañidero no me cantes:
"Sueño es vano la existencia;
Las imágenes engañan,
"Como muerto está el que sueña."

Vida cierta aquí vivimos,
No es la tumba nuestra meta;
*¡Polvo vil, al polvo torna!*
Contra el alma no es sentencia.

No es misión ni fin del hombre
El placer ni la tristeza;

Sí el trabajo, y que otro día
  Que otro paso dimos, vea.

Largo el Arte, el Tiempo breve.
  ¿Corazón que fuerte alienta,
Tambor sordo, marcha fúnebre
  Redoblando irá á la huesa?

En el campo de batalla
  Del vivir, no el hombre sea
Muda res bajo el cayado,
  Sino el héroe de la guerra.

No el Futuro te fascine,
  El Pasado muerto deja;
Trabajando en el Presente
  Ten valor, y en Dios espera.

De hombres grandes las historias
  A ser grandes nos enseñan,
Y á dejar también del tiempo
  Nuestros pasos en la arena.

Y ese rastro en el desierto,
  Quien perdido ya se crea,
Mirará, y á la obra santa
  Volverá con fuerzas nuevas.

¡Ea! ¡Todos al trabajo
  Sin desánimo ni tregua!
¡Veteranos de la vida,
  Arma al brazo, y á la brecha!

## XV

## MARTE

(LONGFELLOW)

Lenta se avanza la Noche
  Con gran silencio, y la luna
Pálida en el dombo etéreo
  Su menguada faz oculta.

Sola la luz de los astros
  Cielo y tierra fría alumbra,
Y Marte, el rojo planeta,
  Lugar preeminente ocupa.

¿Es del amor y los sueños
  Ese el astro por ventura?
No; que armado un héroe brilla
  Tras esa tienda cerúlea.

Cuando mis ojos contemplan
  En la soledad nocturna,
Suspensa en el éter vago
  Tu centellante armadura,

¡ Numen del valor sereno !
Entiendo tus señas mudas,
Siento que mis fuerzas crecen,
Cesa el afán que me turba.

Sola la luz de los astros
Fría mi espíritu alumbra,
Y Marte, el rojo planeta,
Lugar preeminente ocupa.

Él, con la calma que inspira,
Me domina y me subyuga,
Como símbolo de firme
Voluntad que calla y triunfa.

¡ Oh, tú, quienquiera que seas
Que este mi cantar escuchas,
Si tus bellas esperanzas
Viste morir una á una,

Cobra el ánimo perdido,
Vuelve esforzado á la lucha.
¡ Gloria al hombre que combate
Siempre, y no desmaya nunca !

---

## XVI

## A ORACIONES

(SRA. HEMANS)

Niño hermoso, que entre flores
  Mientras luz te alcanza, triscas;
Tierna madre, que en silencio
  Con atento amor vigilas;
Buen señor, á quien las horas
  Del descanso ya convidan,
Orad todos, orad todos,
  Mientras muere y pasa el día;
Levantad los corazones,
  ¡ De rodillas, de rodillas !

Peregrino en tierra extraña,
  Sin hogar y sin familia;
Huerfanillo á quien doquiera
  Llaman voces de otra vida;
Prisionero cuya estancia
  Solar rayo no visita;
Navegante que te engolfas
  En inmensa mar sombría,

Levantad los corazones,
¡ De rodillas, de rodillas !

Guerreador que del combate
Con la tarde ya respiras ;
Fiel mujer que en el cruento
Campo vagas dolorida ;
Tú, el que triunfas, tú, que lloras ;
Pues común destino os liga,
Y una estrella igual á todos
De esperanza luz envía,
Levantad los corazones,
¡ De rodillas, de rodillas !

## XVII

## EL CEMENTERIO DE LA ALDEA.

( GRAY )

Ya de la queda el toque reposado
Anuncia el fin del moribundo día,
Y por la loma el mugidor ganado
Camina lentamente á la alquería.

El cansado gañán por el sendero
Torna á su pobre choza con premura,

Y abandonando el universo entero
  A mí lo deja y á la noche oscura.

Turbio, indistinto miro por doquiera
  Borrarse ya el paisaje antes hermoso :
El viento duerme ; en derredor impera
  Quietud solemne, funeral reposo.

Y sólo se oye el vuelo y el zumbido
  De la cigarra en los pelados cerros,
Y del rebaño en el lejano ejido
  El soñoliento són de los cencerros ;

O ya, de aquella torre que abrazada
  La hiedra tiene con verdor lascivo,
Que alza á la luna blanca y argentada
  Su amarga queja el buho pensativo,

Contra los que profanos y atrevidos
  Quebrando con sus pasos el misterio
De estos bosques hojosos y escondidos,
  Turban su antiguo y solitario imperio.

Bajo de aquellos álamos nudosos,
  Del tejo melancólico á la sombra
Donde se alza en mogotes numerosos
  El césped verde en desigual alfombra,

En su estrecha morada colocados
  Bajo la humilde cruz que allí campea,
Descansan sin afanes ni cuidados,
  Los rústicos abuelos de la aldea.

El leve soplo, el plácido gemido
  Del viento en la aromática mañana;
La golondrina en el pajizo nido
  Sus dulces trinos repitiendo ufana;

La aguda voz del gallo vigilante,
  La ronca trompa y el clarín risueño,
No alcanzarán ya más un solo instante
  A despertarlos de su eterno sueño.

No más para ellos el hogar sagrado
  Dará su alegre fuego en el invierno,
Ni de la esposa el sin igual cuidado
  Les mostrará su afán y afecto tierno;

Ni sus niños con pláticas sencillas
  Esperarán con mágico embeleso,
Para trepar después á sus rodillas
  Y disputar el envidiado beso.

¡Cuántas veces la espiga ya madura
  Dobló á sus hoces la cerviz dorada!
¡Cuántas otras la gleba inerte y dura
  Rompió su reja y quebrantó su azada!

¡Oh, cuál gozaban al lanzar con brío
  En el abierto surco el rubio grano!
Y cómo resonaba el monte umbrío
  Del hacha al golpe en su robusta mano!

No la ambición se mofe envanecida
  Con insultante risa y gesto duro,

De los humildes goces de su vida,
Y destino pacífico y oscuro.

Ni escuche desdeñosa la grandeza,
A quien ciegos adoran los mortales,
Torciendo con desprecio la cabeza,
Del pobre los domésticos anales.

El fausto de alta alcurnia, el gran tesoro,
Y del poder la pompa soberana,
Y cuanto la hermosura y cuanto el oro
Dar han podido á la ambición humana,

Todo tiene la misma triste historia,
Todo en un mismo fin acaba y cesa,
Y la senda brillante de la gloria
Sólo conduce á la profunda huesa.

Ni los culpéis ¡ oh vanos y orgullosos !
Si sus tumbas no adorna un monumento
Con trofeos lucidos y vistosos
Que á la voz de la fama den aliento,

En vasto templo, al esplendor radiante
De la luz que refleja en jaspe y oro,
Donde en la inmensa nave resonante
Se oye el clamor del órgano sonoro.

¿ Pueden marmóreo busto, urna esculpida,
En donde el arte sus primores vierte,
Volver á dar respiración y vida
Al que duerme en el seno de la muerte ?

¿Pueden vagos y estériles honores
  A esos huesos tornar su antiguo brío,
Y hacerse oír los ecos seductores
  De la lisonja, en el sepulcro frío?

Talvez en ese sitio despreciado
  Descansa un corazón noble y hermoso,
De sacro fuego celestial colmado,
  Y lleno de entusiasmo generoso.

Talvez se pudren manos que pudieran
  Regir el cetro augusto dignamente,
Que si las cuerdas de la lira hirieran,
  Excitaran un éxtasis ferviente.

Pero á sus ojos el saber divino
  Que guarda de los tiempos el tesoro,
Ni abrió su libro, ni mostró el camino
  Que guía adonde crece el lauro de oro.

Su altiva inspiración con ceño adusto
  Heló la triste y mísera pobreza,
Y la suerte secó con soplo injusto
  El raudal que les dió naturaleza.

¡Cuánta perla gentil, rica y lozana,
  De puro brillo y esplendor sereno,
Vedada siempre á la codicia humana
  Guarda la mar en su profundo seno!

¡Ay, cuánta flor ostenta sus primores
  En retirado valle sola y triste,

Y en medio de su aroma y sus colores
  Nadie la mira y para nadie existe!

Aquí talvez un Hampden campesino
  Yace, cuyo vigor y noble celo
Supieron contener en su camino
  De la aldea al soberbio tiranuelo;

Algún oscuro Milton escondido
  Cuya alma no inflamó fuego sagrado;
Un Cromwell para el mal desconocido,
  Y de la sangre patria no manchado.

El aplauso arrancar con elocuencia
  De un Senado suspenso á sus acentos,
Despreciar con heroica indiferencia
  La flecha del dolor y los tormentos;

Sobre un país risueño y delicioso
  Derramar la abundancia sin medida,
Leer su historia escrita en el gozoso
  Rostro de una nación agradecida,

La suerte les vedó. Ceñidas fueron
  Sus virtudes á límites estrechos,
Ni más allá sus faltas se extendieron
  Del corto asilo de sus pobres techos.

Ni por sendas de víctimas cubiertas
  Subieron á la cumbre soberana,
Ni de la tierna compasión las puertas
  Cerraron nunca á la miseria humana.

Ni supieron ahogar con agonía
De la conciencia el grito penetrante,
Ni el incienso de dulce poesía
Rendir ante el altar del arrogante.

Lejos del mundo vil que despreciaron
Y de su hueco orgullo y desvarío,
Sus modestos deseos los salvaron
De locura, de error y de extravío.

Y por los valles frescos y frondosos
De la humana existencia, en el retiro,
Siguieron su camino silenciosos
Hasta exhalar el postrimer suspiro.

Mas para proteger de insulto impío
Estos huesos, aun miro levantadas
Pobres memorias que su polvo frío
Cubren con tosca gala ornamentadas.

Y contemplo en sus verdes sepulturas
Que cuidó amiga mano con esmero,
Rudos versos, informes esculturas
Que mueven á piedad al pasajero.

Una rústica Musa aquí ha grabado
Sus nombres y su edad, breve memoria
Que sustituye al canto levantado,
Y al rumor de la fama y de la gloria.

Y veo en otras piedras, entretanto
Que estas tristes reliquias examino,

Textos que nos ofrece el Libro Santo
  Y enseñan á morir al campesino.

Porque ¿quién al mirarse condenado
  A amarga soledad y eterno olvido,
Del todo y para siempre ha renunciado
  A recordar las horas que ha vivido?

¿Quién, al perder el gozo y la alegría
  Del claro sol y del brillante cielo,
No lanzó una mirada en su agonía
  Y no tornó sus ojos hacia el suelo?

¡Ay! cuando el alma su morada deja,
  Pide tierno cariño en su quebranto,
La turbia vista en lamentable queja
  Demanda el dón de compasivo llanto.

Hasta en el fondo de la tumba helada
  Su augusta voz levanta la Natura,
Y en las yertas cenizas abrigada
  La llama está de amor y de ternura.

Tú, que haciendo memoria de los muertos
  Sin honor á la tierra encomendados,
En estos versos, si sencillos, ciertos,
  Sus vidas cuentas é inocentes hados;

Si un corazón simpático, embebido
  Y á solas meditando aquí llegare,
Y por la suerte y fin que te ha cabido
  Con cariñoso anhelo preguntare;

Talvez responda á su demanda pía
Un anciano pastor con triste acento:
" Aquí mil veces al rayar el día
Satisfecho le vimos y contento;

" Ya hollando con sus pasos presurosos
El rocío, á la brisa matutina,
Para gozar los rayos deliciosos
Del sol naciente en la gentil colina;

" O del flexible fresno al pie sentado,
Cuyas raíces viejas y torcidas
Se extienden caprichosas por el prado
En la grama vivaz entretejidas;

" De la mañana pura al fresco ambiente,
A la margen del plácido arroyuelo,
Contemplando el cristal de la corriente
Que retrata los árboles y el cielo.

" Ora en el bosque umbroso recostado
Con amargo desprecio sonreía,
Ora en sus pensamientos abismado
Los solitarios campos recorría;

" En ocasiones grave, en otras ledo,
Siempre en continua y desigual mudanza,
Ya inspirando piedad, ya horror y miedo,
Como herido de amor sin esperanza.

" Un día en la colina acostumbrada
Le perdimos de vista, y le buscámos,

Y la pradera verde y esmaltada
  Y el árbol favorito visitámos.

"Y corrió un día más, y ni á la orilla
  Del arroyo fugaz que frecuentaba,
Ni en el valle profundo que se humilla,
  Ni en el alto collado se encontraba.

"Hasta que al otro, en procesión doliente
  De la campana al són, con triste llanto,
Le vimos conducido lentamente
  Por la senda que guía al campo santo.

"Acércate, y pues sabes, su destino
  Leerás en la inscripción que ves escrita
En esa losa, bajo el viejo espino
  Cuya desnuda copa el viento agita."

EPITAFIO

Aquí reposa, y la cansada frente
  Reclina de la tierra sobre el seno,
Un mancebo ignorado de la gente,
  A la Fortuna y á la Fama ajeno.

Su pobre cuna, y de su infancia el llanto
  La ciencia no miró ceñuda y fría,
Y sobre él al nacer tendió su manto
  La santa y celestial Melancolía.

Fué su alma noble y pura; fué sincero
  Su corazón, y su piedad inmensa;

Y el cielo favorable y lisonjero,
Le concedió abundante recompensa.

De una sentida lágrima el consuelo—
Y era cuanto tenía—dió al mendigo;
Y mereció de la piedad del cielo—
Y era cuanto anhelaba—un buen amigo.

No su virtud y méritos explores
Escudriñando con afán curioso,
Ni pretendas sus frágiles errores
Sacar de este recinto pavoroso.

Los ha pesado en imparcial balanza
De la justicia el inflexible brazo,
Y reposan con trémula esperanza
De su padre y su Dios en el regazo.

*D. Hevia.*

## XVIII

## EL OCCIDENTE

(LAMARTINE)

Calmó el piélago undoso, como el hervor desmaya
De agua que el fuego enciende, si el fuego se enfrïó;
El onda, aun humeante, desanegó la playa,
Y á dormir en su lecho la mar se recogió.

Y de una nube en otra rodando el astro augusto,
Suspenso y ya sin rayos mostróse, y lento fué
Sumergiendo en las ondas el sanguinoso busto,
Como barco incendiado que zozobrar se ve.

Y la mitad del cielo palideció, y la brisa
Sobre la vela inmóvil cesó de resonar;
Avanzóse la noche, y en su sombra indecisa
Todo se fué perdiendo en cielo y tierra al par.

Y así como Natura, palideció mi alma;
Todo eco de la tierra calló dentro de mí,
Y yo, en silencio, á solas, en religiosa calma
Oraba, y daba gracias, canté, lloré, gemí.

Y abierta vi en ocaso tronera llameante,
Y en áureas oleadas glorioso resplandor,
Y vi nubes de púrpura cual pabellón flotante
Que inextinguible hoguera cubriese en derredor.

Y vientos, nubes, ondas, cuanto Natura cría,
Hacia el arco de fuego moverse vi en tropel,
Cual si todos los seres, morir sintiendo el día,
Corriesen, temerosos de perecer con él.

Vi hacia allá el polvo seco volar; sobre la onda
Flotando en albos copos la espuma contemplé;
Y, allá también tendiendo mi triste, errante y honda
Mirada, vertí lágrimas, no sé decir porqué.

Y despareció todo. Mi espíritu vacío
Quedó, sintiendo entorno desierta inmensidad,
Y un pensamiento entonces se alzó aislado y sombrío,
Cual pirámide en medio de vasta soledad.

Luz, ¿adónde caminas? ¿Dó van nubes y vientos,
El polvo de la tierra, la espuma de la mar?
Vagas miradas mías, internos sentimientos,
¿Adónde vamos todos, decidme, á descansar?

¡A ti, Sér de los seres, de quien sombra es apenas
El sol, y soplo breve cuanto se mueve aquí!
¡Flujo y reflujo eterno de oleadas siempre llenas,
Todo, de ti saliendo, torna á abismarse en ti!

## XIX

## MEMORIAS DE LOS MUERTOS

(LAMARTINE)

Ved cómo á la tierra va
Hoja tras hoja cayendo;
Cómo la brisa gimiendo
De los valles se alza ya.
Ved la golondrina allá
Rasando en veloz huída
La faz del lago dormida;
Ved al rapaz de la choza
Entresacar de la broza
Leña del árbol caída.

Ya el boscaje no estremece
La fuente con sordos ecos ;
En desabrigados huecos
Muda el ave se guarece :
No bien el sol aparece,
A sepultarse camina ;
Anochecida neblina
Le emboza, y de cuando en cuando
Anúnciase, despertando
Con luz enferma y mezquina.

Auras no alienta la aurora
Ni matiza sus celajes ;
Entre mustios cortinajes
Muere la tarde incolora.
En la mar inmensa ahora
Ni un esquife se refleja ;
Campo agostado semeja,
Y sobre la sorda playa
Sombría la onda desmaya
Y parece que se queja.

No halla purpúreo tomillo
La ovejuela en el collado ;
Roba el zarzal erizado
Su vellón al corderillo ;
Ni de agreste caramillo
Voz que melódica trina
Músico zagal afina
Recogiendo su rebaño.

¡Así marchítase el año!
¡Así la vida declina!

Al furor del vendaval
¿Qué hay que no ceda y sucumba?
Siento venir de la tumba
También un cierzo invernal,
A cuyo soplo glacial
Hombres caen ciento á ciento.
La reina del firmamento
Así sus plumas renueva,
Y las que pierde, las lleva
Como inútiles, el viento.

En esta misma estación
Os vi pálidos ayer
¡Oh dulces frutos! caer
Sin llegar á granazón.
Mozo, á una generación
Solitario sobrevivo;
Y cuando el recuerdo avivo
De seres que tanto amo,
Con muda intención los llamo
Y miro *allá* pensativo.

Su tumba está en la colina,
La senda conozco bien.
¿Mas yacen ellos también?
¿Allí su esencia divina?
Torna el ave peregrina

Que cruza espacios desiertos;
Otra vez á nuestros puertos
Barcos vendrán que zarparon;
¡Y la línea que salvaron
Nunca repasan los muertos!

¡Ah! mientras frío mortal
Todo infunde; mientras cruje
Árida rama, al empuje
De la ráfaga otoñal;
Mientras rueda funeral
Són de campana profundo
En tinieblas, yo errabundo
Por el bosque avanzo á solas,
Y en rumor de vientos y olas
Oigo la voz de otro mundo.

Si mal los sentidos lentos
Esa voz perciben vaga,
A el alma en secreto halaga
Con más íntimos acentos.
Envuelven mil pensamientos
En la noche á el alma mía,
Remolinando á porfía
Cual hojas que el Boreas ronco
Secas restituye al tronco
A quien dieron lozanía.

Ya es la madre bendecida
Que á sus hijos busca errantes,

Y entre sus brazos, cual antes,
A descansar los convida.
Su boca el beso no olvida;
Seno que nido les fué
Latir por ellos se ve;
Su sonrisa vela el llanto;
Y habla su mirada: "¿Tanto
Os aman cual yo os amé?"

Ya es una novia, una flor,
Que, aun intacta su hermosura,
Fué trasplantada á la altura
Siempre pensando en su amor.
Siente en el cielo el dolor
De la ausencia, y vuelve atrás
Suspirando: "¿Adónde vas
Entre tinieblas perdido?
Nunca de ti me despido;
¡No me abandones jamás!"

Ora un amigo que el cielo
Nos dió, cuya compañía
Fuese en nuestras dudas guía
Y en nuestra aflicción consuelo:
Perdímosle, y ya en el suelo
Calor no hallamos ni abrigo;
Mas él, "Doquiera te sigo;
Si tu corazón se llena,
El alborozo ó la pena
¿Quién compartirá contigo?"

Ora el genitor amante
Que grave al partir nos nombra,
O de una hermana la sombra
Que en silencio va adelante.
A todos, hace un instante,
Atados en lazo estrecho
Nos abrigó un mismo techo;
Y hoy ¡cuán lejos del hogar
La frente han ido á posar
En frío y desierto lecho!

Con ellos el niño tierno
Cuya cuna está vacía,
Que inerte á la tumba fría
Cayó del seno materno.
Cuantos en descanso eterno
Yacen, desde el polvo helado
De aquel asilo sagrado
Talvez murmuran dolientes:
"¿Y vosotros los vivientes
Ya nos habéis olvidado?"

---

De olvido no os quejéis ¡oh manes caros!
¡Oh dulces prendas de entrañable amor!
Quien se olvide de sí, podrá olvidaros;
Para quien tenga lágrimas, lloraros
Es la dicha mayor.

En el oscuro viaje de la vida
Abre horizontes la pasada edad;
El alma, en dos porciones dividida,
Tras los sepulcros ve su más querida,
Su más bella mitad.

Si los que en vida nos amaron tanto
También hermanos en la ausencia son,
Por ellos ¡ oh Señor, tres veces santo!
¡ Dios suyo y de sus padres! va con llanto
A ti nuestra oración.

Siempre te amaron en sus breves días;
Imploraron tu gracia desde aquí,
Bendijeron tu mano cuando herías....
Tú, promesa inmortal, ¿ engañarías
Al que ha esperado en ti?

¡ Ay! ¿ nace su silencio de desvío?
¿ Olvidaron el valle del dolor?
¿ Cesan de amarnos?.... ¡ Pensamiento impío!
¿ No amarnos ellos desde allá, Dios mío,
Si tú eres todo amor?

Mas si hoy nos descubriesen su colmada
Felicidad, la posesión de Dios,
Querríamos con ala arrebatada,
Anticipando el fin de la jornada,
Volar de ellos en pos.

¿Qué astro sobre sus párpados reabiertos
Piadoso vierte bienhechora luz?
¿Flotan aún sobre la tierra inciertos?
¿O islas de ese Océano habitan, puertos
De eterna beatitud?

¿Embébense en la lumbre soberana,
Y los nombres dulcísimos que ayer
Les dábamos, de madre, esposa, hermana,
Perdieron ya, y á invocación humana
No habrán de responder?

Eres justo, Señor; y si en tu gloria
Por siempre nos hubiesen de olvidar,
También de nuestro pecho la memoria
Borrarías, y á imagen ilusoria
No alzáramos altar.

Parte les diste en nuestro bien terreno,
Parte en su dicha tu bondad nos dé;
Anéguense sus almas en tu seno,
¡Mas guarden siempre de nosotros lleno
Lugar que nuéstro fué!

Tiende sobre ellos manto de clemencia;
Pecaron; mas tu gracia es amplio dón.
De dolor y de amor fué su existencia:
El dolor reconquista la inocencia;
Amor sella el perdón.

———

En la terrenal morada,
Cual nosotros, crïaturas
Fueron débiles y oscuras;
Hombres, en fin, polvo, nada.
Si descubre tu mirada
En su vida algún error,
No con vara de rigor
Quieras medir su flaqueza;
¡Mira en ellos tu grandeza,
Y perdónalos, Señor!

Si tu protección retiras,
¿Quién permanece? Las rocas
Átomos son si las tocas,
Sombra la luz si la miras.
Á un amago de tus iras
Las puertas del firmamento
Retemblaron; si á tu acento
Acude inocencia alada,
Cubre su faz sonrojada
En tu santo acatamiento.

Tú sólo bastarte puedes
¡Dios eternal! á ti mismo;
Mas de tu amor el abismo
Acrecientan tus mercedes.
Un destello al sol concedes,
Y sigue á un día otro día;
Al tiempo, que edades cría,

Prestaste fecundidad,
Y él á la honda eternidad
Siglos y siglos envía.

¡Señor! de edades oscuras
Otras sacas florecientes,
Y á tu vista son presentes
Las pasadas y futuras.
Inmutable tú fulguras,
Y á par de tu ciencia arcana
¡Oh, cuán estulta, cuán vana
Fábrica labran los hombres,
Con los raquíticos nombres
*Ayer, ahora* y *mañana!*

¡Oh Padre! ¡oh Fuente de vida!
¡Centro de toda virtud!
No tomes tu excelsitud,
Cuando juzgues, por medida:
Si tu hechura desvalida
Comparece en tu presencia,
El peso de tu clemencia,
Toda, en la balanza pon,
¡Y resplandezca el perdón
Cual segunda omnipotencia!

---

## XX

## LA SOMBRA DE CORNELIA

### (PROPERCIO)

¡Oh Paulo! cesa de apremiar con llanto
Mi túmulo. No hay fuerza, no hay porfía
Que logre abrir los reinos del espanto.

El que desciende á la región umbría,
Al ambiente vital tornar no espera;
Puerta de bronce le cerró la vía.

Y aunque Plutón te oyese, ¿qué sirviera?
Bebería tus lágrimas oscura
Y sorda siempre la fatal ribera.

Mueve el ruego á los dioses de la altura;
Las esperanzas con la muerte acaban;
Cubre herboso tapiz la sepultura.

Esto fúnebres trompas recordaban,
Cuando las llamas de la pira odiosa
Mis mortales despojos devoraban.

¿Qué me valió de Paulo ser esposa?
¿Qué de mis padres la triunfal carrera?
¿Qué sirvió ejecutoria tan famosa?

¿Fué conmigo la Parca menos fiera?
¡Hé aquí la gran Cornelia es polvo hoy día
Que infantil mano levantar pudiera!

¡Averno sepulcral! ¡Noche sombría!
¡Triste cárcel! ¡Laguna indiferente!
¡Vos, algas, que ceñís la planta mía!

Bájo aquí sin sazón, pero inocente:
Mi sombra de Plutón logre acogida,
Menos severa su ceñuda frente.

Éaco agite ya la urna temida,
Y los jueces señale en el momento
Que han de juzgar de mi pasada vida.

Y Minos tome y Radamanto asiento,
Y, las fieras Euménides al lado,
Calle á mi voz el auditorio atento.

Sísifo logre en el fatal collado,
Ixión en su rueda, pausa grata,
Tántalo beba del raudal vedado;

No á las sombras Cerbero ronco lata,
Mas tomándole un punto sueño amigo,
La cadena se afloje que lë ata.

Yo misma me defiendo; y si es que digo,
Mi causa al abogar, mentira alguna,
Sufra de las Danaides el castigo.

Ilustre, si las hubo, fué mi cuna:
Fijaron mis abuelos Escipiones
En África y Numancia la fortuna;

Y por línea materna á los Libones,
Generosa progenie, erguirse veo,
Y ambas ramas compiten en blasones.

Cuando al fulgor del hacha de himeneo
Depuse la pretexta, y ruborosa
Vi adornarse mi sien de nuevo arreo,

Entonces, Paulo, me llamé tu esposa;
Como sombra pasé que se desliza;
PREMIÓ Á UN SOLO HOMBRE, se leerá en mi losa.

Invoco por testigo la ceniza
De aquellos héroes que sirviendo á Roma,
África, hicieron en tus campos riza;

Y la de aquel, que cuando Pérseo asoma
A Aquiles remedando, su ascendiente,
Su tienda abate y su arrogancia doma,

Que nunca á mi deber falté imprudente,
Que oculto en mi mansión ningún pecado
De mis Penates sonrojó la frente.

No: Cornelia no fué degenerado
Vástago de su raza; por ventura
Entre tantos modelos fué dechado.

Corrió mi vida igual, y siempre pura;
Tal la antorcha me halló del himeneo,
Y tal la que alumbró mi sepultura.

Que unida andaba con mi sangre creo
La virtud que heredé: no la acreciera
Temor de verme ante mis jueces reo.

Hoy no hará su sentencia, aunque severa,
Que pueda desdeñar mi compañía
La más noble mujer, la más austera:

Ni tú, doncella, que arrastraste un día
Con lazo desatado á tu cintura
La nave que Cibeles detenía;

Ni tú, vestal, que en tu virtud segura,
Extinta al ver la llama milagrosa,
Arrojaste, y ardió, tu vestidura.

Y tú, amada Escribonia, ¿alguna cosa
Hallaste impropia en la hija que perdiste,
O, excepto su partida, dolorosa?

Tu llanto me honra, y el lamento triste
Del pueblo todo, y la funérea rama
Con que César mi túmulo reviste.

César de su hija, en público, me llama
Digna hermana; y el pueblo oyó el gemido,
Y las lágrimas vió que un dios derrama.

De madre de varones el vestido
Fecunda esposa merecí: mi muerte
Desierto no dejó mi hogar querido.

¡Lépido, Paulo! al golpe de la suerte
Expiré en vuestros brazos, y ahora siento
Que resucito en vuestras almas fuerte.

Dos veces ocupó curul asiento
Mi hermano, y con el prez del consulado
Recibió de mi ausencia el sentimiento.

Tú, bien nacida á noble magistrado,
Ama, hija, y da tu mano á solo un hombre;
Guarda en mi ejemplo mi mejor legado;

Y dignos todos perpetuad mi nombre;—
Resignada me aparto de esa zona
Sin que la adusta eternidad me asombre.

El mejor galardón de una matrona
Es la fama que alzándose en su pira,
Su vida cuenta y su virtud corona.

Óyeme, ¡oh Paulo! por mis hijos mira;
Salva la tumba el sentimiento bello
Que aun estos votos á mi labio inspira.

Padre, haz veces de madre; fío en ello:
Las prendas que dejé, la madrë ida,
Correrán juntas á abrazar tu cuello.

Sus lágrimas enjuga, por tu vida,
Y dáles con tu beso el beso mío;
Mi prole toda en tu favor se anida.

Desata á solas comprimido río,
Y al volver, serenado ya el semblante,
Renueva las caricias manso y pío.

Para llorar ¿la noche no es bastante?
¿No basta esa vigilia ¡oh Paulo! y ese
Amargo sueño en que me ves delante?

Endulzar tu amargura no te pese;
Vé, y platica en secreto con mi busto,
Y díme todo cual si yo te oyese.

Hijos, si á vuestro padre viene en gusto
Llevar segunda esposa al puesto mío,
Madrastra para vos de ceño adusto,

Acatad humildosos su albedrío,
Y de ella, con cariño y mansedumbre,
Tornad amor el que empezó desvío.

Ni ensalcéis mi memoria por costumbre;
Que, lastimada, ella entender podría
En propia humillación cuanto me encumbre.

Mas si él, honrando mi ceniza fría,
Excusa hacer cuanto á mi sombra ofenda,
Fiel hoy y siempre á la memoria mía,

Allanad luégo á su vejez la senda,
Y orne de su viudez el despoblado
De todo vuestro amor constante ofrenda.

Vivid los años que me roba el hado;
Y consuelos disfrute sin medida
Mi esposo de mis hijos rodeado.

Nunca ausencia cruel lloré en mi vida;
Mi muerte fué en mi hogar primer vacío;
Todos lloraron mi final partida.

Y ceso. Atestiguando el dicho mío,
Alzáos los que me honráis con vuestro llanto:
Al lugar de mis padres ir confío
Si, fiel á mi deber, merezco tanto.

---

## XXI

## LA SEPARACION

(J. MONTGOMERY)

Vase un amigo, y otro, y otro luégo:
No hay vínculo süave
Que en esta vida, ajena de sosiego,
Con el morir no acabe.
Si aquí tuviese término el camino,
Fuera mísero asaz nuestro destino.

Por cima de este valle de dolores,
Allá, en región serena,
No marchitan los años voladores
La vida siempre llena;
Ni son cual meteoros fugitivos
Los afectos allá, mas siempre vivos.

Por cima de este mundo hay otro mundo
Que ausencias no conoce;
Eternidad de amor santo y profundo
Que es de los buenos goce.
La Fe ha visto al que muere alzar el vuelo
Y allá fijar las anclas de su anhelo.

Así una, y otra, y otra, en mar lejana
Se ocultan las estrellas,
Y más y más se enciende la mañana;
¿A dó se fueron ellas?
No las agobia adversa pesadumbre;
Envueltas van en piélagos de lumbre.

## XXII

## EL ANGEL Y EL NIÑO

(REBOUL)

Radioso un ángel del cielo
Sobre una cuna inclinado
Mirábase retratado
Como en límpido arroyuelo.

"¡Vén—dice—inocente niño!
No eres para el mundo, no;
Somos iguales, y yo
Te ofrezco y pido cariño.

"Nunca el alma en lo terreno
Halló cumplida ventura;
Tiene la miel su amargura
Y las flores su veneno.

"Nadie con tranquilidad
Gozó de fiesta mundana:
Hoy todo ríe; mañana
Rugirá la tempestad.

"¿Y habrán de nublar enojos
Esa tu cándida frente?
¿Vendrá á empañar llanto ardiente
El limpio azul de tus ojos?

"¡Oh, no! Volemos los dos
Sobre campos de zafir;
Lo que habías de vivir
Va á perdonártelo Dios.

"Nadie por ti lutos vista;
Y todos tu alejamiento
Miren cual renacimiento,
O cual feliz reconquista.

"No haya faz triste, ni sello
Sepulcral que duelo arguya;
Que en edad como la tuya
El día último es más bello."

Tal sobre la cuna dijo
Angel amoroso y blando,
Y fuése, fuése volando....
¡Ay madre! murió tu hijo.

---

## XXIII

## EL NIÑO MUERTO

(D. M. MOIR)

¡Duerme, duerme, crïatura!
  Del regazo maternal
Ya no esperes la dulzura,
Sino olvido y paz segura
  En el nicho sepulcral.

¡Ay, á cuántos ha faltado
  La esperanza de salud,
Que pudiendo, de buen grado
Compartieran ese estado
  De inocencia y de quietud!

Formará la tierra leve
  Nido herboso para ti;
Nacerán por cima en breve
Florecillas, y la nieve
  Caerá en copos blanda allí.

¡Paz, silencio! Se retira
  El calor del corazón.

¡Paz, silencio! No respira;
Su ojo inmóvil ya no mira;
Del morir señales son.

Gracia, y risa, y donosura
Ostentar le he visto yo;
Pero nunca su figura
Tan preciosa así, tan pura
Ante mí resplandeció.

Entreabierto el labio anhela,
Y aun parece que en redor
Exhalada el alma vuela,
Como al viento que la hiela
Su perfume da la flor.

¡Torna, torna, etérea esencia,
Al principio de tu sér!
¿Dó la muerte y su violencia?
Si es tan bella su presencia,
No es tirano su poder.

¡Inocente crïatura!
No el partir te duela, no;
Tu destino está en la altura;
Dios la dicha te asegura,
Él por ti lidió y venció.

Miro entorno al ancho suelo,
Todo es culpas, todo horror;
Tú la tierra por el cielo

Has trocado en presto vuelo;
¿Qué pudiste hacer mejor?

No en tu seno entró el pecado,
Y tu labio puro fué;
De mis brazos separado
¿Siempre hubieras conservado
Limpio afecto, limpia fe?

Libre ahora de extravío,
Como en urna de cristal
Pura gota de rocío,
Salvo estás, amado mío,
En la esfera celestial.

Triste, efímero viajero,
Debo yo también morir;
Mas contigo unirme espero
En la gloria, y tú el primero
Me saldrás á recibir.

---

## XXIV

### AL MAR

(BARTON)

Inmenso, libre, espléndido, espumoso,
  Revestido de gloria y majestad,
Atrás dejas los siglos victorioso,
  Imagen de la oscura eternidad.

Brillan el sol, la luna y las estrellas
  Sobre tu ondoso manto y nada más;
Los secretos no exploran que tú sellas,
  Ni el hondo abismo en que durmiendo estás.

El iris que te adorna con sus galas,
  Las naves que te cruzan mil á mil,
La sorda tempestad que abre sus alas,
  Ráfaga breve son, juguete vil.

La tierra con sus valles y montañas
  Obedece sumisa al hombre rey;
Tú á sus ojos ocultas tus entrañas,
  Nadie á tu voluntad impuso ley.

Si tan grande te ostentas, Oceano,
  Si sola tu presencia da estupor,
¿Quién podrá imaginar la diva mano?
  ¿Quién mirar faz á faz á tu Hacedor?

## XXV

## A ORILLAS DEL MAR

(VERDAGUER)

Subir me place al alto promontorio
 Que el piélago domina,
A meditar mientras el sol radiante
 Desde el zenit declina.

A la luz de esa antorcha miro el cielo,
 Y cubierto de espuma
El dilatado mar; grandeza tanta
 Mi pequeñez abruma.

Hablo, y escucho á las galanas ondas,
 Y en mágico espejismo
Gózome en festejar muertos ensueños
 Que evoco del abismo.

¡ Cuántos castillos levanté en la playa !
 Derribólos el viento
Con sus torres y cúpulas altivas
 De oro, y cristal, y argento.

Poemas ¡ ay ! que fueron un instante
Juguete de garzones ;
Conchas que salen á la orilla, y vuelven
A incógnitas regiones.

Naves empavesadas que zozobran
En un albor de mayo ;
Islas de oro que nacen, desparecen,
Del sol al primer rayo.

Ideas que mi ardor arrebatando
Abrevian mi existencia,
Cual ráfagas que flor marchita envuelven
Y le roban la esencia.

Algo al vivir ó al corazón le quita
Huyendo la oleada ;
Los tumbos que ahora vienen ¿ qué me piden,
Si ya no tengo nada ?

Con las olas del mar ó las del tiempo
Iré á senos profundos.
¿ Porqué, porqué, engañosa poesía,
Me enseñas á hacer mundos ?

Lo que escribí en el polvo, el polvo borra ;
¡ Quién nada hubiera escrito !
¿ Qué soy, Señor, qué soy ? Grano de arena
Del mar de lo infinito.

---

## XXVI

## LA ALONDRA

( SHELLEY )

¡ Salve tú, que del suelo
Gallarda te desvías,
Más que ave, hija del cielo,
Y desde lo alto envías
Raudal de no estudiadas profusas melodías !

Rival de nubes leves
Vuelas á etéreas salas,
Al hondo azul te atreves,
Y tu cántico exhalas
En el inmenso espacio sin aquietar las alas.

Radioso cortinaje
Decora el sol poniente,
Y el dorado celaje
Hiendes en giro ardiente,
¡ Oh tú, encarnado impulso de gozo indeficiente !

Más y más palidece
La púrpura, y tu vuelo
Fugaz se desvanece

Bajo el tendido velo;
Oigo tu voz vibrante, y en vano verte anhelo:

Cual cada aguda flecha
De esa esfera argentada
Cuyo foco se estrecha
En la luz dilatada,
Donde algo el alma siente, y el ojo no ve nada.

Cielos y tierra llena
Tu alborozado canto,
Como luna serena
Rasga el aéreo manto,
Y en luz el orbe envuelve de misterioso encanto.

Nada hay que emule, nada,
Tus potencias ignotas:
No la nube irisada
Vertió tan puras gotas
Cual de tu pico arpado cäen límpidas notas.

Así, ardiendo en la santa
Lumbre del pensamiento,
El poeta himnos canta,
Y á nuevo sentimiento
De asombro ó de esperanzas inclina al orbe atento.

Así en feudal palacio
Sola una noble dama,

Mudo el sereno espacio,
Halaga oculta llama
Con música doliente que en torno se derrama.

Luciérnaga dë oro
Así en la húmeda hierba
De luz vierte un tesoro,
Y del que audaz la observa
Entre la grama y flores perdida se preserva.

Así la abierta rosa
Que el follaje guarnece,
Su fragancia copiosa
Al sutil viento ofrece,
Que cargadas las alas, desmaya y se adormece.

Són de lluvia en verano
Que alegra la natura,
Tallo que se irgue ufano;
En la tierra, en la altura,
Cuanto hay gozoso y bello, se humilla á tu dulzura.

Díme, espíritu ó ave,
¿Qué piensas de contino?
No hay cítara süave
Que amor cantando ó vino,
Cual tú arrobarnos sepa en éxtasis divino.

El canto de himeneo,
El himno de victoria,

Á par de tu gorjeo
Magia son ilusoria,
Libación breve y vana de júbilo ó de gloria.

¿ Qué objetos ignorados
Cantando vas ? ¿ Qué flores,
Fuentes, grutas, collados,
Los tuyos son ? ¿ Qué amores
Sólo de ti sabidos ? ¿ Qué ausencia de dolores ?

Desecha tu alegría
Cobardes languideces,
Negra melancolía ;
Nunca tú desfalleces ;
Amas, y no conoces de amor vulgar las heces.

Velando ó adormido,
Muy más que humanas gentes
De la Muerte y Olvido
Hondos misterios sientes ;
Y allá tus cantos ruedan en ondas transparentes.

Hacia atrás y adelante,
Tras algo que no existe,
Mira el hombre anhelante ;
¿ Qué sonreír no es triste ?
¿ A cuál endecha dulce vago pesar no asiste ?

Si fuéramos criaturas
Al dolor y al espanto

Ajenas, almas duras
Incapaces de llanto,
¿ Cómo tu voz celeste nos deleitara tanto ?

Más que humana elocuencia
Que en ecos se dilata,
Más que toda la ciencia
Que en libros se recata,
¡ Desdeñador del mundo! tu arte al poeta es grata.

¡ Oh, si parte siquiera
De ese inexhausto río
De mis labios fluyera,
Cual mudo me extasío
Absorto el universo oyera el canto mío!

## XXVII

## LA MARIPOSA

(LAMARTINE)

Nacer en primavera
Y efímera morir como la rosa ;
Cual céfiro ligera
Empaparse en esencia deliciosa
Y en el diáfano azul que la embrïaga
Nadar tímida y vaga ;

Mecerse en una flor abierta apenas,
De el ala sacudir el oro fino,
    Y luégo alzando el vuelo
    Perderse en las serenas
Regiones de la luz; tal tu destino,
    ¡ Oh alada mariposa!
Tal de los hombres el inquieto anhelo;
Volando acá y allá, nunca reposa,
    Y remóntase al cielo.

## XXVIII

## DIAS OSCUROS

(LONGFELLOW)

Oscuro está el tiempo, la tarde está fría;
La lluvia me azota y el cierzo á porfía.
La vid aun al césped marchito se adhiere,
Mas llévase el viento la hoja que muere;
Y oscuro está el tiempo, la tarde está fría.

Declinan los años, la vida se enfría;
La lluvia me azota y el cierzo á porfía:
A glorias que fueron se adhiere la mente,
Mas barre esperanzas un soplo inclemente;
Declinan los años, la vida se enfría.

No, empero, desmayes; ¡alienta, alma mía!
El sol de repente sus rayos envía
Después que una nube robó su presencia.
Hombre eres; y es fuerza que en toda existencia
Lluvioso á las veces y oscuro esté el día.

## XXIX

## VIDA DICHOSA

(MARCIAL)

Oye lo que la vida
  Hacer dichosa puede:
No con sudor ganados,
  Sino heredados bienes;

Campo no ingrato: lumbre
  En el hogar perenne;
Con fáciles manjares
  Mesa, no rica, alegre;

Amigos de tu esfera,
  Costumbres inocentes,
Sencillo trato y porte,
  Prudencia sin dobleces;

Jamás litigio ó riña,
  Negocios no frecuentes;
El ánimo no inquieto
  Y la salud no endeble;

Exento de zozobras
  Y de báquica fiebre,
Sueño que las nocturnas
  Tinieblas manso abrevie;

No triste, mas honesto
  El lecho; ser cual eres
Sin ambición; ni susto
  Ni anhelo de la muerte.

## XXX

### LA FELICIDAD

(POLLOCK)

No tiene la Dicha en la tierra
Trillado camino ni fija ciudad,
Ni en sola una forma se encierra;
Se encarna do imperen Justicia y Bondad.

Doquiera, enjugándole el llanto,
Al huérfano triste refugio se dé;

Doquiera con bálsamo santo
Heridas se cierren que el ojo no ve;

Doquiera secreto, naciente,
Se ahogue el impulso de mala pasión;
Doquiera virtud se alimente,
Doquiera á la injuria responda el perdón;

Allí de la célica cumbre
La Dicha ha bajado risueña á reinar;
Envuelta en pacífica lumbre
¡Miradla! allí tiene su templo y su altar.

## XXXI

## LA FE CATÓLICA

(DRYDEN)

Como la luna pálida y los astros
Al viajador cansado, errante, solo,
Con prestado fulgor en vano alumbran,
Lo mismo al alma la Razón. Si aquellas
Erráticas lumbreras nos descubren
Lejano espacio, pero no el camino
Que allá conduce, la Razón al hombre
Región más bella en lontananza anuncia,

Sin enseñarle de salud la senda;
Y cual se apagan las estrellas, cuando
Asciende á este hemisferio el rey del día,
Tal cuando la alma Religión al mundo
Vierte luz y calor, su débil llama
Humilla la Razón y desparece:
..............................
¡Dios misericordioso! Tú preparas
Guía infalible á los falibles juicios.
En abismos de luz velado centro
Es tu trono; relámpago de gloria
Veda á los ojos penetrar tu esencia.
¡Oh, enséñame á adorar tu sér oculto!
¡Baste á mi entendimiento lo que al hombre
Revelar te dignaste, y no pretenda
Audaz salvar el límite prescrito!
¡Guíe mis pasos solamente aquella
Maestra universal, á quien gloriosa
Promesa hiciste que faltar no puede!—
Mi descuidada juventud anhelos
Vanos alimentó. Mi edad madura
Por falsos resplandores fascinada,
Corrió tras ellos. Cuando huyó el señuelo,
Mi espíritu soberbio, de sí mismo
Sacó ilusiones para nuevo engaño.
Tal fué, tal és mi natural vicioso;
¡Tuya la gloria, la vergüenza mía!
Mas cesaron las dudas; y ya sólo
Consagrar debo á la virtud mis fuerzas.

# INDICE DE VERSOS INICIALES

José Bazil
1916.

Juan R. Bazil
1907.

